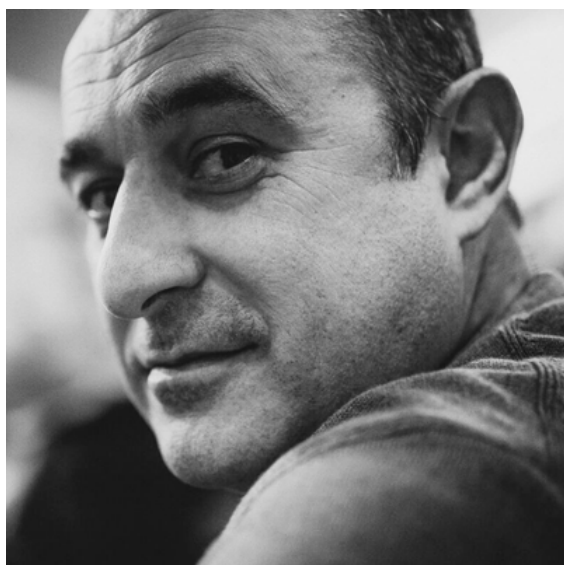


fraternal

RAÚL ARIZA





Raúl Ariza Pallarés (Benicàssim, 1968). En 2010 fue incluido, entre una lista de los autores españoles más representativos del cuento español, en la antología de la prestigiosa *Revista Literaria EntreRíos*. Sus relatos se han incluido también en otras antologías, como la de la colección Noctambulario o la antología Cuentos Engranados. Sus obras han sido reseñadas por revistas literarias como *Quimera* y programas culturales como *El Ojo Crítico* de RNE.

Es autor de cuatro libros de relatos: *Elefantiasis* (Talentura, 2010), *La suave piel de la anaconda* (Talentura, 2012), *Glóbulos versos* (Talentura, 2014) y *Pústulas* (Talentura, 2025); y de tres novelas: *Un viaje solo para hombres* (Versátil, 2017), *Antes. Entonces Nunca* (Talentura, 2019) y *Por mi gran culpa* (EDAF, 2020), ganadora del Premio de Novela Negra Ciudad de Getafe 2020.

Desde diciembre de 2024 es autor colaborador del diario *La Vanguardia*.

Dos hermanos comparten una finca heredada, una casa en el pueblo y una historia que se pudre bajo tierra. Sergio, el mayor, metódico, hermético. Rubén, el menor, torpe, impulsivo. Ambos odian a las mujeres.

fraternal es una novela fragmentaria, brutal y lírica que construye una atmósfera que no se olvida, diseccionando la violencia doméstica, la herencia familiar y el paisaje como cómplice. Cada capítulo es una pieza que ayuda a revelar, sin explicar, el horror cotidiano que subyace en una comunidad que no quiere ver.

El lector no encontrará aquí una trama convencional, sino una tensión sostenida, una voz afilada y una exploración del mal que respira entre los bancales, los jabalíes y los silencios familiares. El final —inevitable, devastador— no cierra la historia: la abre.

fraternal

,

fraternal

RAÚL ARIZA

ALREVE²S
BARCELONA-2026

Primera edición: octubre de 2026

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ de la Perla, 22

08012 Barcelona

info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2026, Raúl Ariza Pallarés
© de la presente edición, 2026, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-10455-68-9
Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

a quienes siguen confiándome su amistad

¿Dónde está tu hermano, Abel?

Génesis 4:9

Los hombres temen que las mujeres se rían de ellos.
Las mujeres temen que los hombres las maten.

MARGARET ATWOOD,

Second Words (1982)

parte 1

rubén

Podrían haber sido sus ojos verdes o sus largas pestañas asomando por encima de las finas gafas. Pero no.

Tampoco la suave angulosidad de su barbilla. Ni su cabello en media melena, jaspeado de leves toques dorados. No ha sido esa fragilidad que transmite su cuerpo menudo, sus brazos delgados, su cintura estrecha y su piel tan blanca. No ha sido el lunar cercano a la comisura izquierda de su boca. Ni sus labios, sin pintar. No. Lo que ha provocado que Rubén lleve casi diez minutos —las tres últimas paradas— mirándola sin disimulo, con pura lascivia, o con asco, ha sido la blancura de sus bragas que, por un momento, apenas un segundo, se le han visto al cruzar las piernas.

Blancas como la nada.

La chica lee, ajena. Nadie en el asiento de al lado.

Rubén, de pie, agarrado a la barra, en picado desde su altura, la observa acechándola con una asquerosa sonrisa más que insinuada. Aunque a veces se ve zarandeado por el propio traqueteo del bus, mantiene el equilibrio sin problemas. Es un tipo grande. Desde lo alto le mira las rodillas a la joven, el arañazo que tiene en el muslo derecho, su piel lisa y sin manchas. Los deditos de los pies sobresaliendo de sus sandalias playeras. Camiseta blanca, minifalda azul vaquero. Rubén ha contado las pecas que ve en el brazo derecho y se ha dado cuenta de que tiene ese codo algo pelado. Ha detectado también un pequeño agujero, un enganchón —del tamaño del mordisquito de un ratón— en la manga derecha de la camiseta, blanca, como las bragas, y se ha detenido bastante rato especulando sobre el tama-

ño de los pezones de unos pechos pequeños, pero firmes, que despuntan justo en medio del logo de una banda de música.

Desde el metro y medio de distancia, a lo sumo, que les separa, Rubén es capaz de estimar con bastante precisión que el dobladillo de la minifalda que lleva la chica supera el centímetro de ancho.

La minifalda apenas le cubre hasta el inicio de los muslos.

Hace mucho calor para recién comenzado junio.

El bus, a esta hora de la tarde, no va muy lleno.

Son las quince y treinta y seis, para ser exactos.

Rubén llegará a su casa en apenas diez minutos. Mientras tanto no va a dejar de esbozar esa estúpida sonrisa deseando que la chica levante la mirada del libro y lo vea acosándola. La ve sola e indefensa y quiere provocarla. Quiere ver cómo la chica se ruboriza y lo pasa mal al darse cuenta de que la está ultrajando, de que la insulta y la menosprecia con esos ojos obscenos de cerdo que tiene. Qué puto placer. El bus, medio vacío. Muchos sitios libres y, a pesar de ello, Rubén permanece de pie, asido a la barra, a menos de dos metros de distancia de la chica, que lee *Apegos feroces* en una edición de bolsillo, sin de momento darse cuenta de nada.

Playa a un lado, al otro una fila interminable de apartamentos. Otra parada, suben dos personas, bajan tres. Contando al conductor, ocho almas en ese momento, todas sentadas en la primera mitad del vehículo salvo Rubén y la chica que lee a Vivian Gornick, que están solos en la parte trasera.

La joven, una veinteañera, ha notado el frenazo del vehículo en la última parada y luego el brusco arranque, y ha levantado la cabeza. Primero ha mirado un momento a través de la ventana que da al lado de la línea de apartamentos, y luego ha echado de forma involuntaria la vista al frente. Es entonces cuando, inevitablemente, ve a Rubén y, tras un inicial desconcierto, tarda apenas un par de segundos en sentirse intimidada.

Rubén sonríe aguantándole la mirada y hace una casi imperceptible mueca con los labios, dejando entrever la punta de

su lengua de sierpe venenosa. Apenas a metro y medio de distancia.

Ya me has visto, piensa Rubén. Ahora ya me conoces y sabes lo que te espera, bonita.

La chica cierra el libro. Se quita las gafas, nerviosa y violentada. El corazón le late apresurado. Coge la mochila que descansa en el asiento contiguo, guarda el libro y las gafas en su interior. Tiembla un poco. Rubén lo percibe. Se relame. La chica vuelve a rebuscar en la mochila y saca a tientas las otras gafas. Las de sol. Oscuras y anchas. Se las pone. Se encoge de hombros, cruza los brazos sobre sus pechos, descruza las piernas —la mochila en su regazo— y vuelve la vista de nuevo a la ventana. Apartamentos, calles, bocacalles, pasos de peatones, cafeterías, bares con terrazas, chiringuitos, muchos coches aparcados bajo el sol vertical del mediodía mediterráneo.

Apartamentos altos como torres.

Apartamentos altos como Rubén, que no hace menos de 1,90.

La chica tiembla. La pierna izquierda, la más cercana a la pared del bus, no para de moverse en un tic constante y creciente.

A la chica le entran ganas de orinar por culpa de los nervios.

La chica piensa ahora que es una buena idea coger el móvil. Pero no sabe muy bien para qué. Quizá para llamar a alguien. Quizá para simular que va a llamar a alguien. Quizá para echarle valor y grabar lo que le está pasando. Hace el gesto de buscarlo en el bolso pero vuelve a mirar a Rubén a la cara, y desiste. No se atreve. Regresa la mirada a la ventana. Hilera de altos apartamentos turísticos. Eleva la vista hacia los balcones. De abajo arriba. Hacia el cielo candente.

Reza.

Le tiemblan las piernas. Se mea. Se aguanta.

Frenazo del bus. Otra parada. Ya solo se abre la puerta delantera. Bajan dos personas. No sube ninguna. Contando al chófer, ya solo son seis almas.

La joven ha pensado tarde en levantarse y bajar. Los nervios. El miedo, que la atenaza. Aunque no es su parada, pues de hecho

debería bajar en la de final de trayecto y para esa aún faltarán más de veinte minutos, ha estado a punto de levantarse y bajarse en esta, pero lo ha pensado algo tarde y el bus ha reanudado la marcha. A más de cinco kilómetros y medio de su casa. Pero lo ha pensado tarde. Los nervios. Eso sí, también es verdad que para hacerlo tendría que pasar al lado justo de Rubén, rozarlo, incluso tendría que apartarlo, pues está ahí plantado justo en el medio del estrecho pasillo, y eso la amedrenta. ¿Y si grita? ¿Y si llama la atención del conductor o de alguno de los otros tres viajeros? Qué vergüenza. No sabe dónde le queda el timbre más cercano. No se atreve a volver a girar la cabeza de la ventana para buscarlo porque eso la obligaría a mirar de nuevo a Rubén, que es alto y fuerte como un bloque de apartamentos. Entonces, qué hace. ¿Grita? ¿Se enfrenta al tipo que no sabe que se llama Rubén? ¿Simplemente se levanta, aparta a Rubén y se dirige a la mitad delantera del bus, donde están los demás pasajeros?

El vehículo disminuye un pelín la velocidad porque se aproxima a una nueva parada. En la playa las paradas se suceden cada muy poco. Es el momento. Con la mirada permanentemente en el suelo, apretando los músculos de la pelvis para contenerse, la joven se levanta de su asiento, coge la mochila de una de sus correas y se planta a menos de un palmo de Rubén esperando a ver qué pasa. El corazón se le desboca, está a punto de llorar. Vuelve a mirar al suelo. El bus frena de golpe. La joven nota la sacudida y ha de cogerse del asiento más cercano para no caerse. Tiembla. Se le escapa el pis. Al pasar se roza inevitablemente con Rubén, que, desde la enorme diferencia de altura, antes de apartarse se le acerca al oído y le susurra de forma húmeda una sola palabra.

—Putá.

sergio

Todavía no es de día. Pero por poco.

El despertador le ha sonado a las seis y media. No ha dormido mucho esta noche. Llegó tarde a casa de un viaje. Uno de sus extraños viajes.

Se ha levantado, ha salido al pasillo para darle dos golpes secos y antipáticos a la puerta contigua a la de su habitación y luego ha entrado en su aseo —porque la casa tiene dos— y ha meado. Leves ojeras. Bostezos. Legañas y bostezos. Después de mirarse apáticamente en el espejo se ha lavado la cara, ha salido del baño y se ha sentado un instante en el borde de la cama. Pensando. Abstraído. Bostezando.

solo estoy un poco cansado
bastante, diría yo
un poco
venga, que eso para ti no es nada

Se ha quitado el pantalón de deporte que le hace de pijama cuando duerme, se ha desperezado el sexo con un par de sacudidas y se ha puesto unos calzoncillos limpios y unas bermudas que, previsor, anoche ya dejó sobre una silla. Las bermudas son modelo cargo y de un color verde militar. Y se ha vuelto a calzar las viejas deportivas Adidas.

Abre un palmo la ventana y levanta otro la persiana. Deja la cama deshecha pero recoge del suelo, de un zarpazo, todas las prendas de ropa que llevaba puestas ayer. Anoche. Camiseta azul oscura, casi negra, pantalones cortos de color marrón y calcetines de deporte también negros. El calzado sí que es el mismo que llevaba. Las Adidas.

La casa está envuelta en sombras.

Con el torso descubierto —de pecho peludo, de hombros peludos y brazos peludos— ha entrado en la cocina, ha metido la ropa sucia en la lavadora y ha preparado café. La cocina está algo más iluminada, por el patio. Pero poco más.

Tan solo saca una taza del armario. Sin azúcar.

Sergio ha conectado el móvil, anoche lo dejó cargando en un enchufe de la cocina, y ha entrado en su perfil de Facebook mientras la cafetera italiana se acaba de calentar. Tienen también una de cápsulas que no utilizan. Apenas publica nada en redes sociales y lo que publica suele ser todo relacionado con coches —le gustan los buenos coches—, algún enlace sobre alguna revista de caza y alguna cosilla de política. Las putas mascarillas. Cataluña. La libertad. Cosas así. Pero apenas publica nada. Lo que ha hecho al entrar en la plataforma es fisgonear sin pasión en el muro de las pocas personas que lo siguen. No ha visto nada de interés, así que mientras el café acababa de hacerse, también ha entrado medio minuto en la web de *La Razón* a echarles un ojo a los titulares.

Sentado en una silla, ha estirado la espalda hasta oírla crujir. Le duele. Es alto y fuerte. Pero empieza a tener una edad. Ha mirado hacia el patio a través de la puerta de la galería y en ese momento ha oído el bufido de la cafetera. Y grita.

—El café ya está.

Desde el fondo del pasillo se oye trastear a alguien. Se ha oído perfectamente cómo alguien entraba en el baño, cómo tiraba de la cadena después de mear y cómo se acercaba a la cocina, a través del pasillo, arrastrando mucho los pies descalzos al andar.

No soporta que su hermano arrastre los pies al andar.

Ni unos buenos días.

—¿Te vas ya? ¿Tan pronto?

—Cuanto antes mejor.

—¿Y eso? ¿Acaso llevas algún bicho muerto en el coche y no me has dicho nada?

—No te olvides de poner la lavadora antes de irte. He dejado la ropa dentro.

El hermano, en pantalón corto de pijama, con mal gesto debido al ninguneo, saca una taza del armario y se sirve un café con tres cucharadas de azúcar. Y se sienta en la misma silla en la que Sergio ha estado sentado hasta hace unos pocos instantes.

Ni se rozan al cruzarse. Como si se repelieran. Casi ni se miran. Como si se avergonzaran el uno del otro.

—Podrías esperarte y acercarme al trabajo. No quiero irme en el autobús. No tengo edad para ir en el puto autobús.

Sergio no le contesta. Por el pasillo se acaba de poner una camiseta, coge las llaves del SUV de un cajón del recibidor y abre la puerta. Antes de salir, dando un pequeño portazo, se vuelve hacia el penumbroso pasillo.

—Que no se te olvide poner la puñetera lavadora, o me cagaré en la hostia.

Es de día. Pero por poco, y muy poco a poco.

Justo a las seis y cincuenta y seis, Sergio arranca el coche que tan despreocupadamente aparcó anoche frente a la puerta de la vivienda. Vino cansado y, aunque pensó ser más precavido, al final se arriesgó a no meterlo en el garaje. Valoró que era muy tarde, que a esas horas no había nadie en la calle y que hoy madrugaría. Así que decidió correr el riesgo y simplemente aparcó el coche, polvoriento, justo delante de la puerta del bungaló, en esta calle más o menos tranquila de este pueblo turístico en el que nació y en el que también vive —ahora con su hermano, va ya para tres años—, y no descargó nada de lo que llevaba en su interior.

Arranca. Bosteza de nuevo al volante. No le habría venido mal una segunda taza de café. Le pican los ojos. Está cansado. Fueron muchas horas de viaje y pocas de sueño. Pone la radio. No hay música. Noticias nacionales, luego internacionales, luego culturales, luego el tiempo.

Va a hacer mucho calor.

Tiene por delante algo menos de media hora de trayecto hacia el interior de la provincia. Aún no aprieta el calor, pero lo hará.

Así que ha hecho bien saliendo tan pronto de casa para evitar situaciones comprometidas por culpa de que el coche desprendiera posibles malos olores. Tras las noticias de las siete, ahora en la radio del coche se escucha al locutor de siempre, que hace un editorial muy largo, espeso y dramático y luego da paso a los tertulianos de siempre. Van a hablar del Gobierno. De corrupción. De que el país se rompe. Como siempre.

Sergio conduce pensando en lo de anoche. Está relajado. No hay mucho tráfico. Sergio no sonríe pero está satisfecho. Se le nota en el aplomo y en el rictus distendido. Podría sonreír. Pero no sonríe. No sonríe porque es una absoluta tontería sonreír si nadie ve que sonríes. Pero está contento porque lo de anoche fue incluso mejor de lo esperado. Más fácil de lo esperado. O simplemente es que él, poco a poco, se ha hecho un verdadero experto. Repasa la escena, los tiempos, recuerda las imágenes, las sensaciones, los hechos. A veces, Sergio sufre una especie de vértigo vital por aquello de no poder evitar sentirse un fracasado a sus más de cuarenta años. Un tipo sin concepto ni proyecto. Un tipo que siempre está enfadado. Pero ahora no, ahora, en este preciso momento en el que conduce camino de la parcela que tiene en el campo, con una masía aún en obras, una casa de aperos y un huertecito poco trabajado que les dejó su padre, no. En este momento se siente tranquilo y satisfecho consigo mismo. Se siente poderoso y único. Se sabe bueno.

Ayuda, para mantenerse en este positivo estado de ánimo, la luminosidad del día, el que todavía no haga mucho calor, y el que se le haya metido una divertida cancioncilla en la cabeza.

Sale del pueblo y coge la N-340 dirección Barcelona. Dentro de siete kilómetros y pico, a la altura de la siguiente localidad, que dejará a su derecha, abandonará la nacional y cogerá un desvío hacia el interior. Hacia la montaña. Otros doce kilómetros, más o menos. Y ya.

Al ir acercándose al cruce, mira por el retrovisor y le parece ver algo. Y se sobresalta.

me he asustado
eso es que no me esperabas

la verdad es que no
solo quería felicitarte por lo de anoche
gracias
venga, conduce y no te distraigas

Sergio respeta escrupulosamente los límites de velocidad y las normas de circulación. No adelanta, ni lo intenta, conduce aplicado para no dar razones a que lo multen. No vaya a ser. A pesar de los muchos camiones, el tráfico continúa siendo fluido. Hay, sobre todo, gente que va camino de un trabajo que, después de diecisiete años, Sergio ya no tiene por culpa de un ERE. Puto Gobierno, piensa.

Ladra Sultán.

El camino que lleva a la parcela es de tierra, empinado, angosto y lleno de baches. Difícil. Según se asciende, el borde izquierdo da a un pequeño barranco lleno de zarzales y rocas de todos los tamaños fruto de muchos aluviones. Un camino vecinal que da a un conjunto de solo cinco parcelas, ninguna habitada permanentemente como primera vivienda, separadas entre cien y ciento cincuenta metros entre sí, sobre el que los pocos vecinos no se ponen de acuerdo en arreglar, con lo que los vehículos —el de Sergio no tanto, porque es alto— sufren mucho al acceder.

Barrancos, ribazos. Algarrobos, maleza y pinos por todas partes.

Ladra con fuerza Sultán, que lo huele en la distancia.

Ladra con fuerza Sultán, que identifica el ruido del motor del todoterreno de su amo.

Ladran todos los perros guardianes del resto de masías de la zona arrastrados por los ladridos de Sultán.

Sergio llega a la puerta de la pesada cancela y baja del coche para abrirla. El perro, un pitbull mestizo, de pelaje manchado y de aspecto feroz, se lanza a la carrera y saca el hocico por la reja. Dientes afilados como puñales. Ladra con desesperación. Se diría que con inquina.

—¿Cómo está mi rey?

Ladridos. Gruñidos. Movimientos compulsivos. Babas ansiosas le caen al can por la comisura de sus malolientes fauces.

Sergio mete la mano entre los barrotes de la puerta y le acaricia la testuz.

—Cállate, ¡hostia!

Y Sultán se calla.

Y el resto de perros guardianes, allí donde estén, también se callan.

Sergio abre la puerta. Empuja las dos hojas hasta fijarlas en sus topes, vuelve a entrar en el coche y accede al interior de la parcela para, una vez traspasar el umbral, volver a bajar, empujar de nuevo las hojas y cerrar la pesada cancela de hierro forjado. El chucho, mientras tanto, que ahora parece más juguetón que agresivo, zascandilea nervioso por los laterales del vehículo. No ladra. Mueve mucho la cola.

El coche se detiene al final, bajo un emparrado pegado a la edificación principal, de dos alturas, y todavía en obras.

Sergio baja y vuelve a acariciar al chucho. Y le dice cosas bonitas e infantiles como si estuviera haciéndole cariñitos a un niño.

—¿Cómo está mi rey? ¿Cómo está mi campeón?

Soba al perro. Juega con él. Le palmea los cuartos traseros, le tira de los carrillos, de los belfos. Le hace rabiarse en broma. Los ojos del perro encendidos de pura diversión. El perro gruñe y le empapa las palmas de las manos de espumarajos espesos. Sergio le tira una piedra que Sultán no persigue, más pendiente de no perder de vista ni un instante a su amo. El perro está en forma, atlético.

El sol —ahora son ya las siete y cuarenta y dos— sigue sin molestar.

—¿Tienes hambre?

Antes de dirigirse al comedero de Sultán para llenarlo de pienso, debe encargarse de lo que lleva en el maletero, así que abre el portón trasero del SUV. En ese momento, un efluvio recalentado, un tufo a comida pasada o en mal estado, le hace

retirar la cabeza y asquear el gesto. Al perro no, al perro todo lo contrario. El perro sube las patas al marco de la puerta, mete la cabeza en el maletero y comienza a olisquear.

—¡Fuera de aquí, hostia!

Cogiéndole del collar con brusquedad, hasta obligarle a emitir un estertor lastimero, Sergio lanza al chucho, que cae de costado. Sultán lanza un par de ayes por el golpe. Solloza, agacha la cabeza, mete el cabito del rabo entre las piernas y, al paso, se aparta del coche.

—Ni te acerques, coño, que esto no es comida.

los dos

Lo primero que ha encontrado en la nevera ha sido una porción de lasaña que ha recalentado en el microondas.

Frente al televisor.

De postre el hermano pequeño se ha comido dos peras y se ha puesto perdido con el jugo, que le ha chorreado barbilla abajo. Para beber, tres vasos de Coca-Cola. Llenos hasta el colmo. Como los niños. Luego se ha lavado los dientes, ha bajado la persiana del salón y el volumen de la tele, y se ha echado en uno de los dos sofás para dormir la siesta.

Pasadas las cuatro y cuarto ha cerrado los ojos. Pero justo cuando iba a abandonarse a la modorra, ha recordado que esta mañana se ha ido al trabajo sin llegar a poner la lavadora. Así que se ha sobresaltado al recordar su olvido y se ha levantado del sofá de un salto, ha ido corriendo a la cocina, le ha echado un cacillo de detergente, otro de suavizante, ha seleccionado el programa número 2

«Limpieza profunda» y la ha puesto a 40 °C de temperatura, que es lo que le tiene dicho su hermano que hay que hacer para eliminar bien los gérmenes. Un leve pitido de arranque. Ruido de succión de agua. Hasta que no ha visto el tambor girar no se ha relajado y ha vuelto al sofá.

Suele dormir de un tirón unos cuarenta minutos, pero hoy han sido algunos menos. Lo primero que ha visto al despertar es un cojín. A un centímetro de los ojos. La nariz aplastada. El cojín lleno de saliva. Se ha ladeado y ha visto entonces la tele. Unos tipos buscan oro cerca del río Klondike. Ve excavadoras y cintas transportadoras, y escucha una voz mencionar la palabra

permafrost. Que no sabe lo que es. Tiene la nuca sudada y la barbilla húmeda de haberle caído saliva. Se despereza, mira al techo unos segundos hasta acabar de ubicarse y pone los pies desnudos en el suelo. Apaga el televisor y se levanta.

Es alto, como su hermano. Como lo era también su padre. El viejo, le llamaban los dos. Es alto pero está un poco gordo. Y fofo. Es perezoso.

Va a mear. Arrastra los pies al andar. Después del baño entra en su dormitorio, coge el portátil que tiene sobre su mesa de estudio y se dirige de nuevo al salón. Con las persianas bajas, allí se está fresquito.

El salón, la casa, en general, no está del todo sucia. Desordenada sí, pero tampoco mucho. Una vez a la semana, la tarde de los martes, viene a limpiarles una mujer marroquí. Va solo dos horas y le pagan veinte euros por hora. Solo la han contratado para que limpie lo más grueso; los baños, quitar el polvo, arreglarles la cocina, barrer y fregar los suelos. De vez en cuando le dejan ropa para planchar, pero ni pone lavadoras ni hace tampoco las camas. A ninguno le gusta que la mujer entre en sus habitaciones. Así lo quieren los hermanos.

No conocen el nombre de su empleada. Para qué deberían.

Por debajo de la mesa baja del salón ve pasar una hormiga solitaria. Mira a derecha e izquierda a ver si ve algunas más. Pero no. Vuelve a mirar debajo del sofá y junto al zócalo que tiene más cercano, a ver si por alguna parte descubre una fila india de hormigas. Pero no. Así que no se preocupa demasiado por la hormiga solitaria y la deja vivir. Y eso que le encanta matar hormigas y demás insectos. Matar bichos le ha apasionado desde niño. De hecho, ha levantado su pie derecho, descalzo, un segundo, para aplastarla, pero se lo ha pensado mejor y la ha dejado vivir. Magnánimo. O es que le ha dado asco pisarla con el pie desnudo.

Da igual.

Se conecta y entra en su perfil de Instagram. Esta mañana, desde el trabajo, colgó una foto que hizo del mar en calma mientras iba en el bus. La foto es una mierda. Trémula y mal encuadrada. Solo tiene tres *likes*. Solo tiene treinta y seis seguidores en su cuenta. Luego le da a buscar y va directamente a ver perfiles de mujeres despampanantes, rubias, morenas o pelirrojas, en bikini o ropa interior, delgadas o gordas, posando sensuales ante la cámara. Ve *reels* de mujeres, da igual que sean jóvenes o viejas, durante un buen rato, y les pone *megusta* a todos los que ve, a pesar de mascullar insultos y hacerles muecas de desprecio. Excitación y asco al mismo tiempo. Cuando se cansa, o se aburre, sale de esa plataforma y, utilizando el modo incógnito del navegador, entra en una web de pornografía. De vídeos pornográficos. *Soy mayor de 18 años. ENTRAR*. Y entra. Y en el buscador pone «mujeres con rabo». Y le da a *enter* y le aparecen cientos, miles de pequeños vídeos de mujeres transexuales, divididos en diversas etiquetas: transexuales con transexuales, transexuales con hombres, transexuales con mujeres, transexuales guapas, transexuales maduras, transexuales con grandes pollas... Muchos ya los ha visto, así que va deslizando el cursor hasta que se detiene en uno que cree no haber utilizado. Y le da al *play*. Y nada más empezar el vídeo, se tumba de nuevo en el sofá orientando la pantalla del portátil para poder verla sin apenas mover la cabeza de esa posición cómoda que acaba de encontrar, y se baja los pantalones cortos. No lleva camiseta. Hace calor, aunque en el salón se esté fresquito con las persianas bajadas. En penumbra.

Oye abrirse la puerta del garaje. El hermano pequeño mira el reloj del móvil y ve que pasa de las seis y media. Oye cerrarse la puerta del garaje.

El hermano mayor entra en casa, guarda las llaves del SUV en un cajón del mueble que hay en el recibidor y, pasillo adelante, dejando la cocina a la izquierda y el salón a la derecha, llega

frente a la puerta abierta de la habitación de su hermano, que parece estar estudiando.

—¿Qué haces?

—¿No lo ves?

El hermano pequeño aún no tiene decidido del todo presentarse a unas oposiciones para tramitador judicial y ascender así en el escalafón. Un par de cientos de euros más al mes. Le da algo de pereza porque sabe que es probable que le venga grande. Pero mientras lo valora, mientras decide si hacerlo o no, recopila apuntes, repasa viejos temas, y cree estar atento a las noticias y novedades que los interesados y aspirantes cuelgan en foros y plataformas especializadas.

El hermano mayor sigue hasta su dormitorio. Con cuidado, para no ensuciar las sábanas ni el tapizado de la silla, pues va lleno de sudor y de polvo y cubierto de una capa oscura de arena y mugre obrera, se desnuda, deja la ropa sucia en el suelo, se pone unas chanclas de playa y se mete en el baño dispuesto a darse una ducha.

va, dúchate y
quítatelo todo de encima
eso voy a hacer

Es alto, como su hermano. Como el viejo. Es alto y, aunque podría perder algunos kilos, está fuerte como un roble. Como un orangután.

En la ducha corre el agua fría llevándose la mierda. Gel abundante sobre una esponja exfoliante de color azul. Churretes de roña piernas abajo, espalda abajo, por la frente y las mejillas. Por el mentón barbado y el pecho peludo. Se frota con saña las axilas, los brazos, las ingles, el sexo, las piernas. El sexo de nuevo. Se desinfecta los arañazos que aún tiene en los antebrazos y en las manos. Se hurga con la esponja entre los dedos de los pies, apoyándose con una mano en una de las paredes de la mampara para no caerse. El plato de ducha lleno de una agüilla

marrón chocolate cargada de impurezas, de vicio, de dolor y de maldad.

Todo se va por el sumidero.

Al salir de la ducha el hermano mayor ya huele mejor. Oler mejor lo ayuda a olvidar. Se pone una camiseta cualquiera y un pantalón de deporte cualquiera, va a la cocina, abre la nevera, coge una lata de cerveza y se dirige al salón. Allí se deja caer en su sofá, derrengado. Pega un trago largo. Lo saborea. Está fresquita la cerveza.

qué bien sienta después
del trabajo bien hecho
ni que lo digas

—¿Qué dices?

Entra el hermano pequeño en el salón.

—Nada. Hablaba solo.

—¿Cómo está *la finca*? ¿Y el chucho?

—Vas tú mismo un día y la ves. Y el perro tiene nombre.

—Sabes que cada vez que subo a mi coche se le joden los bajos.

—No haberte comprado esa mierda de deportivo tan bajito.
¿Cuándo te lo devuelven del taller?

—Se supone que mañana, pero por la tarde, así que tendré que ir otra vez a currar en el puto autobús.

El hermano mayor le da otro buen trago a la cerveza. El hermano pequeño se tumba en su sofá. Los dos sofás formando una L, quedando el televisor justo en la bisectriz de los 90 °.

Se produce un silencio de varios segundos. Ni la calle se oye en ese momento. La luz de la tarde, brillante y calurosa, entra muy tamizada por las pocas celdillas abiertas en la persiana, con lo que una tranquilizadora semioscuridad lo abarca todo. Cada uno de los hermanos tumbados en sus respectivos sofás, cada uno de los náufragos perdidos en sus respectivos islotes. Uno cansado y el otro aburrido. El hermano cansado parece pensativo y el hermano aburrido se muestra ocioso. El hermano cansado, que cierra los ojos fruto de la soñarrera, sujeta el botellín exudado con

una mano y tiene la otra dejada sobre el muslo de la pierna. El hermano aburrido, que permanece con los ojos bien abiertos como recordando algo, ha colocado las dos manos detrás de la nuca. Cuando se deciden a hablar lo hacen los dos al mismo tiempo.

—Pues hoy en el bus...

—¿Has puesto la lavadora?

en la costa catalana

Rubia, de cabellos largos. Ojos azules. Y cuerpo contundente, ni delgada ni muy voluminosa. Ropa algo más elegante de lo que exigiría la informalidad. Alta, guapa y grácil al andar.

Cimbreado.

Turistas y paseantes. Familias tomándose un helado o apurando el fresco de la noche antes de volver al aire acondicionado del hogar. La noche es propicia y apetece salir a pasear. Luces en el paseo, apartamentos iluminados frente al mar, todos los bares y los restaurantes abiertos a pesar de que solo es miércoles de la primera semana de junio. Caluroso, eso sí. Un coche pasa con la música a buen volumen. Una pareja de policías locales, hablando con una familia de turistas, lo siguen con una mirada de reproche. Como a cien metros ha visto otro coche de los Mossos aparcado, con los dos guardias tranquilamente sentados en su interior. Mera presencia policial y poco disuasoria.

Aunque no hay nada en esa mujer que te haga pensar que es puta, su asesino supo al instante que lo era. Porque solo los entendidos pueden saber con una simple mirada que una mujer es puta. No son necesarios los tópicos, ni tampoco fijarse en los detalles que puedan pasar desapercibidos para los no iniciados. Es un algo que algunos perciben y otros no. Solo los expertos en putas lo saben y lo notan a las primeras de cambio. Es como los cazadores que detectan por el olor a los animales que van a acabar siendo sus presas. No se sabe cómo lo hacen. Ciencia infusa. Casi algo sobrenatural.

No es demasiado tarde, solo pasa un poco de las once cuando el asesino la ve salir con un cliente de una terraza del paseo

Miramar. La vio mucho antes, nada más llegar a este pueblo costero de Tarragona, hace ya algo más de dos horas. Por lo menos. La vio por casualidad, mientras aparcaba en el improvisado parking que los vecinos han habilitado en un descampado a las puertas de una urbanización cualquiera de la localidad, salir de un edificio de apartamentos algo aislado. Descampados y solares por construir. Por la avinguda del Doctor Punset. En la otra punta de la ciudad. La vio por casualidad y desde entonces la sigue prudentemente y a cierta distancia. La ha visto entrar en una zapatería, saludar a unos vecinos y llamar varias veces por teléfono. La siguió más de una hora andando, viéndola contornearse con la falda corta y los zapatos de medio tacón. Con su hermoso pelo largo y rubio. Con el bolso colgado del hombro. La siguió. La siguió hasta verla recibir al cliente, con el que probablemente había quedado en las inmediaciones de la platja dels Capellans. La ha estado esperando pacientemente, leyendo un folleto turístico de la ciudad, la hora y diez minutos que la rubia y su cliente han tardado en cenar en la terraza desde la que ahora la sigue.

El asesino está tan cerca de la pareja que incluso los oye hablar. Ella es claramente extranjera. Habla el catalán pero, además de su estampa eslava, su acento también la delata. Del Este. Rumana, seguramente. Sale del brazo de su acompañante. De su cliente. Juegan a los enamorados y sonríen. Qué bien hace ella su papel. Ella es tan guapa como ordinaria y escandalosa en la risa. Cogidos del brazo, ella volcada en el hombro de él. No se besan. Ya lo harán. Ella, que rozará los treinta, adula con arrumacos y caricias y de forma convincente a un tío que a punto estará de cumplir los sesenta, pero con buen porte para su edad y un toque pretendidamente desenfadado y juvenil. A pesar de su americana y sus pantalones de lino. Ella lo llama «cariño» de forma reiterativa, tan pesada, casi abusiva, aunque a él no parezca en absoluto molestarle. Más bien lo contrario.

El asesino sonríe condescendiente ante tanta idiotez.

Carril bici, palmeras. Jóvenes de botellón en la arena escuchando música en los *smartphones*. Caminan en dirección al puerto deportivo. Unos diez metros por detrás, lo suficiente cerca de un grupo de viandantes como para pasar desapercibido, los sigue el hombre que dentro de unas horas va a matar a la puta. La presa y su acompañante cruzan la carretera, de un solo carril, y andan ahora por el paseo, esquivando otros paseantes. Ella se empeña en hacerse un selfi. Qué juguetona. Él saca su teléfono, posan los dos sentados en el murete que da a la playa, el mar al fondo, la noche calurosa y estrellada también, y se retratan felices. Él le muestra a ella la foto, para que la valide, ella sonríe efusivamente y le da un beso agradecida. «Pásamela, cariño», le dice.

Es el primer beso que el cazador ve dar a su presa.

Cinco minutos más tarde, la pareja se sienta en otra terraza. Piden unos cócteles. Ella bebe en pajita para no estropearse el carmín de los labios. El asesino, que viste gorra negra, pantalón corto, bermudas de color marrón y una camiseta de manga corta, azul oscuro, básica, sin logo de marca ni estampación alguna — para no llamar la atención— y zapatillas de deporte, los ve reír e intimar desde unos quince metros de distancia, sentado en un banco del paseo, comiéndose un cucurucho de chocolate que acaba de comprar en un quiosco y que ha pagado en metálico. No los pierde de vista. Tampoco tiene prisa. Cazar es un deporte solitario y de espera que solo requiere paciencia.

La copa se alarga hasta pasada la medianoche. El asesino mira su reloj de pulsera —obviamente no lleva móvil— y decide que se aproxima lo bueno, justo cuando ve a la pareja levantarse. El cliente paga la cuenta, la coge a ella por la cintura y salen de la coctelería camino del passeig Jaume I. Van abrazados y de vez en cuando se besan, ahora ya abiertamente. Ahora, por la actitud y la edad de ambos, ya no engañan a nadie. Ella es puta y él es su cliente. Detienen su marcha cada pocos pasos y se besan. El asesino los sigue un rato más para cerciorarse de dónde van, de

que ya van a follar, y los ve caminar hasta el hotel Blaumar. Y entran. Van a follar o, por lo menos, a que ella se la chupe.

Es ahora cuando empieza el juego. Es ahora cuando comienza a tener sentido toda la preparación, la paciencia y la espera. O no. Porque también existe el riesgo de que falle la intuición y de que todo lo hecho hasta ahora no haya servido de nada. En eso consiste este deporte. En la caza y la pesca lo importante es participar. Hacer las cosas bien independientemente del resultado. Así que el asesino calcula e intuye. Calcula que tiene una hora, u hora y media, a lo sumo, por delante; e intuye que después, que ya serán casi las dos de la mañana, como buena profesional sin necesidades acuciantes, la puta dará por terminada la jornada y volverá a casa. Así que, trabajando con esas dos premisas, el asesino comienza a caminar en dirección al punto en el que comenzó todo, el aparcamiento desde el que el asesino la vio salir de su casa. Por puro azar.

A paso tranquilo no le va a costar más de media hora llegar.

Un taxi aparece. Las 02:03 de la madrugada. Avenida de dos carriles en un sentido, mediana con plantas y palmeras, y dos carriles más en sentido contrario. El vehículo se detiene en el arcén más alejado al edificio —el único edificio de viviendas cercano— desde el que se vio salir a la presa, con lo que la mujer ha de cruzar esos dos carriles, la mediana y los otros dos carriles de la avenida más próximos para llegar a su casa. Descampados, hierba tupida y descuidada. Setos circundantes. Chopos.

No hay tráfico. Ni un solo coche, al margen del taxi en el que ha llegado la víctima, ha pasado en los últimos cinco o seis minutos. El único problema es que la zona está perfectamente iluminada. Pero el asesino ha intentado prevenirlo todo. Incluso ha echado un ojo para asegurarse, en la medida de lo posible, que no había cámaras de seguridad por la zona. Intuyendo, por la dirección desde la que él mismo ha venido andando, que el taxi, el Uber o el propio cliente —si era él quien la devolvía a casa después de follársela o de que se la mamase— se detendría en el

sitio en el que lo ha hecho, el asesino ha movido el coche y lo ha aparcado bajo unos árboles en el trayecto que presumiblemente —por ser la línea más corta— ha de utilizar la futura mujer asesinada para llegar a la tapia de su urbanización, cuya puerta no queda a menos de cincuenta metros desde donde la ha dejado el taxista.

El asesino la ve bajarse del taxi. La ve mirar el sentido de la marcha. La ve cruzar hasta la mediana. La ve mirar en la dirección contraria para cruzar estos últimos dos carriles. Justo cuando pasa por al lado de un coche grande, oscuro y algo sucio, aparcado en batería, la chica se detiene, algo desmadejada, un poco cansada, abiertamente confiada, y echa una mirada a su teléfono móvil. Entonces el asesino, que estaba agazapado entre las sombras y los vehículos, sale por detrás del coche, se le abalanza por la espalda y le tapa boca y nariz atufándola con lo que apunta a un derivado del cloroformo. Bracea, patalea. La mujer trata de zafarse del abrazo inesperado clavando las uñas en los antebrazos de su atacante. Se resiste unos largos segundos antes de desfallecer por el efecto narcótico y quedarse dormida como una bendita. Dobla las rodillas. Los brazos laxos y el cuello ladeado en una pura luxación. El asesino soporta con solvencia el peso de su cuerpo evitando que se desplome por completo.

El asesino arrastra el cuerpo de la chica, menos de un par de metros, hasta el asiento trasero del coche donde, no por casualidad, tiene extendido un plástico transparente. Al tratar de meterla, se le cae el bolso al suelo, desparramando un juego de llaves, un pintalabios y el iPhone, y él lo recoge todo. La acaba de introducir en el vehículo —ella desmayada, sin sentido, quizá incluso soñando— y le amordaza la boca con cuatro o cinco espesas vueltas de cinta americana. También le ata las manos y los pies a la altura de las muñecas y los tobillos. Por si acaso. Cierra la puerta, sale del coche, mira a derecha y a izquierda sin asustarse, con un aplomo de experto, entra de nuevo en el coche, arranca y se pone en marcha.

Menos de veinte minutos después, en unos huertos cercanos al pueblo de Mont-Verd, detiene el vehículo. La chica sigue

durmiendo. Abre la puerta izquierda trasera y, sin el menor miramiento, tira del cuerpo por los pies y la saca del coche. La chica se da un golpe tremendo en la cabeza y otro en los riñones. Tan grandes como para haberla descalabrado. Tan grandes han sido los golpes que incluso se despierta.

—Mira qué bien. Ya estamos todos.

La chica no sabe qué pasa. Ni grita, semiinconsciente como está. Le duele el cuerpo entero; la cabeza, la garganta, la espalda, los brazos. El asesino la arrastra unos dos metros más, abrasándole el cuero cabelludo por el roce de la arenilla y las piedras del suelo, y se sienta a horcajadas sobre su vientre. El asesino es un tipo grande y corpulento. Enorme. Desde la visión en contrapicado de la víctima, una puta montaña. En la mano izquierda el asesino porta una linterna que enciende y enfoca a dos palmos de los ojos de esa rubia que está a puntito de morir. Cegándola.

La chica intenta gritar, pero tiene la boca amordazada y solo alcanza a gemir. A sollozar. Llorar. Eso sí.

El asesino le suelta una hostia. Se detiene un segundo para contemplar el efecto del tortazo. Le suelta otra hostia. Se detiene otra vez. Y otra hostia más. Le da al menos cinco bofetones. Los ojos de la chica llenos de lágrimas y goterones de sangre le manan de la nariz. La chica se ahoga del sofoco. La boca tapada. Seguro que aún ni sabe qué le está pasando. Qué le va a pasar. No puede moverse por el peso del hombre sobre su vientre. Sobre su sexo. El asesino le da ahora un puñetazo que le revienta el pómulo izquierdo. Se ha oído el hueso crujir. Cambia la linterna de mano y ahora le da otro puñetazo con la izquierda en la mejilla derecha de la chica. Para equilibrar. El arco ocular de la chica inflamado, de un violeta violento. Hecho añicos.

El asesino respira. Se recompone tras el esfuerzo. Apaga la pequeña pero potente linterna y espera que sus ojos se adapten a la claridad de la noche. Una hermosa noche de verano. Respira mientras mira a la chica.

—¿Me ves?

La chica no hace ningún gesto, más allá del de respirar con mucha dificultad.

—Que si me ves —vuelve a preguntar el asesino, cogiéndola por el mentón y zarandeándole la cabecita, hinchada y amoratada.

La chica parece mover afirmativamente la cabeza. O no.

—Supongo que eso es un sí. Vale. Mírame bien y escucha lo que te voy a decir.

En realidad, la chica ya no lo ve. La chica empieza ya a no estar.

La luz de la linterna a poco más de dos palmos de su cara.

—¿No quieres saber cómo es posible que todo esté ya a puntito de acabar? ¿Por qué tantas molestias para tan poco? —Se calla un instante, haciendo como si aguardase una respuesta que sabe imposible—. Bien. Aunque no lo preguntes te lo voy a decir. —Otra pequeña pausa—. Pues porque ya te he cazado. Así de simple. —Una última pausa—. Venga, aguanta un poquito más, por favor, que enseguida termino.

Entonces, después de tan escuetas razones, el asesino se inclina sobre el cuerpo de la chica, la coge del cuello con sus manazas y, cargando sobre sus propios antebrazos sus más que probables cien kilos de peso, aprieta y, en menos de veinte segundos y diez o doce coleos de las piernas de la chica, acaba con su vida.

Medio minuto de serena quietud más tarde, después de mirar bien y durante unos buenos segundos a la chica a la cara, penetrando en esos ojos de muñeca ahora desvaídos, el asesino se levanta, estira las lumbares y bosteza, dejando el cuerpo sin vida de la mujer, con la falda del vestido arrugada a la altura de la cintura —sus bragas blancas sucias, por la arena, el roce y porque es posible que incluso se haya hecho sus necesidades— y con una mueca esdrújula en su rostro.

El asesino mira al cielo. Satisfecho. Sopla una ligera brisa de lo más amable. Mira a un lado y a otro del camino rural en el que se ha detenido sin ver otra cosa que vasta oscuridad. Luego abre el maletero del coche, sin ninguna prisa, saca del asiento trasero

el plástico transparente y lo extiende al viento como quien ore a una sábana.

Es la mortaja con la que va a cubrir el cadáver de su presa.

los puercos

Ellos no lo saben. No lo han pensado nunca en estos términos. Pero esto consiste únicamente en poder mirar a la presa de tan cerca que puedas ver reflejada tu victoria en sus ojos. Solo se mata por eso. La carne es lo de menos. Se pudre. El trofeo tampoco cuenta. Habrá otros. Tampoco cobra relevancia el gusto por la sangre, o una supuesta querencia por la crueldad. Solo interesa el poder reflectante de las pupilas cristalinas del animal abatido y convertirlas en un espejo para la hermosa e inevitable superioridad que desprende el que mata.

Solo es coquetería.

Los cazadores son todos la reina malvada de Blancanieves.

Espejito, espejito.

La de Sergio es un rifle Benelli Ethos Super Sport, cañón liso del calibre 12. Un capricho. Madera de nogal, acabado de fibra de carbono y cantonera de goma. No se vende por menos de tres mil trescientos euros. En cambio, Rubén gasta un Franchi Affinity 3, también con cañón liso del 12. Bonito, pero con menos prestaciones que la de su hermano y que puedes encontrar nueva de trinca por algo menos de mil pavos.

Los dos utilizan Foster de 31 gramos de peso. *Slugs* americanas. Fiables y con un buen poder de penetración.

Sábado. Y son casi las cuatro y cuarto de la madrugada. No hace frío, claro, pero algo refresca. El SUV de Sergio, rebozado de tierra hasta las aletas de las ruedas, se queda aparcado discretamente en un recodo despejado de una pista forestal, cobijado entre unas oportunas carrascas. Salieron a las tres y diez de casa, mientras en un canal de la TDT reponían un documental sobre alienígenas en el antiguo Egipto, y hace solo unos diez

minutos que han llegado. Prácticamente una hora nocturna de coche en la que tan solo se han cruzado tres o cuatro frases a lo sumo. Para qué más.

—¿Has cogido agua para los dos?

—Sí.

—¿Y los chalecos reflectantes?

—¡Hostia! Se me han olvidado... Que sí, coño, que es broma.

Sergio, al volante, mira a Rubén con cierto punto de repulsión. Rubén se da cuenta y, aunque le fastidia, entiende el sentimiento porque a él le sucede igual con Sergio.

—Pon algo de música.

—No.

—¿Por qué?

—Prefiero el silencio para pensar.

Rubén masculla un insulto y luego reclina el respaldo del asiento y se acomoda para pegar una cabezadita. Noche luminosa, carretera comarcal despejada. Sergio agradecería que el idiota de su hermano se durmiera para que dejara de darle el coñazo. Se desprecian.

a ver cómo se te da hoy
sabes que siempre se me da bien
es verdad

—Piensa lo que quieras, joder, pero hazlo en silencio y, al menos, ya que no quieres poner música, déjame dormir.

Se desprecian.

Carreteras locales, estrechas, viradas, de un solo carril, que lo adentran en lo más agreste de la provincia. Al llegar al paraje previsto y detener el SUV, que en mitad de la oscuridad pasa totalmente desapercibido, los hermanos oyen chicharras y el difuso sonido de algún otro animalillo, una especie de graznido que suena con una frecuencia concreta y estable. Gru-Gru-Gru... Gru-Gru-Gru. O algo parecido.

Los hermanos bajan del coche y abren el maletero. De una mochila que ha preparado Rubén, este los saca y ambos se ponen

los chalecos reflectores, de color naranja. También saca dos frontales, y cada uno se coloca uno en la frente. Los encienden en mitad de esa hermosa oscuridad, de esa noche clara y estrellada, ideal para acampar. O para matar.

Ayudados por la luz de las linternas, acaban de pertrecharse. Los dos portarán cananas, cuchillos de montaña en el cinto, una cantimplora cada uno y algo de cuerda en uno de los amplios bolsillos del pantalón. Abren dos cajas de munición y se reparten las balas. Botas altas de caña, pantalones cargo, de tejidos resistentes pero ligeros. Camisetas de deporte de manga larga, para evitar pincharse con las romagueras.

Se oye una lechuza ulular. Rubén se pone más contento incluso de lo que ya estaba desde que ayer su hermano le ofreció salir juntos a cazar puercos.

—Vale. ¿Cómo lo hacemos? ¿Al rececho?

—No. Lo hacemos como siempre. Bajamos a la charca que crea el riachuelo y cada uno se pone en uno de los flancos. Yo me quedaré en la izquierda y tu baja por la senda, luego subes un poco y te apostas en el otro lado. Solo es cuestión de paciencia. Tarde o temprano irán a beber, de regreso de los huertos cercanos. Ahí los pillamos entre dos fuegos.

—OK.

—Y no hagas el gilipollas. Ni te aceleres, porque dices que te aburres, ni desperdicies munición, ni hagas ruido. Paciencia, he dicho, y asegura el tiro. No me jodas la noche.

—Que sí, hostia.

—Bueno. —Incredulidad—. Mira a ver si hay cobertura.

Los dos miran sus móviles para ver si la hay. Y la hay.

—Si quieres algo me mandas un audio. Pero bajito. Y acuérdate de apagar el frontal cuando llegues al puesto.

A unos veinte metros del lugar en el que han aparcado sale una senda, estrecha y oculta entre las hierbas altas, que desciende por uno de los laterales de un barranco. Los hermanos caminan en silencio, únicamente acompañados por el ruido de sus pisadas y por el leve rumor del agua, poco más que un refrescante gorgoteo que brota de algún punto misterioso de las proximidades

y desciende por mitad de la rambla hasta unirse al cauce de un riachuelo mayor. Tras poco más de tres minutos de camino llegan a un remanso de agua, como de unos diez o doce metros de diámetro, que surge entre unos cañares y continúa después estrechándose hacia el lado derecho. Allí los hermanos se separan; Sergio vuelve a desandar el mismo camino y Rubén vadea el arroyo pisando sobre un improvisado caminito de piedras para pasar al otro lado y hacer lo mismo: ascender en paralelo hasta encontrar un lugar recoleto en el que apostarse y desde donde poder disparar en picado.

No pueden verse, pero están casi a la misma altura separados por una distancia, en línea recta, de unos treinta metros. El ancho del estrecho barranco. Ambos quedan a otros veinticinco o treinta metros de la charca, apuntando en diagonal al centro del remanso de agua al que saben que todas las noches, después de arrasar con los repollos, las lechugas, los tomates y las berenjenas de las huertas cercanas, con los pimientos y los tubérculos que los pequeños agricultores tienen plantados para su propio consumo, los puercos van a beber antes de volver a sus madrigueras en lo más recóndito y compacto de la foresta.

Las seis y tres. Rubén mira el reloj del móvil durante unos segundos, ocultando el brillo de la pantalla con la palma de la otra mano. Y 53, y 54, y 55... Las seis y cuatro. Hasta entonces, y mientras apuntaba a la nada, ha estado pensando en una de sus compañeras de trabajo en el juzgado. En lo buena que está, en lo modosita que parece pero en lo puta que seguro que será en la cama. No le cae ni bien ni mal. Solo piensa que se la follaría. Le sonríe y es amable con ella solo porque la excita verla andar con esos pasitos cortos de geisha.

Sergio chuperretear un caramelo de menta. Tiene la boca seca. Mira al cielo, contemplativo. Qué noche más diáfana, piensa. La Osa Mayor. Y allí Orión. Acaricia el cañón de su Benelli, le encanta su tacto liso, ahormado, sin una sola arista. Su tacto tibio, su peso adecuado.

ya te dije que hacías bien en comprártelo
estoy contento

un buen tirador como tú necesita una buena arma
la mejor arma

Se oyen gruñidos a lo lejos. Sergio, hasta ese momento embobado mirando las estrellas, coge con urgencia el teléfono para mandar un mensaje de audio a su hermano pequeño. Susurra: «Aquí vienen. Atento».

Rubén encara el rifle. Sergio encara también su arma. Ambos tienen el campo de visión despejado, asomando los respectivos cañones por entre unas pocas ramas. A veinticinco metros escasos de la charca. La luna llena en ella reflejada. Gruñidos. Muchos gruñidos. Ruido de pezuñas. De muchas pezuñas. Vienen varios.

Poco más de quince segundos después, entre quince y veinte segundos después de comenzar a apuntar, en mitad del ángulo que forman los dos escopeteros aparecen las siluetas de seis jabalís; dos adultos, hembra y macho, y cuatro pequeños jabatos. La familia de puercos que estaban esperando. El macho es grande. La hembra no tanto. El macho luce unos colmillos largos, curvos y afilados. Poderoso. Menuda grupa, alta y ancha. De noventa kilos seguro que no baja. Beben los animales. Están sedientos. Sorben el agua con el ansia necesaria para saciarse. Los jabatos se gruñen entre ellos, juguetones.

En ese momento ulula otra lechuza, quizá sea la misma de antes. O no, es probable que sea otra. Parece una señal. Uno de los dos cazadores se ha movido y ha hecho crujir una rama. Los siete puercos alzan el hocico del agua y miran en dirección a lo alto de la vaguada. Algo extraño pasa. El viento, que ha cambiado de dirección. Olisquean el peligro justo en el momento en que les caen encima cinco disparos —tres y dos— que en mitad de la noche silenciosa suenan aterradores y extraños.

—Hostia puta, qué pasada.

Bajan a la charca. El agua ensangrentada. Rubén está eufórico, con la respiración acelerada. Sergio sonríe tímidamente, más comedido. Hay euforia, están contentos e incluso se les

advierde cierta camaradería cuando se miran felicitándose de forma tácita.

La puerca ha caído con la cabeza dentro de la charca, tiñendo de rojo todo su contorno. El macho, que recibió tres de los cinco certeros disparos, aún trató de retroceder, cayendo por fin abatido a unos tres metros de la orilla. Los pequeños huyeron despavoridos, chillando, desapareciendo entre la maleza. Huérfanos. También huérfanos.

Rubén fue el que disparó a la hembra, acertando los dos tiros. El primero le ha dado en el cuello y el segundo en mitad del vientre. Las *slugs* han agujereado la dura piel de la cerda sin dificultad. Rubén se arrodilla frente al cadáver, como tantas veces ha visto hacer a su hermano, y antes al viejo. Acerca mucho su rostro a los hocicos ensangrentados del animal. La mira a los ojos durante un ratito.

Sergio hace lo propio con el macho. Primero lo ha tocado con la puntera de la bota. Superior y displicente. El cuerpo duro de la víctima, casi pétreo. Las tres balas se le han alojado reunidas entre el cuello y el cuarto trasero izquierdo. Las tres en menos de treinta centímetros de separación. Una puntería acojonante. Se arrodilla, apoya la culata del Benelli en el suelo, posa la mano derecha en la testuz de la bestia, en sus pelos escarpados como espinas, y, acercándose tanto como puede, no diría que a más de un palmo adulto, se asoma al interior de su alma —de la suya propia— a través del reflejo vidriado de la pupila derecha del puerco, en la que también se refleja la circunferencia perfecta de la luna llena.

Le cae una lágrima. Al animal.

la madriguera

Ya no habrá noche cuando lleguen a casa.

Ni siquiera habrá alba.

Pero antes de que las sombras se disipen por completo tienen que hacer dos fatigosos viajes para cargar las presas en el coche.

Deciden cargar primero con la hembra, de unos cincuenta kilos aproximadamente. Rubén se presta solícito a llevarla en hombros durante toda la ascensión. Sergio le pregunta si está seguro y, sin esperar respuesta, coge el rifle Franchi de su hermano y le dice que caminará detrás de él para asistirle en caso de que se trastabilie por el peso y lo pedregoso y resbaladizo del caminito y pierda el equilibrio. No ocurre. Con mucho esfuerzo — un verdadero viacrucis—, Rubén asciende el medio kilómetro de senda y consigue llevar a la cerda hasta el SUV, que está aparcado entre el ramaje, y la suelta de golpe junto a las ruedas traseras. Exhausto. Deslomado. Durante la ascensión parecía un Cristo portando el madero. Exhausto. Al llegar, descansa apenas un minuto, echando puro resuello. Bebe un trago de agua de su cantimplora, derramándosele el agua por las comisuras, y le hace un gesto a su hermano mayor, que ha metido las escopetas en el asiento trasero, para indicarle que ya está de nuevo preparado.

Los dos caminando senda abajo. Otra vez a la charca.

Al macho han de cargarlo entre los dos y la tarea se hace hartito dificultosa. Porque el sendero es estrecho, porque el puerco pesa un quintal y porque en tan poco espacio entre dos personas el animal tiene un mal agarre. Para uno solo, los más de ochenta kilos de puerco es mucha carga. Para dos, asiéndolo uno por la cabeza y el torso y el otro por las patas y la ancha cadera del facóquero, tampoco es que sea fácil la cosa. Pero descansando,

maldiciendo y echándose las culpas y los reproches, parando cada doce o quince metros de ascensión para reequilibrar fuerzas y pesos, consiguen llevar al enorme cerdo hasta el coche.

¿cansado?

Derrengados. Plegados ambos con las manos en las rodillas esperando que les vuelva el sosiego tras la caminata. Satisfechos. Beben. Se ríen sin querer. Puro orgullo. Fraternales. Se limpian el sudor con la bocamanga. Sergio abre el maletero del coche y se sienta en el borde. Rubén hinca una rodilla en el suelo un momento, pero, de pronto, reivindicándose, aparta de buenas maneras a su hermano y se dispone a cargar los dos animales en el vehículo. Primero el macho, para el que precisa la ayuda de Sergio, y después a la hembra, con la que de nuevo se apaña él solito.

Su hermano mayor parece contento, se diría que hasta orgulloso, y eso a Rubén le hace sentir bien. Recogidas ya las dos escopetas, debidamente enfundadas, Rubén guarda también el resto de pertrechos. Luego echa un último trago de agua y coloca los brazos en jarra. Eufórico.

Ambos miran hasta allí donde se juntan la tierra, el mar y el cielo y, en silencio, parecen admirar la belleza de la aurora comiéndose poquito a poco las últimas rasas de la noche. Embriagados. Afectados por tanta sencillez. Es un momento genial. Pura armonía.

—¿Te acuerdas de lo de Cuenca? ¿De lo de aquel pueblo de Cuenca?

Sergio no se esperaba que Rubén saliera ahora con eso.

—Sí —responde de forma áspera—. Pero no me apetece hablar de ello. No es el momento.

—A pesar del susto lo pasamos bien, Sergio. No dirás que no. Y tú estuviste cojonudo aquella noche.

Mientras se quita el chaleco y se seca de nuevo con la manga de la camiseta el sudor de la frente, a Sergio se le escapa lo que podría ser el esbozo de otra sonrisa. Rubén lo nota.

—¿Cuándo me dejarás volver a viajar contigo para ir de caza?
Casi ha pasado ya un año.

Aunque siempre es reticente al reconocimiento, esta vez Sergio mira a Rubén con camaradería.

—Pronto. Ya veremos.

—Gracias, hermano.

Empieza a clarear cuando se suben al coche dando sendos portazos. Cielo rojo intenso subrayando la silueta de los primeros cirros. Arrebol.

no me has contestado
a qué
a si estás cansado
sí, un poco

Apenas pasadas las ocho de la mañana.

Un zumbido constante.

Desde el garaje no se puede entrar directamente en la vivienda, se ha de volver a salir para acceder, o por la puerta principal o por la puerta trasera que da al diminuto patio interior, para lo cual se tiene que cruzar el escaso jardín delantero y bordear por el estrecho paso, de poco más de un metro, que queda entre la vivienda y la medianera que la separa del bungaló contiguo, una delgada pared disimulada por un seto bastante descuidado.

En el garaje solo hay hueco para el SUV de Sergio, para el arcón frigorífico y para acumular trastos viejos. También hay un par de bicicletas colgadas de un gancho. Amontonadas en los laterales hay varias cajas de cartón repletas de cosas inservibles. Hay varios botes de pintura, ya reseca, y herramientas de jardín oxidadas. Hay una bolsa de congelados de Mercadona de la que sobresalen cuatro o cinco juegos de matrículas de coche.

En las cajas de cartón hay libros, ropa usada, cintas de casete, trapos, picaportes y herrajes de repuesto para las puertas, un tablero de parchís, un *Cluedo*. En una de esas cajas de cartón hay un diorama del espacio que Rubén hizo en un taller del colegio

hace ya más de veinticinco años. El sistema solar. Le faltará Venus y la superficie del ingenio estará muy arrugada, pero aún conserva bien los colores. Marte está pintado de rojo sangre y Urano de un gris muy oscuro. Tirando a negro. También hay, en esa misma caja, varios cómics, pero no muchos, y la mayoría muy ajados y sobados. De *Spiderman*, de *Capitán América*. De *Los 4 Fantásticos*. Sergio los coleccionaba de joven. Y hay un rollo de cuerda de pita, unos guantes de jardinero, varias cajas vacías de medicamentos y tres parches de tela —uno con el escudo de la AGA, uno con el emblema de la Legión, y otro de la marca de armas Smith & Wesson—. Y viejos boletines de notas de cuando el hermano mayor iba al instituto. Y un disfraz de vaquero para un niño pequeño que, hasta hace poco, y por mucho que pensaran, ninguno de los dos hermanos hubiera sabido decir de quién era y qué hacía en el garaje.

El arcón es de color verde. De color botellín de cerveza.

El arcón frigorífico no deja de zumbar. Nunca deja de emitir un zumbido mecánico interminable al que los hermanos están irremediablemente acostumbrados. Un zumbido penetrante y molesto que se irradia por los nervios de las paredes llegando hasta el último rincón de la casa. Un zumbido de moscardón incansable. Un ruido incesante, aunque no necesariamente constante, pues de vez en cuando cambia de intensidad y sufre unos picos que elevan o reducen durante unos segundos el diabólico sonido, para volver en un instante a su frecuencia lineal habitual.

Pero, si no piensan en él, los hermanos ni lo notan.

—¿Descargamos los puercos? Estoy reventado.

—No. Ahora no. Solo las armas. Ducha y a la cama un rato. Ya los descargaremos más tarde, o incluso después de comer.

—No cabrán los dos en el arcón. ¿Lo tienes vacío?

—Ahora sí.

Sergio vivía en el bungaló con su exmujer, pero como lo había comprado antes de casarse con aquella sudamericana con la que duró tan poco, tras el divorcio se lo quedó él. Privativo. Luego,

cuando lo echaron del trabajo por culpa del ERE, con la infantil excusa de ayudarlo para pagar la hipoteca, Rubén le propuso que vivieran juntos. Rubén no quería vivir solo. Sergio se lo pensó un par de semanas, dudó bastante si aceptar o no la propuesta, pues ni la necesitaba ni está tan apegado a su hermano, pero tras la insistencia de Rubén al final accedió. Así que el pequeño dejó de vivir solo en la vieja y enorme casa del padre, que ahora la tienen vacía y medio en ruinas a la espera de que un constructor local, que ha mostrado interés, se la compre, y se mudó al abrigo de su hermano mayor.

No se llevan bien, nunca lo han hecho, pero a pesar de ello se pusieron a vivir juntos.

Pasillo corto. Apenas el recibidor, que de inmediato desemboca en el salón, a la derecha de la entrada, y a la cocina, que queda a la izquierda; y luego otros cinco metros más que dan acceso a los dos dormitorios —uno contiguo al otro— y a uno de los baños. Al final del pasillo hay un armario empotrado. Vacío. Un bungaló humilde. Poca cosa. Y pequeño. Un adosado simétrico y mimético a los otros diecinueve bungalós que conforman la manzana. Veinte. Diez a un lado y otros diez, culo con culo, dándoles a esos la espalda.

Al entrar en casa, los hermanos cargan cada uno con su respectiva escopeta. Bostezan al unísono. Es el sueño, la caza y el cansancio, que los iguala.

En el recibidor, tras dejar las llaves del todoterreno en el lugar de costumbre, Sergio hace un gesto con el dedo indicándole a su hermano pequeño que no siga andando más y que antes se quite las botas para no ensuciar el parqué del suelo con el barro de la charca.

—No jodas, que estoy cansado. Que lo limpie la puta mora, que para eso se le paga.

—Que te las quites, gilipollas.

Se vuelven a mirar mal, con desdén, a metro y medio de distancia el uno del otro, en el espacio abierto que queda entre el vano de la puerta del salón y el de la cocina, pero solo durante un segundo. Porque al instante Rubén mira hacia el suelo, resignado

y vencido, alza la pierna izquierda primero y luego la derecha, y a la pata coja se descalza. Entra en la cocina encabritado, abre la puerta de la galería y después la del patio trasero y, en un arrebató, lanza las botas estampándolas con la mediana que separa la vivienda del bungaló que queda a su espalda. Rubén todavía lleva la escopeta colgada del hombro. Vuelve sobre sus pasos desnudos y se pierde en el pasillo, ante la mirada desafiante de su hermano mayor.

De la cocina se accede a una galería y de ella al patio trasero. La cocina no tiene nada de especial. Muebles de serie, baratos y estandarizados, de un insípido color nacarado. Una cocina de color gris, con una moldura negra a unos cincuenta centímetros del zócalo. Tiene una mínima península y está amueblada con lo indispensable; mesa, cuatro sillas y los electrodomésticos básicos. Horno, microondas, frigorífico y lavadora. No tiene lavavajillas y la secadora, que no cabe, está en la pequeña galería, donde también se ha arrinconado una aspiradora que hace más de tres años que nadie utiliza. En la cocina hay colgado un cuadro con una lámina de un san José y un calendario del año pasado.

En uno de los armarios de la cocina, en el que se guarda la cristalería, al fondo, detrás de un par de hileras de vasos de resistente cristal, aún está la taza en la que la ex de Sergio tomó café todas las pocas mañanas que duró el matrimonio. Una taza de color blanco con la bandera de Colombia estampada bajo la frase, escrita en negro, *I Love*.

¿te acuerdas de ella?
ni ganas
mejor

Rubén cruza de nuevo la cocina rozándose con Sergio al pasar, pero sin mirarlo, y se mete en el baño para ocultar su rabia y su impotencia. No puede con cómo lo trata su hermano mayor. Es superior a sus fuerzas y a su frágil comedimiento. Si pudiera, le arreaba una hostia. Su cuarto de baño, el que él utiliza, está en el pasillo, enfrente de su habitación. Se le escucha maldecir

mientras abre el grifo de la ducha. Grita. Insulta. Escupe. Un aseo con retrete, plato de ducha y lavabo. Un armario estrecho, de pie, y un par de baldas a la izquierda del espejo. Rubén se mira en el espejo. Desnudo. Hinchaba el pecho y arquea los brazos como si fuera Hulk Hogan. La cara roja. Las venas del cuello inflamadas. Se mira en el espejo. Gustándose, a pesar de que está sobrado de peso, de que tiene un cuerpo desgarrado y poco atlético, se sabe fuerte.

Sergio, que después de presenciar la escenita de su hermano pequeño sin darle más importancia de la que merece su estupidez, su falta de hervor a pesar de que a punto está de cumplir los cuarenta, ha salido al patio, donde tienen un armero metálico con doble candado, para guardar su arma y sus pertrechos, y vuelve ahora de la cocina camino a su cuarto. Entonces ve los trastos de su hermano pequeño esparcidos en medio del pasillo. El rifle Franchi apoyado en una de las jambas de la puerta de su dormitorio; la canana, repleta todavía de munición, también en el suelo. Junto al machete sin desenfundar. Y un montón de ropa sucia. A Sergio le entra un acceso de ira. Bufo. Cierra el puño y golpea con fuerza y saña la puerta del baño, solo una vez, clavando por entero los nudillos en la chapa. Menudo golpe ha dado. El ruido del puñetazo ha hecho que por un momento deje de oírse hasta el correr del agua de la ducha. Ni el zumbido del arcón se oye ahora. La vida en el interior de la madriguera ha parecido detenerse durante un instante. Un silencio abrupto. Abrumador. Un estruendoso golpe, ¡PUM!, y luego el más absoluto silencio.

El puño le sangra un poquito. Se le han clavado pequeñas astillas en el dorso de la mano. Se mete en su dormitorio y cierra la puerta. Respira fuerte, casi hiperventilando, y se muerde el labio inferior hasta hacerse daño.

no lo soporto
lo sé. pero es tu hermano
ya
y sabe cosas

Trata de calmarse. Anda en círculos. Los brazos en jarra. Se sienta en la silla que tiene junto a la mesilla, se quita los calcetines, pues las botas también las dejó en el patio, junto a la manguera de riego, se quita también la ropa sucia y, desnudo, se mete en su baño, que es algo más grande que el otro, porque este tiene una bañera ovalada, dos lavabos y un bidé junto al retrete. También tiene un armario de pie, otro de dos baldas colgado de la pared y un calentador de toallas. Tiene también un pequeño ventanuco, apenas una superficie de un par de palmos por el que por la mañana entra algo de luz. Da al patio.

Sergio abre el grifo. Sale fría y abundante. Le cae el agua encima. Un torrente. Piensa en Magda, sin saber muy bien por qué. Echa abundante gel en la esponja exfoliante y empieza a frotarse el cuerpo lentamente. Está cansado pero, curiosamente, se excita con el tacto de la esponja azul. Piensa en Magda. Frota bien la roña traída del campo, pero con suavidad. Y el sudor. Y la mala leche. Se excita. Se empalma. Piensa en Magda. Un torrente. Corre el agua sucia, mezclada con gel espumoso, piernas abajo. Se masturba cogiéndose el miembro con la propia esponja. Piensa en Magda. Se encorva tensándose. Se apoya en la pared en la que está el ventanuco. Es tan alto que su frente calva supera el dintel de esa ventana. Incluso estando encorvado. Se tensa más. Un poco más. Los pectorales. El bíceps derecho. Las piernas ligeramente flexionadas. Piensa en Magda. Se corre contra la pared de la bañera. Un torrente.

Recupera la respiración unos cuantos segundos más tarde. El agua, que continúa cayéndole fuerte sobre su calva y su nuca, le devuelve poco a poco a un tono y un estado más relajado. Coge el grifo de la ducha y limpia el semen de la pared.

Ya no piensa en Magda.

Quince minutos más tarde, Sergio está sentado en su sofá y Rubén, enfadado, o aún asustado, se ha tumbado en la cama y ha echado el cerrojo por dentro.

El salón no es demasiado amplio, pero tampoco es pequeño. Tiene una mesa de comedor para seis personas. Y seis sillas. Tiene una mesa revistera de cristal donde en este momento está el mando a distancia de la tele, el del aire acondicionado y varias cartas abiertas del banco. Tiene dos sofás dispuestos en L y un sillón de lectura entre el televisor y el aparador que nadie utiliza. Sobre el aparador hay un espejo colgado de forma apaisada enmarcado en color haya. Todos los muebles son del mismo color haya. Se compraron como un conjunto. También hay tres cuadros que no tienen ningún sentido estético concreto ni guardan relación temática entre ellos. Dos láminas de paisajes, más o menos abstractos, y otra de una escena de caza del zorro, con los caballeros ingleses vestidos de rojo y su jauría de perros. Sobre el sofá hay colgada una réplica de la espada Tizona. En la repisa del aparador hay un búcaro vacío, unas figurillas de alabastro y una fotografía familiar, solo una, en la que se ve al viejo y a los dos hermanos vestidos de cazadores, abrazando cada uno un arma y arrodillados frente a lo que parece es un corzo muerto.

Solo Rubén sonríe.

El salón tiene un amplio ventanal de dos hojas por el que entra a borbotones la luz de la tarde, pues la estancia está orientada al sur.

Sergio baja la persiana hasta más de la mitad. Son las diez de la mañana, y seis minutos, para ajustar, de un sábado de principio de junio. Tiene todo el fin de semana por delante. Aplana con el puño —que aún le escuece— un cojín y se lo pone debajo de la cabeza.

ya estás más calmado
no ha sido nada
nada que tú no tengas dominado
eso es

Antes de cerrar los ojos y echarse una buena cabezadita, recuerda que hay que sacar los dos animales muertos del coche y guardarlos en el arcón, para que no se pudran con el calor. El

electrodoméstico más importante de toda la casa es el arcón frigorífico del garaje. Que siempre tiene un candado cerrado cuya única llave guarda Sergio.

la vecina madura

Porque no es amor. Porque ambos saben y se tienen dicho que no es amor. Pero si solo nos fijásemos en los ojos de la mujer, en cómo miran al hombre mientras duerme, en su fijación o su brillo, podríamos equivocarnos y, quizá, llegar a pensar que ella sí que está enamorada. Que algo de amor sí que hay en su mirada. O que si no es amor sí que al menos existe una indescriptible admiración. O que simplemente son ojos que miran con necesidad.

Pero que algo intenso y bello hay en esa forma que tiene de mirarlo.

La mujer madura lo mira desde una posición en escorzo que le obliga a sostenerse sobre su codo hincado en el colchón. La palma de la mano en la sien y el cuerpo recién follado. Lo mira desnuda. Lo mira con el cabello alborotado. Lo mira alternando relajación y curiosidad. Lo mira sin hacer gesto o mueca alguna, pero haciéndose preguntas confusas que ni ella misma quiere contestar. Lo mira dormir y lo escucha roncar.

Observa su espalda sudada y velluda, con matojillos de pelo que se diseminan desde los hombros, columna abajo, hasta la rabadilla, y que se unen a los de las nalgas, extendiéndose después como un manto cada vez más espeso piernas abajo. Pelo en todas partes menos en la cabeza. Algo cejijunto. A ella, en ese momento, se le escapa una sonrisa burlona, casi cariñosa. Él se ha quedado dormido dándole la espalda y mirando hacia la ventana del dormitorio, que tiene la persiana bajada casi por completo, que tiene las cortinas echadas por completo; pues aunque ya pasan de las siete y diez de la tarde todavía luce un buen sol y hace un calor de espanto.

Sobre la mesilla, una lamparilla de Ikea, un despertador sencillo y una novela de Dolores Redondo. La mujer madura, que también es la dueña de ese dormitorio y de la casa, coge de la repisa del cabecero el mando a distancia del ventilador de techo y lo conecta. En un segundo asciende un rumor a viento de pega que, poco a poco, da paso al frescor que en nada convertirá en granitos de sal las gotitas de sudor que aún perlan los dos cuerpos.

El hombre, aún dormido, o queriendo seguir durmiendo, trata de subirse la sábana que hasta este momento solo le cubría los tobillos. Palpa a ciegas, somnoliento. La mujer lo ayuda a que se acabe de tapar hasta la cintura, y después deja de apoyar el codo en el colchón, se tumba boca arriba, cruza las manos sobre sus pechos grandes, pecosos, caídos y desnudos, y mirando embobada las aspas del ventilador, se deja hipnotizar, nota el peso de sus párpados, la laxitud de sus músculos, la inevitable elastosis de su piel, y acaba por cerrar los ojos.

—¿Qué hora es?

—Van a dar las nueve y media.

—Hostia. Qué tarde. Haberme despertado, joder.

—Estabas durmiendo tan relajado que me supo mal.

—Te lo tengo dicho, que me avises. ¡Me cago en la puta!

La mujer, que nunca se acostumbrará a estas repentinas salidas de tono del hombre al que no sabe si quiere, o cuánto lo quiere, al que no se explica por qué de vez en cuando admira, y al que teme necesitar, opta por callarse y no seguir respondiéndole. Que lo conoce.

El hombre se levanta de un salto y, bajo la penumbra, casi perfecta y envidiable, de esa habitación prácticamente a oscuras, rebusca por el suelo la ropa que llevaba puesta cuando llegó. Tiene dificultades para encontrar uno de los dos calcetines. La mujer enciende la luz de la lamparilla, para ayudarlo, y al mismo tiempo apaga el ventilador.

—No lo quites.

Y lo vuelve a encender.

Rumor de viento. La mujer sigue acostada. El ventilador, como un dios, orbitando en lo alto. El hombre se acaba de vestir. Ella no deja de mirarlo, él no deja de rehuirle la mirada.

—¿Por qué no te quedas a cenar? En un momento puedo hacer una tortilla de patatas, si te apetece. No tardo nada.

El hombre no le contesta, pero, mientras se calza las zapatillas, cabecea negando.

—Esto no puede ser, Sergio.

—¿El qué no puede ser?

—Pues esto que hacemos. Que de vez en cuando vengas solo a follar y que tan siquiera ni hablemos.

—No digas tonterías, Magda.

—No son tonterías. Es simplemente que ya hace unos tres meses que estamos juntos y...

—¿Juntos? ¿Cómo que estamos juntos?

—Bueno, quiero decir que hace tres meses que nos conocemos.

—No. Hace más que nos conocemos. Desde que vivimos aquí, en la misma urbanización, que nos conocemos. Mucho más de los tres meses que hace que follamos. Porque lo único que hacemos es eso. Follar.

—Además solo lo hacemos cuando a ti te apetece.

—Yo no te fuerzo.

—Pero tampoco acudes cuando a mí me apetece y te llamo. De hecho, no puedo ni llamarte porque o no me coges el teléfono o, si lo coges, me la lías por cualquier tontería.

—Bueno. Ya está bien. No me toques los cojones, por favor.

Sergio está plantado enfrente de la cama, mirando el cuerpo semidesnudo de esa vecina madura con la que hace ahora tres meses se acostó por primera vez tras unos ingenuos y torpes gestos de aproximación, casi inconscientes por parte de ambos, que aún ninguno de los dos sabe por qué fructificaron propiciando un encuentro tan desigual. Un día se saludaron en el supermercado, otra mañana ella le sonrió sin pedirle a él nada a cambio. Una tarde él la ayudó a arrancar el coche, que se le había calado.

—Y tápate, joder, que pareces una cualquiera. A tu edad.

No sabe muy bien por qué lo ha dicho. O sí. Lo ha dicho porque lo piensa. O no. Pero lo ha dicho. Así que Magda no se tapa. Al principio. Se tapa un par de segundos después, cuando se da cuenta de que la mueca antipática de Sergio —la de quien prueba algo muy salado o muy soso. O muy agrio— aún no ha desaparecido de su cara. Entonces, entre el miedo y la rabia, Magda coge la sábana y se cubre casi hasta el cuello. Con pudicia. Las manitas saliendo por los bordes, como una caperucita miedosa. Su pelo aún alborotado. Su ánimo humillado. Su rostro de mujer de sesenta años, sesenta y uno, lloroso y cansado.

Entonces Sergio entra en el baño de la habitación, que salvo por lo ordenado y por el lógico toque femenino que desprenden los frascos de perfume, el color de las toallas, las pinturas y los coloretes, es igual al suyo, y se lava la cara. Se mira en el espejo.

no sé yo si esto nos hace bien
no es nada
solo es folleteo, ¿verdad?
solo
pues entonces ok

Sergio da toda la vuelta a la manzana conduciendo y llega a la puerta de su bungaló cuando faltan menos de quince minutos para las diez de la noche. Abre la puerta del garaje, maniobra y entra el vehículo de culo hasta hacer que quede a menos de medio metro del arcón. Zumba el arcón.

Entra en casa disimulando las prisas. Deja las llaves del SUV y se asoma a la cocina.

—Vaya horas, tío. ¿De dónde vienes?

—De ningún sitio. Me cambio y cenamos.

La cena lleva más de media hora hecha y en casa son de cenar no más tarde de las nueve. Rubén guisó esta tarde un poco de carne de puerco. No le sale mal del todo. De hecho, es lo único que cocina y que le gusta cocinar, más allá de que algún día caliente y

le eche tomate frito a un plato de pasta. Sofríe los pedazos de carne con aceite y ajo. Le pone vino tinto, y zanahorias, y tomate triturado, y guisantes. Y deja que reduzca durante un buen rato, más de media hora, hasta que la salsa se espesa. Rubén se puso a cocinar hace casi dos horas, tras la ducha, después de volver de caminar.

También ha extendido un par de manteles individuales sobre la mesa revistera del sofá. Y ha sacado pan, que ha descongelado, y un par de plátanos de postre.

—¿Qué vas a beber?

—Agua.

Y para él se saca una botella de un litro de refresco de cola.

Rubén mira con recelo el silencio de su hermano mayor, que hoy, más que provocativo, es huidizo. Se sientan a cenar y ponen la tele. Pablo Motos. Sergio mira la tele y Rubén mira también la tele, aunque de vez en cuando mira de soslayo a Sergio.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

Y Rubén le señala una mancha roja en el cuello.

—Si parece un puto chupetón.

—No digas tonterías. Joder.

Sergio le quita hierro. Rubén duda si continuar con el tema, pero no insiste. También es cierto que es del todo improbable que la mancha del cuello de su hermano mayor sea un chupetón. Igual un golpe, o el picotazo de algún mosquito tigre de esos que a menudo se ven revoloteando por los alrededores de la fosa séptica de la finca. Que son la hostia.

Pasan unos segundos más, intentando que las payasadas de la tele ayuden a tener la fiesta en paz, pues los hermanos son únicos en hacer que se tuerzan las cosas por nada. Y la tele funciona. Sonríen por las idioteces que escuchan, dejan de masticar, incluso, para no perderse detalle.

—No te conté lo que me pasó en el autobús el otro día.

—¿Ya has ido a por tu coche?

—Sí.

—¿Y qué?

—Casi trescientos pavos.

Sergio hace un gesto que viene a decir «jódete». O «me importa una puta mierda», o algo así.

—Lo que te decía. En el bus tuve una movida con una cría. Una puta que estaba buenísima.

—¿Qué quieres decir con una movida?

—Bueno, no. Movida no. Simplemente que no paró de tirarme los trastos durante todo el trayecto. Cruzando las piernas, mordiéndose el labio, mirándome provocativa, la muy puta. Enseñando las bragas. Claramente quería tema.

—Seguro —responde Sergio con burlesca incredulidad.

—Lo que te cuento. Y lo mejor es que tan solo era una cría que no tendría más de veinte años. A punto estuve de darle lo suyo, fíjate lo que te digo. —Y se ríe.

—Son todas iguales —dice el hermano mayor por concluir, por quitarse de encima una charla que no inició y que tampoco le interesa lo más mínimo continuar.

—Todas unas putas —dice el pequeño.

Así que, tal y como quería Sergio, la conversación se ha desviado lo suficiente como para no insistir en el chupetón y así no tener que decir ni negar o mentir sobre Magda, que sin duda hubiera hecho que acabara encabronado otra vez con su hermano, que es algo muy habitual aunque en realidad le da mucha pereza. De hecho, cuando le ha contado lo del bus, una anécdota que seguro ha exagerado o incluso pervertido, le hubiera gustado decirle a Rubén que, con esa cara y esa chulería, mucho se extrañaba que una chavala joven y guapa se hubiera fijado en él. Que no se haga pajas mentales. Que es un puto orangután en el que las tías normales ni se fijan si no es para burlarse. Pero ha preferido darle cancha y concluir con el comodín de que las mujeres son todas iguales.

Después de cenar recogen los platos y los llevan, cada uno sus cubiertos, a la cocina. Rubén silba animado. Friegan los cacharros, que hoy le toca a Sergio.

Después de lavarse los dientes vuelven un rato al salón, continúan viendo la tele, y algo menos de una hora más tarde

Sergio dice que se va ya a su cuarto porque mañana quiere madrugar, y le pide a Rubén que apague cuando se acueste y que deje la persiana del salón un poco abierta.

—¿No tenías que ir a lo del paro mañana? —pregunta el hermano pequeño.

—Sí, pero no va de un día. Tengo trabajo que hacer en *la finca*.

El zumbido del arcón parece una horda de abejas invadiendo las tripas de la casa.

Conecta un rato el ventilador y, a la luz de la lamparilla de noche, se acuesta. Se tira a lo largo de la cama de matrimonio. Extiende los brazos en cruz. Las piernas también abiertas. Es un tipo enorme. Luego mira el móvil, a ver si hay mensajes, y ve uno. Es de Magda.

«Buenas noches, ♥ Perdón». Y una carita con una lágrima.

Sergio apaga el móvil y lo pone a cargar. Apaga también la luz y el dormitorio queda en una penumbra amable y poco perturbadora, gracias a la luz de la luna que entra por la ventana. Se acuesta de lado y mira hacia fuera, por el palmo y medio de persiana levantada. Al otro lado del patio, cruzando la pared medianera, casi, casi en línea recta, está acostada Magda.

Sisea el ventilador.

Zumba el arcón.

Sergio bosteza.

la finca

Casa Angelita. Villa Azucena. Villa Rosario. Y Masía Candela.

El resto de vecinos del camino le han puesto nombre a sus viviendas, a sus masías rodeadas de árboles frutales, de azaleas, rosales y mimosas, a esas residencias vacacionales o de fin de semana, que sirven de refugio frente a la asfixia del asfalto y la humedad del mar, para huir del ajetreo y del bullicio de un pueblo tan turístico como Benianím. Las otras cuatro propiedades pertenecientes a esa partida rural tienen nombre de mujer.

Los hermanos solo llaman a la suya *la finca*.

La finca tiene forma triangular y se sitúa justo al pie de una peña, siendo la última y más alta de las cinco parcelas a las que se puede acceder por el tortuoso camino. Para llegar a ella solo se tiene ese camino pedregoso y estrecho. Empinado. Se pasa por las inmediaciones de las otras cuatro fincas, que todas quedan a la derecha del ascenso, se continúa subiendo un rato más y, después de varios bancales de propietarios olvidados por el tiempo, de tierras sin cultivar, de algarrobos escorzados, encinas espinosas y pinos infectados de procesionaria, después de tener que cruzar el barranco por un pequeño pontón con un arco abovedado de hormigón, se llega por fin a la propiedad de los hermanos, que antes fue del viejo, y mucho antes de una familia de un pueblo vecino de la que nada se sabe ya.

Por su singular emplazamiento tiene vocación de castillo. De fortaleza. Protegida en toda su parte trasera por un enorme farallón, la finca es una atalaya anclada a un muro granítico que aún se eleva otros cincuenta metros, o más, por encima del último de los bancales, niveles o terrazas que conforman la propiedad. Desde ella se ve y controla una extensión de campo importante.

Se divisa todo el camino, un tramo de la carretera vecinal del que este parte, y más de una decena de las parcelas que se extienden en todo el valle y conforman la improvisada urbanización de la que la finca forma una diseminada unidad. Desde el punto más alto de la heredad, entre dos senos que forman las montañas cercanas, se llega a ver un pedazo de mar los días claros.

Nadie puede subir hasta allí sin ser visto a lo largo de todo el kilómetro doscientos metros, aproximadamente, que tiene aquel sendero empinado y curvo como un serpentín. Sin embargo, y esto es lo mejor, desde cualquier punto inferior en altura, por ejemplo desde cualquiera de las otras cuatro masías construidas, o remodeladas, en cualquiera de los otros fundos vecinos que nacen del mismo camino, y debido al espesor de la arboleda y al tamaño de sus pinos piñoneros, es prácticamente imposible ver ni un palmo de la finca si no llegas, como poco, al último recodo del camino, es decir, casi a la altura de la cancela metálica que abre el vallado que circunda y protege esa propiedad sin nombre que hoy es de dos hermanos. Por herencia.

Sergio hace más de una hora que ha llegado.

Sultán ladró, ya no ladra, y ahora está sentado a su lado, siguiéndole lacayo.

La finca de los hermanos no es bonita. Tiene dos construcciones. Dos y media, pues la tercera lleva meses levantándose. Está la casa principal y la caseta del motor, o de las herramientas, y luego una zona de barbacoa, en la parte trasera de la casa, que parece no terminarse nunca. Después hay un cenador circular y un emparrado que hace las veces de aparcamiento.

La casa principal, que de inicio debió de ser una pequeña casa-corral donde algún antiguo pastor pernoctaba y resguardaba las caballerías, sus ovejas y sus cabras, y que con el tiempo todos los anteriores propietarios fueron mejorando y ampliando, tiene unas paredes enlucidas en basto sin pulir ni pintar que emborronan mucho la edificación. Es una planta baja con una, dos..., cinco ventanas. En vida del viejo se tiró el tejado de la vieja masía y se alzó un forjado que, en un futuro, pudiera soportar una segunda

planta. Ferralla, varillas y hormigón. Pero todo se quedó ahí, y hoy los cuatro pilares, desnudos y de más de dos metros de alto, afean mucho el cielo del conjunto, convirtiendo esa parte superior en una azotea sin uso ni servicio, en un cuadrilátero sin gracia. En un ring elevado sin cuerdas. Y sin sentido.

Aun con todo, la planta baja es amplia y dispone de una cocina americana, de un salón espacioso con chimenea, de un pequeño baño y de dos dormitorios no

demasiado grandes pero suficientes para unas camas de matrimonio y un mueble auxiliar. Paredes anchas. Al lado del cuarto de aseo asciende una escalera cegada, a falta de que algún día se construya la segunda planta. La puerta de la casa es de chapa metálica, fea, industrial, como provisional, y chirría. Luego hay una cortinilla de canutos para limitar el paso de las moscas. El suelo es de gres, en un color beis jaspeado. La casa está amueblada sin demasiado gusto y de forma improvisada. Dos sofás que trajeron de la vieja casa del pueblo, formando una L imperfecta frente a la chimenea, una mesa castellana y cuatro sillas que también vienen del antiguo comedor familiar, y un aparador con alguno de los cristales de las puertas rajado. Un taburete aquí y otro allá. En la pared hay una cabeza de jabalí y otra de zorro. Hay también colgada una vieja ballesta. Sobre la mesa, encima de un tapete, como centro decorativo, una perdiz disecada. En la escalera ciega, que hace de almacén y de despensa, garrafas de agua, botellas de vino y latas de conservas. Tras la puerta de la casa, un mueble escopetero y una lámina del Corazón de Jesús.

Junto a la casa, pegada a la pared más cercana a la cancela, está el aparcamiento para dos vehículos, que solo es una liviana estructura metálica oxidada sobre la que con el tiempo se ha extendido una buena parra, de la que caen aquí y allá cientos de pámpanos y hojas nervudas y verdes.

Al otro lado está el cenador, una construcción —esta de piedra y hormigón, circular— en torno a una vieja mesa de camping y unas cuantas sillas de metal prestadas por algún bar.

aquí se te ve bien

estoy tranquilo
se te nota

Sergio echa un vistazo general. Mira el valle. Mira al perro, que lo mira a él. Arranca a su paso unas cuantas malas hierbas de la entrada de la casa y se detiene unos segundos para arrimar a un lado del camino un saco de cemento que entorpece. Hace calor, se acerca julio, y está sudando.

Adentrándose un poco más en el mismo bancal, pasados unos quince metros la casa, unos enormes pinos, punzantes y espigados como abetos, rodean y cubren de sombra, a su vez, la sombra de una hermosa higuera, bajo la que hace ya muchos años el viejo instaló otra mesa, fabricada con listones de palés, y un par de bancos con cojines. La higuera nace justo al borde del ribazo, colgada se diría de esa terraza expuesta y, por tanto, sin nada que la obstaculice, con lo que esos dos banquitos son un mirador inmejorable para divisar el valle en su amplitud. Y los sutiles amaneceres.

Quizá la sombra de esa higuera sea el único sitio acogedor de toda la parcela.

La terraza inferior, a la que se baja por una rampa hecha por el paso de maquinaria y el desgaste, es otro bancal triangular; el segundo de los tres que tiene la propiedad. Allí se encuentran la caseta del motor, donde se guarda y apilan los usos del campo, las herramientas de obra, las mangueras, los botes de pintura, los cepos de caza y la cortadora de césped, y donde también está el generador de gasoil; y, en una de las esquinas, en el vértice más apartado del terreno, se encuentra el pozo ciego.

Este segundo bancal está sin labrar. Antes cultivaron aquí lechugas y tomates. Antes tenían también unos maceteros alargados en los que plantaban habas, rabanitos y cebollas. Antes había flores vistosas más o menos atendidas. Pero ahora el bancal es una superficie sin trabajar, dejada y terrosa en la que es fácil ver heces y detectar la huella de la pezuña de alguna de las

alimañas que, desafiando al can, se cuelan en la hacienda por la noche a rapiñar algo que comer.

Y es en el rincón más apartado de ese mismo nivel, al fondo del todo, tapado por una gran losa de hormigón a la que le han abierto un hueco cubierto con una portezuela metálica de alcantarilla, abasteciéndose de mierda gracias a la diferencia de altura con la casa, a la gravedad y a la decantación, donde está el insoportable pozo ciego.

El tercer bancal, que es un triángulo aún más pequeño y muy estrecho, está lleno de maleza, tocones, zarzas y helechos. Es el final del predio y por su lado inferior linda con un barranco que, aunque no es muy profundo, sí que es agreste y escarpado como aquellas recreaciones medievales del borde de la Tierra representadas en los antiguos mapamundis.

Del fin del mundo.

Después de pasarse una hora larga ampliando el hueco donde van los cimientos de la barbacoa, Sergio se ha sentado bajo la sombra de la higuera con una cerveza en la mano. El perro lo sigue. Supura el vidrio de la botella. Le gusta la cerveza fría. Le gusta la cerveza. El calor es insoportable, pero allí incluso se percibe una inesperada y refrescante brisa.

¿tú sabes lo que dicen
de la sombra de la higuera?

no

El perro lo mira hablar. Sergio tuerce entonces el gesto y olfatea el ambiente con cara de desagrado. Y murmura un «hostia» al percibir la peste.

Los días impares la finca huele mal. O son los pares. O todos los días, en función de por dónde sople el viento. El lugar desprende un olor a podrido del que nadie, salvo los hermanos, conoce bien el origen y que, en principio, tampoco tendría una sencilla explicación. Algunos vecinos especulan que viene del manantial que a veces mana por el barranco con el que la finca linda por abajo del tercer bancal. Que debe de haber algún jabalí

o algunos conejos muertos en el cañaveral, entre las zarzas, y que en función del viento o las temperaturas rezuma una peste espantosa. Otros le echan la culpa a la fosa séptica, pues no recuerdan cuándo fue la última vez que se vació y se saneó —tuvo que ser antes incluso de que el viejo la adquiriese—, si es que alguna vez se ha hecho.

Los vecinos lo tienen hablado. Se han reunido sin la presencia de los hermanos, a los que temen y con los que tampoco cuentan nunca, y lo tienen hablado entre ellos. Que qué hacer, se preguntan. Que habría que encarárseles, se dicen. Una pequeña delegación fue incluso al Ayuntamiento de Cabañas, el municipio al que pertenece la partida en la que se asientan la finca y el resto de las propiedades, y hablaron con alguien sobre el tema. Cumplimentaron pliegos y formalizaron quejas. Pero de eso hace ya casi un año. Todo va muy lento.

El caso es que muchos días, aunque no a todas horas, la finca de los hermanos huele a suciedad y podredumbre, a descomposición y cosas malas, a muerte; desprendiendo un miasma que mucho tiene que ver con el sulfhídrico y otros vapores malignos en los que se sospecha está envuelto el mismísimo infierno.

Hay días que hasta el demonio tuerce el morro y se tapa el hocico por culpa del apestoso olor que desprende su dominio. Como hoy.

la chica del juzgado

No es muy espabilado, pero tampoco es tonto del todo. Es frívolo, es vago, inconsciente y despistado, pero si se empeña — como le ocurre cuando va a cazar, que, como es algo que le gusta, es capaz de aplicarse en lo que hace— puede conseguir ciertos objetivos. A veces solo necesita un empujón. Un arre.

Y su hermano lo sabe. Porque así también se lo vio hacer antes al viejo. Así que hace cuatro años, cuando lo despidieron de su anterior trabajo en la Cooperativa y lo único que hacía era cobrar del paro y haraganear, después de que Sergio lo estuviera azuzando sin descanso durante un par de meses, picándolo, menospreciándolo y burlándose de él —que si eres un inútil, que si no sirves para nada—, repitiéndole que no iba a ser capaz, subrayando su torpeza, afeándole su chulería y escupiendo sobre su desgana, Rubén tiró de orgullo, se apuntó a una academia, se la preparó a conciencia, y en poco más de nueve meses acabó aprobando una oposición para agente judicial. En septiembre hará tres años.

Juzgado de instrucción.

Las dos últimas semanas de trabajo antes de las vacaciones. Rubén se cogerá la primera quincena de agosto, luego tiene una semana de guardia y se ha reservado la otra semana que le queda para juntarla a los días festivos de Navidad. Pero antes ha de acabar un mes de julio sofocante por culpa de un calor que parece emanar del mar, de la bilis del mar, de las irritadas mucosas de la garganta y el hocico de un monstruoso dios marino hartos ya de su creación. Solo el aire acondicionado del edificio aplaca la contenida ira de los ciudadanos, de denunciantes y de

denunciados, de guardias y de funcionarios, de abogados y de procuradores.

Igual de los jueces no.

Rubén no cae bien entre sus compañeros, aunque a él le da absolutamente igual. Le molesta que no le rían los chistes, las gracias que suelta sin la más mínima gracia, pero por lo demás se la suda caer mejor o peor entre esos rojos sindicalizados. Él los llama «rojos sindicalizados». Que siempre se están quejando. Siempre reivindicando más y más, aunque luego él sea el primero en no discutir ni renunciar a ninguno de los derechos que los demás le han ayudado a adquirir. Rubén se limita a hacer su trabajo de la peor manera posible y a ser tan antipático como pueda. Luego, unos minutos antes de que den las tres, recoge sus cosas y se va sin ni siquiera pensar en lo que ha hecho, en cómo lo ha hecho o en cómo lo debería haber hecho.

Ya lo han cambiado dos veces de destino. Porque no se adapta bien a ningún grupo de trabajo. Porque es un bocazas. Porque no ayuda al buen ambiente colectivo.

La chica de la mesa de enfrente de la de Rubén se llama Aurora. Cuarenta y seis o cuarenta y siete, tendrá. Más probable que sea soltera, a pesar de su edad, que divorciada, pues Rubén considera que no tiene pinta de haber estado casada. Demasiado sosa y sin ninguna curva, piensa Rubén. Sobre el 1,70 escaso, delgada, con el cabello pardo normalmente recogido en una coleta, y con unas gafas anchas de vista que, eso sí, le sientan muy bien y hacen que se parezca ligeramente a una de esas chicas de un anuncio de Afflelou. Porque tiene unos ojos hermosos, de un cerúleo muy clarito, que ha sacado de su abuela. Es tímida, pero sonríe educada. No habla mucho, no cuenta nada, jamás quiere ser protagonista o principal, pero presta respetuosa atención a las conversaciones de sus compañeros, responde cuando le preguntan, opina sin sentenciar y se ríe de las ocurrencias de los demás cuando son graciosas. Tiene buen sentido del humor y cae bien. Estudió Derecho, sacó buenas notas, pero lo hizo únicamente para opositar, pues por su aparente falta de iniciativa nunca se planteó ejercer de abogada. No le gusta discutir, sería

una inútil a la hora de negociar. Huye de los conflictos. De hecho, Aurora se sienta enfrente de Rubén porque es la única de la plantilla que no se opuso a ello cuando intentaron repartir a buenas las posiciones. Los demás le advirtieron de esa premisa antes del reparto. Nadie, y en especial las mujeres, querían compartir mesa con el baboso de Rubén, como lo llaman cuando coinciden conversando frente a la máquina de café. Se gastan bromas terapéuticas entre ellas en cuanto a quién y cómo mira más el baboso de Rubén. «Pues lo que es a ti no te pierde de vista cada vez que te levantas, cielo». «Pues anda que a ti, con esas tetas». Y se ríen y lo tachan de tarado inocente. Y de vago. Y que si la jueza está hasta los ovarios de sus torpezas. «Y que qué me decís de lo simpático que es con Aurora».

Y se ríen, así el individuo parece que les repele algo menos.

Aurora es para Rubén la chica del juzgado. Últimamente, y salvo que acuda al porno, solo se excita pensando en ella, y se masturba imaginándose las guarradas que le iba a hacer a poco que ella se dejara. Aunque no sea una mujer espectacular. Es más, Aurora le gusta, le pone, precisamente, porque no es del todo guapa, porque solo es lo suficientemente guapa. Le gusta porque aparenta fragilidad, por su talante tranquilo, por su falta de carácter. Le gusta porque la imagina dependiente y complaciente, porque le cuesta visualizarle una queja o un reproche. Porque cree estar seguro de que es una mujer que renunciaría incluso a la felicidad, a cambio de protección y seguridad. Masculina. Y eso a Rubén le excita más que cualquier otra cosa.

Aurora tiene que rescatar unos viejos expedientes del archivo.

Varios tomos.

Los archivos están en los sótanos del edificio.

Junto a los calabozos.

El sótano del juzgado son dos pisos de un dédalo de pasillos larguísimos repletos de puertas de metal de color rojo, señaladas cada una con un número. Almacenes de mantenimiento, cuadros eléctricos, trasteros, escaleras y ascensores que no se sabe de qué punto cardinal del edificio descienden. No hay referencias espaciales en ninguna de las dos plantas del sótano, por más

carteles direccionales que cuelguen. Qué es derecha y qué es izquierda, dónde está el norte o el sur. Pasillos de menos de dos metros de ancho, blancos. Pasillos oscuros que se van iluminando de una luz cenital y quirúrgica al paso de las pocas personas que de vez en cuando los recorren. Pasillos con eco de pisadas y ecos de silencios, en los que las puertas estallan en un ruido delator cada vez que se abren o se cierran. Como en las prisiones, se oyen ruidos inesperados y amenazantes que se propagan doblando esquinas. Muy de vez en cuando uno puede cruzarse con alguien de mantenimiento o con alguna mujer de la limpieza empujando un carrito con fregonas, escobas, mopas y bolsas de basura. El contacto es fugaz y frío, saludándose apenas con timidez o vergüenza, como si la presencia en el sótano te etiquetara entre lo más bajo, como si todos los que habitan ocasionalmente ese silencioso laberinto minotáurico fuesen conscientes de que el entorno no propicia, ni aconseja, un segundo de estancia más allá del necesario.

El anillo más profundo del infierno de Dante.

—Bajo contigo. Te acompaño, que estoy en mi rato del café.

—No. No hace falta, Rubén. Si son cinco minutos.

—Por eso, joder. Te acompaño y así no cargas tú con esos tochos.

—Pero si no hace falta.

A Aurora se le envenenan los rechazos. Siempre se le han estrangulado las palabras cuando de impedir o rechazar se trata. No sabe. Se acongoja. Se produce en su mecanismo una disfunción, una desconexión entre la intención y el mensaje, que le impide manifestar sus deseos. Solo por no llevarle la contraria a nadie. En este caso, al baboso de Rubén.

Sale primero Aurora, resignada.

La sigue tres segundos más tarde Rubén, complacido.

El resto de los compañeros de plantilla miran y cuchichean. Expectantes.

Desde la planta de los juzgados de instrucción al archivo de ese juzgado en particular hay que descender cinco niveles y el ascensor más cercano no va. Así que se dirigen a la escalera.

Aurora va delante, con su escaso 1,70, y Rubén la sigue cuatro escalones por detrás mirándola en picado desde su altura próxima al 1,90. Es incómodo porque no se dirigen ni la palabra ni la mirada. Hasta la planta baja no hay mayor dificultad porque el edificio está concurrido y ha sido inevitable cruzarse con compañeros y usuarios sin parar. Pero al llegar a la planta baja, cuando Aurora ha echado mano de la llave maestra que abre la puerta de acceso a los niveles inferiores y han pisado el primer peldaño de la escalera, Rubén soplándole casi en el cogote, el paseo ha crecido en una sórdida incomodidad.

—Uhm. Qué fresquito se está aquí. Qué bien —dice Rubén.

—Sí que cambia la temperatura, sí.

—Lo que no sé es cómo puedes vestir con vaqueros con este calor. Te tienes que estar cocinando —dice Rubén.

Aurora termina el tramo de escaleras y abre la puerta de acceso a la última planta. Y al llegar al pasillo, a uno de los muchos pasillos que se entrelazan, en paralelo y perpendicular, trata de orientarse de memoria.

—El nuestro es el 112, ¿no?

—¿Ya quieres llamar a Emergencias? —ríe Rubén—. Que es broma, mujer. Sí, es ese.

A su derecha, en la pared, cuelga un cartel que indica los números de trasteros que se encuentran en esa dirección. Y una flecha. El listado comienza por el número 80.

Andan. 80, 81, 82... Rubén arrastra los pies. Se ha iluminado el pasillo nada más comenzar a caminar. A lo lejos, desde un lugar indescifrable, llega el amortiguado sonido metálico de una puerta que se cierra. Unos metros más adelante, cuando la luz del tramo anterior ya se ha apagado, desde sus espaldas les llega el extraño sonido de lo que parecen unas risas impropias y lejanas.

Andan. 97, 98, 99... Rubén arrastra los pies provocando un roce molesto. Vuelve a apagarse el tramo de pasillo ya recorrido. Aurora y Rubén no hablan. Aurora ni se gira para ver a qué distancia la sigue Rubén, aunque lo nota tan cerquita que si estirase su brazo hacia atrás le daría con la mano en sus cojones.

—Espero que haya un carrito en el cuarto.

—Y si no, no te preocupes, que los cargo yo, que para eso te he acompañado.

Andan. 110, 111 y 112. Rubén se detiene justo detrás de su compañera. Cesa el molesto ruido de la fricción de los zapatos con el suelo. Casualmente, el plafón de una luz blanca y desnuda les queda junto encima de la cabeza. Casualmente, unos metros más a la derecha de la puerta, entre la 113 y la 114, hay un carrito aguardando a ser usado. Aurora, con el manojito de llaves en la mano, parece no acertar con la correcta. Está nerviosa. Quizá incluso está temblando un poco.

—Deja, que abro yo —pide Rubén, extendiendo su largo brazo y rozando el cuerpo de Aurora.

—No. Ya está.

Y la puerta se abre, y Aurora se acelera al palpar la pared para encontrar cuanto antes el interruptor del trastero, estrecho y hondo y repleto de estanterías metálicas preñadas hasta los topes de tomos y tomos de expedientes judiciales viejos, caducos. Prescritos. Expedientes que contienen penas de prisión, delitos sexuales, lesiones y homicidios. Violencia contra niños. Robos, hurtos y apropiaciones indebidas. Estafas. Amenazas. Coacciones. Vida y poca vida. Mediocridad y miseria.

Huele a carcoma de papel. A humedad. A estancia cerrada.

Aurora entra en el archivo mientras le echa un vistazo al papelito en el que lleva apuntados los números de los dos expedientes que ha de cargar y subir a su juzgado. Rubén no la sigue, se queda en el umbral del trastero viendo cómo ella se adentra en lo profundo del cuartito. Rubén mira a derecha y a izquierda, pasillos oscuros, silenciosos y vacíos. Están absolutamente solos. No viene nadie. Aurora ha encontrado el primero de los dos expedientes en una de las baldas inferiores. Se agacha. Son tres tomos. Coge uno, se levanta y se da la vuelta para volver al pasillo. En ese momento, Rubén cierra la puerta del trastero quedándose los dos en el interior. Un ruido abrupto y metálico. Como de prisión. Aurora lo mira y se sobresalta. Rubén la mira a ella con una sonrisa sardónica, o juguetona, o maléfica,

dependiendo de lo que el miedo que atenaza a la chica quiera interpretar.

—¿Te imaginas que se pierde la llave y se queda uno aquí encerrado? —Pausa teatral—. Tardarían bastante en encontrarlo, si nadie sabe que ha bajado, ¿verdad?

Y se calla, creando una ausencia de cualquier emoción que no sea el pánico en su compañera. Que ahora sí que tiembla, parada entre dos pilas de estanterías y aferrada a un expediente judicial. Aurora se limita a mirar a Rubén esperando suplicante que sea él quien decida qué va a suceder a partir de entonces.

—Que es broma, mujer.

el otro

Quizá aquella noche llovía. Entonces igual llovía más que ahora. O al menos mejor de lo que llueve ahora. Quizá llovía o quizá no llovía, la noche en la que el otro apareció por primera vez. Que era invierno es seguro, porque cuando lo evoca recuerda que hacía mucho frío e incluso llega a tener tiritones durante un instante.

Que en aquella casa había demasiados silencios y demasiados gritos, también es seguro.

Él es de poco hablar. Y no cae bien, pues con ese hermetismo y esa cara de adolescente siempre enfurruñado infunde miedo entre sus compañeros de instituto. Ha dado un estirón enorme y para sus catorce años y medio, y en comparación con los demás adolescentes, parece una montaña de alto. Al que menos le saca ya dos cabezas. Además tiene un carácter tan hosco y retraído que, aunque no necesite ejercer ni demostrarlo, a vista de los demás parece violento, con lo que ni tiene muchos amigos ni tampoco los busca o los necesita. Siempre contrariado, siempre turbio o enfadado. Normalmente no suele mirar a la cara, no tanto por timidez, sino por estrategia, pues así sabe que es más difícil que nadie le hable. Porque no le gusta hablar. Ni saludar. Ni dar explicaciones. Anda siempre solo. No tiene amigos, como ya se ha dicho. Únicamente se junta con Juanma, un compañero de clase que es también un idiota como él, y con el que se comunica sin palabras, solo por el olor o las miradas, como hacen entre sí los conejos, y al que solo le unen sus comunes intenciones. El campo, la caza y la antipatía. De vez en cuando hace alguna trastada en compañía de algún otro chaval del pueblo, pero más por inercia o aburrimiento que no porque sea un chaval de

cuadrillas. Que no lo es. Ha roto algún cristal que otro, responde mal a los vecinos sin mayor motivo y, el año pasado, en pleno mes de agosto, le robó una Vespa a un turista italiano, se paseó un par de días con ella y luego se la vendió a uno de Orotesta, el pueblo de al lado, que tiene un taller. Por lo demás no se le conocen peleas, no se suele pegar, nunca ha reñido, como si supiera que gracias a su envergadura iba a hacer daño de verdad y se estuviera conteniendo. Las notas escolares son las justas, sin alardes. Va bien en matemáticas y en física, aunque sin destacar. No lee apenas ficción y no le entusiasma el cine, pero aun así tiene tanta imaginación como pesadillas nocturnas. Pasa muchas horas encerrado en su habitación dibujando, que eso sí que le gusta, y también trasteando cacharros viejos: despertadores, pequeños electrodomésticos, que normalmente acaba arreglando si no funcionan.

Y es obtuso. Y cabezota.

Con casi quince años lo que más le gusta es salir a cazar los fines de semana en compañía de la persona que más odia. Que es su padre.

Su padre le cae mal.

Cree que incluso lo odia.

Que se odian.

Cree que su padre le odia, porque apenas le habla y cuando lo hace siempre es desmotivado o a gritos, y cree que él también odia a su padre, aunque de esto último no está del todo muy seguro porque, aunque le repugna su forma de ser, su olor a tabaco, su innata chulería y esos malos modos que sin querer él parece imitar, luego le encanta salir a cazar con él los sábados o los domingos por la mañana, y también aprecia su masculinidad agresiva y esa dimensión de suficiencia que su padre desprende. Muchos fines de semana lo despierta con las primeras luces del día, lo sube, aún medio legañoso, en el viejo Land Rover y se lo lleva al monte, como a unos poco más de veinte kilómetros del pueblo, a echar la mañana y tratar de cazar perdices torcaces y conejos. Su padre es un excelente cazador y a él también empieza a dársele bien lo de matar. En el monte se apostan tras unos

matorrales o dentro de una pequeña cárcava y apenas hablan, esperando pacientemente que pasen sus presas para dispararles. Su padre le deja llevar la canana y un machete al cinto, y cada vez con más frecuencia le permite cargar la escopeta. Aunque todavía no ha disparado ni un tiro.

Ropa militar, de camuflaje.

Le gusta cazar con su padre porque apenas hablan si no es de cómo se ha de matar y del placer que causa cuando sabes matar y matas bien.

—A la presa hay que tenerle el justo respeto, sobre todo si es hembra, porque son más listas, las muy putas.

—Vale.

Y su padre lo mira, desconfiando.

—Si aprendes bien, cuando crezcas te enseñaré a matar mejores piezas.

Está seguro de que su padre lo quiere más bien poco y lo trata como si constantemente le reprochara algo. Apostaría a que lo mira con inquina y desprecio, con la misma distancia con la que se mira a los enemigos, a los pelirrojos o a los extraños. Lo quiere poco, está seguro. De hecho, resulta evidente que, por querer, su padre quiere bastante más a Linda, y Linda solo es un setter irlandés, de orejas grandes y de pelaje espeso y negro como el betún, a la que su padre mantiene atada en el patio de la casa con una larga cadena y a la que reprende y golpea por cualquier motivo, pero a la que luego también acaricia el lomo y la testuz y le tira de las orejas, y le dice cosas bonitas y le hace cucamonas.

—¡Mira qué guapa es la Linda!

Su padre también quiere más a su hermano pequeño que a él, a pesar de que es un crío de ocho o nueve años que siempre anda riendo, gritando y haciendo trastadas, que se hurga la nariz y que aún se mea encima a media noche, y que parece algo retrasado. Un hermano que nada tiene que ver con él y al que, a pesar de que los dos son bastante altos para su edad, se parece como un huevo a una castaña.

Está seguro de que su padre también quiere más a las putas, a las que a veces se trae a casa, que a él.

Desde hace unas cuantas semanas va por todas partes hablando mucho en voz baja, como susurrando. Se habla solo, o eso parece, y a su padre eso le molesta mucho, así que las veces que lo ha pillado lo ha hinchado a capones y bofetones. Sin ir más lejos, la semana pasada, un domingo mientras cenaban, su padre le dio una hostia que lo tiró al suelo cuando lo oyó decirse y responderse a sí mismo. El hermano pequeño, con el tenedor aún en la mano y la boca llena con un bocado de carne, se quedó atónito por el inesperado guantazo que recibió su hermano mayor tras bisbisear no sé qué cosa.

—Te pareces a la loca de tu madre, hostia.

Pero las conversaciones con el otro empezaron unas fechas antes de esa buena hostia que le propinó su padre aquel domingo por la noche. Concretamente, empezaron una noche que ya estaba en la cama, arropado por nadie y tapado por un grueso edredón, estampado con los colores y el logo de una escudería de Fórmula 1, a juego con las mismas sábanas que algún familiar le regaló por su comunión unos cuantos años antes.

Quizá llovía o quizá no, eso no lo recuerda. Pero seguro que hacía bastante frío.

Antes de apagar la lamparilla de noche y de cerrar los ojos, dijo algo y luego se contestó a sí mismo. Pronunció: «Me parece que hoy la casa olía a ella». Y al instante se contestó: «Eso no es posible». Y luego se preguntó: «¿Y por qué no va a ser posible? Y se volvió a responder: «Porque tú apenas la recuerdas». Y tras unos segundos en silencio que se los pasó mirando el techo, apagó la luz, cerró los ojos y ahí quedó la cosa.

Esa noche no volvió a hablarse, pero durmió bien y no tuvo pesadillas.

En los días posteriores, alguno de los compañeros de clase lo vio sonreír sin venir a cuento, lo que resultaba más chocante si cabe, porque en él nunca ha sido habitual la sonrisa espontánea. Se le advertía un curioso estado de entretenimiento, de felicidad bobalicona que, sin embargo, se quebraba en cuanto alguien le hablaba y lo sacaba de su ensimismamiento. En ese momento, la curva de su boca se torcía, se mordía el labio inferior hasta el

sangrado y se tornaba de nuevo tan antipático y hierático como de costumbre.

Y, con el paso de los días, aquellas conversaciones se volvieron tan recurrentes como las hostias que le daba su padre cuando lo pillaba de cháchara. Por ello, iba con cuidado y trataba de refrenar sus constantes ganas de contarse, responderse y discutirse, hasta que aprendió a hacerlo solo cuando estaba encerrado en su cuarto, dibujando o reparando cacharros, o cuando salía a cazar

pajarillos o a coger lagartijas recorriendo las pistas forestales y las sendas de las estribaciones montañosas cercanas a este pueblo en el que aún vive, un pueblo turístico estrangulado de este a oeste entre el mar y el Desierto de las Palmas.

Pero, por mucho cuidado que le pusiera a la cosa, a veces no podía evitar que se le escapara en público una palabra, una frase o un pequeño diálogo en alto, y si coincidía que estaba su padre presente, lo normal es que recibiese de él una buena hostia.

shhh,
¿qué pasa?
no chilles, por favor
¿por qué?
porque nos van a oír

una comida entre amigos

Antes, cuando era joven, ya era tan así.

Antes, cuando era joven, ya era osco y desagradable, contenido pero algo pendenciero. Malhumorado y desconfiado. Se recuerda y se sabe siempre así. Así es como se define. Desde adolescente, o incluso desde antes. Desde el colegio. No hubo un cambio de carácter ni de comportamiento debido a un trauma concreto, a un episodio singular anclado, o no, en lo más central o periférico de sus recuerdos. O sí. Da igual. Pero antes no era un buen chaval y ahora tampoco es un buen tío. Da igual si hubo un antes y un después. Es indiferente que hubiera o no un cisma que lo abocase al cambio. Porque nunca ha mostrado la menor sensibilidad ni ha desnudado sus sentimientos. Es parco y práctico. Nada retórico y menos imaginativo. Jamás ha disfrutado conscientemente de un amanecer, por el frívolo e inconsciente gesto de hacerlo, ni ha leído versos, ni le ha gustado el cine que no fuera fácilmente masticable. No tiene aficiones, más allá de la caza. No tiene gustos musicales definidos. No tiene gestos empáticos con la gente y no recuerda haber sonreído jamás una gracia o una broma salvo que viniera de alguno de los tres estúpidos amigos de siempre.

Lo de tres es literal.

Lo de amigos, no tanto.

Entra en el bar de Juanma y busca al dueño con la mirada. El resto del grupo aún no ha venido. Ve a Juanma salir de la cocina dándole órdenes a una chica menuda, dominicana, que trabaja de camarera y que anda muy deprisa. Muy nerviosa.

—Que la prepares ya. Joder.

Sergio se acerca a la barra.

—Llegas pronto.

—No tanto.

Y, sin necesidad de pedirla, Juanma le sirve una cerveza de barril que Sergio coge y apura casi hasta la mitad.

—Te quería comentar algo, cabronazo.

—Tú dirás.

—Los próximos puercos te los voy a vender un poco más caros, porque a ese precio son un regalo y no les saco apenas beneficio.

Juanma, que aunque también es alto es algo más bajo y menos corpulento que Sergio, se pone también una caña, mira a Sergio y luego le da un buen trago al vaso, ensuciándose de espuma los pelos del bigote.

—Los próximos puercos se los vendes a tu puta madre. Ah, no, perdona, chaval, que tu madre está muerta.

Media hora después están sentados los cuatro a la mesa. Un sábado. El primer sábado de cada mes, a eso de las once. Llevan quedando casi de forma ininterrumpida —lo hicieron, de forma furtiva, incluso durante lo más estricto del confinamiento— desde ni se sabe cuántos años ya. Y siempre en el bar de Juanma, que antes fue del padre de Juanma y que cuando Juanma se jubile lo tendrá que traspasar, pues su hija Natalia, que ha estudiado Medicina y ya está haciendo el MIR, se fue a vivir a Barcelona, se ha echado novia y no quiere saber nada del puñetero bar. Ni de su padre tampoco.

—¿Para cuándo firmáis lo de la casa del viejo?

De entrantes, dos enormes ensaladas de tomate, cebolla y aceitunas chafadas, y dos platos de callos y otros dos de morro con patatas y pimientos. El plato principal es el que cambia, en función de la creatividad de Juanma. A veces es un arroz, seco o caldoso, con lo que encuentre; a veces una caldereta de carne de puerco, o de ciervo, y langostinos. A veces.

—Se supone que para después del verano. Septiembre u octubre.

—Esa casa, por su ubicación, es un puto caramelito. Os van a soltar una pasta.

Beben siempre cerveza con los entrantes y vino con gaseosa para el plato principal. Alguna vez evitan la gaseosa porque el vino lo trae Jesús, uno bueno, porque Jesús tiene contactos y dice que sabe de vinos, pero en la mayoría de almuerzos beben el vino de la casa y lo mezclan con hielo y gaseosa. Aun en invierno.

Juanma le hace un gesto a la dominicana indicándole que traiga un poco de sal. Aún es pronto, pero el bar está más o menos lleno. Gente del pueblo, sobre todo, y algún turista también. El bar se llama Casa J. Bar de pueblo con fama de comida casera, de servicio ágil y de precios moderados. Aunque ya no tanto. Ocho personas al menos de personal, si no más, durante los fines de semana. Bien valorado en Google y TripAdvisor. Un negocio rentable, a pesar de que el dueño se queje constantemente de que estos putos socialistas lo acribillan a impuestos.

—Es más culpa de los socios comunistas.

—La misma mierda son.

Dani le exige a Juanma que se apure con lo de la sal para la guarnición de patatas.

—¡Me cago en la puta panchita!

—Hablando de putas —dice Jesús—. Ya toca, ¿no?

—Por mí la semana que viene, o la otra a más tardar. Pero vamos a las de Torrenegra, que no quiero encontrarme con nadie conocido —responde Dani.

Y todos asienten tácitamente.

Todos cazadores. Sergio y Juanma fueron quintos el mismo año. Sergio hizo la mili en San Javier, Murcia, y Juanma se libró. Por pies planos. Dani es un año más joven y Jesús es el pequeño del grupo. Los cuatro saben que no son tan amigos, pero se soportan bien, se protegen y quizá hasta se necesitan como espejos en los que mirarse. No hay grandes discordancias entre ellos, pues tienen gustos, aficiones y tendencias similares. Hablan de caza, de toros, de tías y de política. Solamente de estas cuatro cosas. Y aunque se insultan continuamente nunca se han medido a puñetazos. Eso sí, entre ellos no se fían. Han ido juntos de

putas, pero han discutido en multitud de ocasiones por ver a quién le tocaba pagar. No se llaman nunca si no es necesario, incluso a veces se cruzan por la calle y ni se saludan. Se saben raros. Pero el caso es que les une una estúpida hermandad construida desde lo más simple y menos exigente, una relación a cuatro bandas basada en una fórmula cuasi magistral: nunca preguntarse si serían más felices si no se hablasen.

Una absurda cofradía.

—Bueno. ¿Y qué es eso que me han dicho?

La tele en marcha. Todos levantan la cabeza del plato para ver a quién va dirigida la pregunta que ha soltado Dani, que solo mira a Sergio.

—¿El qué?

—Tú sabrás.

—¿Yo sabré? No seas gilipollas, hostia. ¿A qué te refieres?

—A qué va a ser, a eso que dicen que te estás tirando a la vieja esa de tu vecina. A la rubia de las mechas. La de las arrugas.

Todos se carcajean menos Sergio. Juanma ha simulado atragantarse por la carcajada y Jesús pone cara de no dar crédito.

—Hostia. Sí que tienen que estar caras las putas.

Suelta Jesús y ríe Juanma.

—Callad, hostia, que igual la mama bien.

Suelta Juanma y ríen Jesús y Dani.

Y Sergio, que aunque es el más grande y fuerte de los cuatro siempre se contiene, esta vez también se contiene, mastica un trozo de carne que le ha tocado en el plato de arroz y mira el televisor, donde en ese momento una periodista de un magazine de Antena 3, de esos tan amarillistas, está hablando de una mujer desaparecida hace ya varios días en un pueblo de Tarragona. Los vecinos y familiares han hecho una vigilia y le exigen al delegado del Gobierno que desde las instituciones se haga algo más por su pronta aparición. Entrevistan también al cap dels Mossos. «Hay varias líneas de investigación abiertas», dice.

La broma de la vecina madura decae y, siguiendo la mirada de Sergio, todos le prestan por un momento atención a la pantalla.

—Pero ¿no dijeron el otro día que la desaparecida era una prostituta extranjera? Menudo jaleo se está montando por nada. Será que no desaparecen personas en España.

—A saber dónde estará. O se ha ido con su chulo a las Bahamas o es cosa de la mafia rusa.

Juanma mira hacia la barra.

—Niña, trae otra botellita de vino.

El que no va por el segundo plato va ya por el tercero. Juanma será un idiota, pero cocina de puta madre. En especial el arroz con carne de caza.

—¡Coño, qué bueno está!

Alguien se chupa los dedos antes de limpiárselos con la servilleta.

—¿Entonces qué? ¿Te la estás tirando o no?

Sergio ahora parece que sonríe, mientras repela un hueso, y hace un gesto con los ojos que parece de complicidad.

—¡Pero serás cabrón!

—Y qué. Cuenta.

—Sí. A ti te lo voy a contar, para que te mates a pajas porque a Luisa hace meses que no te la follas y eres demasiado tacaño para ir más seguido de putas.

Y todos ríen. Y Dani calla.

La hora de los cafés y los chupitos llega justo cuando el bar de Juanma está más lleno. En verano, y a estas horas, casi a rebosar.

Juanma se ha tenido que levantar de vez en cuando para echar una mano en la barra y pegar cuatro gritos a su plantilla, entre cuyos miembros también está Juana, una venezolana a la que hace un año contrató como camarera y hoy es también la encargada y su amante. Casi la dueña.

Dani y Jesús hace un par de minutos que han salido a la terraza a fumar.

¿estás bien?

sí

te noto algo preocupado no me pasa nada

¿seguro?

que sí, joder

Apura un chupito de orujo, el segundo, y empieza a notarse algo afectado por el alcohol, espeso, esponjoso, más lento y algo obnubilado.

Juanma se acerca de nuevo a la mesa y se vuelve a sentar. Se sirve de la misma botella de licor y se vuelca un chupito de un trago.

—Qué ganas de jubilarme y mandarlo todo a tomar por culo.

Sergio lo mira de frente. Le ha cambiado la cara.

Juanma, atento al vaso, al resto de las mesas y a la barra, tarda un instante en darse cuenta de que Sergio no le aparta la vista de encima. Tiene algo distinto, la mirada de Sergio. Es detectable, a poco que uno se fije en el ceño, en la tensión de los pómulos y en la amplitud de las aletas de la nariz. Aunque igual es solo el alcohol.

—Qué.

El vaso de cordial en el que Sergio apura el orujo, bien apretado en la palma de la mano. Casi estrujado por su mano derecha.

—El próximo puerco que te baje, o me lo pagas a cinco cincuenta el kilo, o la siguiente bala te la meto a ti en la puta cabeza.

el viejo

Hace que le crujan los nudillos, mueve las muñecas y los hombros, como si calentara para una pelea. Descamisado. Sudoroso. Estira y contrae la espalda marcando las dorsales antes de volver a coger la pala y ponerse a cavar.

Está sucio.

a veces me pregunto si existes
¿después de tanto tiempo juntos?

sí
¿y tú qué crees?

que sí
pues ya está

Julio. Y calor. Coge la pala y ensancha el hoyo que está cavando en la parte trasera de la casa de la finca, donde ha de ir la gruesa zapata que soportará la zona de barbacoa; con parrilla de obra para dos fuegos, cajones de almacenaje, poyete, fregadero y mesa pesada de piedra. La zona de barbacoa que lleva más de un año diciéndoles a los vecinos que quiere construir. Saca arena del agujero. Al principio es roja, arcillosa, y luego se amarillenta. Caliza. Arena que sale del hoyo formando ya un buen montón. Cambia la pala por el pico y el pico por una legona. La pala de nuevo. Las dorsales tensas y las lumbares doloridas. La espalda sudada y llena de churretes. El pico otra vez. No es la primera zanja que hace. A lo largo de los doce metros lineales que tiene la superficie en la que se supone que la va a levantar, ya ha excavado dos zanjas anteriores y luego las ha vuelto a cubrir con arena, gravilla y planché de hormigón, como si dudase del lugar

definitivo del emplazamiento. Dos zanjas anteriores escavadas y luego tapadas, prensadas y hormigonadas. Este es el tercer agujero. Sospechoso. Si no se conoce el motivo real de por qué tanto hoyo, solo parece un juego absurdo. Abrir la tierra para, a continuación, volver a taparla. Una y otra vez. Un absurdo. Una obsesión.

Un Sísifo con pico y pala.

Sergio se detiene y piensa en algo que le decía el viejo. Recuerda mucho al viejo. Sus botas camperas, incluso en verano. Lo recuerda demasiado porque el viejo tampoco le cayó nunca bien. Recuerda su altura, su sombra en la barba por mucho que se afeitase. Recuerda que el viejo solía repetir algo sobre la tierra y las mujeres. Cómo era aquello que decía.

no lo recuerdas
ahora me vendrá
yo sí me acuerdo

pero he de acordarme yo, no tú.

El viejo le pegaba mucho de niño. Tenía la mano muy suelta, el cabrón. Con todo el mundo. Con él, con la perra Linda. Con las mujeres. A Rubén, cinco años más pequeño, ya no le pegaba tanto, o él no lo recuerda tan bien, pues uno se acuerda con mayor nitidez de los golpes propios que de los que recibe el vecino. Pero a él, que era el mayor, cree recordar que le vino pegando hasta los doce o los trece años al menos. Hostias con la mano abierta. Y capones en la nuca. Un día también le dio una patada, pero fue medio en broma medio en serio. «Aparta de ahí, chuchó», le dijo. Le vino pegando hasta que Sergio tiró de cuerpo y se hizo casi tan grande y malcarado como el viejo.

Qué era lo que decía el viejo sobre la tierra y las mujeres.

Sigue cavando. Se entretiene ahora pensando en los puercos que cazaron hace un par de semanas, en que los podía haber vendido más caros. Cuatro euros y medio por kilo le parece un robo. Me cago en Juanma. La próxima vez se lo hará pagar mejor. Cava un poco más. Bebe un poco de agua fresca. Ha encendido el

generador para que el motor bombee el agua y haga que llegue a la casa. Para el fregadero, el lavabo y el retrete. No tiene lavavajillas. No les hace falta. El agua, eso sí, es de manantial propio y sale fresquísima. Pero no hay mucha y hay que racionarla, en especial los meses calurosos.

lo contrario supondría que estoy loco
pero tú no estás loco
creo que no
pues ya está. existo

El viejo le pegaba. El viejo también iba mucho de putas, solo y con amigos. La camisa siempre abierta y arremangado. Esa es la fama que tiene en el pueblo el viejo. Sus pocos amigos, los de confianza, los de toda la vida, esos con los que una vez al mes se reúne a comer un arroz, a beber hasta hartarse y a despotricar sobre el Gobierno, se lo recuerdan entre chanzas. «Anda que no le gustaban a tu viejo las putas», le dicen. Y se ríen. «Sobre todo después de lo de tu madre, claro, pero antes también, no te creas». Y vuelven a reírse. Y él no se avergüenza, pero tampoco le enorgullece ni le divierte que hablen así de su familia. «A alguien le debes la afición», le dicen, y se carcajean. Y él no lo niega pero tampoco alardea.

Gruñe Sultán sin venir a cuento. Tendrá hambre o calor.

Qué coño es aquella gilipollez que decía el viejo sobre la tierra y las mujeres, joder, piensa y piensa sin llegar a recordarlo.

¿quieres que te ayude?
te he dicho que no

Pica con saña moderada el suelo terroso. Comienza a estar cansado. El sol del mediodía aprieta. Le vendría bien un martillo neumático, pues a partir de los treinta centímetros la arena es consistente y de vez en cuando se encuentra con unos pedruscos imposibles. Pero montaría mucho escándalo y las obras de casa, las que además se hacen sin licencia, precisan discreción. También podría decirle al idiota de Rubén que lo ayudase, pero

prefiere no involucrarlo más de lo que ya está, para que después no haya exigencias ni demandas.

El viejo le pegaba. El viejo era un tipo rudo. En su día el viejo fue un buen trabajador, capaz y resistente, pero también era algo borracho, y ya de viudo se fue dejando hasta hacerse un holgazán. Antes de los sesenta tuvo el ictus y ya no valía para nada. Recibía una paga.

Y luego, con poco más de setenta, perdió la cabeza y se le caía la baba, se lo hacía todo encima e insultaba mucho. O insultaba como siempre. Hasta que se murió en la cama del geriátrico — hecho un pellejo— al que ninguno de los dos hermanos fue a verlo más que una vez, por su penúltimo cumpleaños.

—Feliz cumpleaños, padre.

—No te oye. No sabe ni quién eres.

—Da igual. Para eso hemos venido.

—Pues ya está. Ya le hemos felicitado. Vámonos.

A Sergio también le gusta beber, cerveza sobre todo, pero se contiene. En eso es mejor que el viejo, en la contención, en la facultad de poder decidir cuándo pasarse. En cambio, Rubén apenas bebe alcohol. Salvo en las celebraciones no se le ve beber alcohol. Suele beber mucho refresco, pero mucho, demasiada azúcar para un tipo de su edad, fofo, con sobrepeso.

El viejo, en cambio, siempre fue curtido y magro.

Eso sí, los tres son altos. Bastantes altos.

Sultán, algo inquieto o aburrido, se levanta de donde estaba echado a la sombra de un viejo parasol que Sergio ha colocado para que alivie los rigores y se da un garbeo por la finca. Irá a perseguir conejos, si es que alguno se atreve a salir a estas horas tan abrasadoras. Una ligerísima brisa mitiga por un momento la sensación de sofoco. Entre sudores y boqueos, Sergio le da vueltas al huidizo recuerdo, está empeñado en evocarlo aunque sabe, porque lo sabe, que se trata solo de una tontería, de una payasada más de las que soltaba el viejo. Una hormigonera, demasiados sacos de cemento apilados, una montaña de arena para mezclas. Busca un sitio para sentarse. Se le cruza por un instante la imagen de Magda, no sabe por qué. También la de los puercos. No

sabe por qué. También la de su hermano pequeño. No sabe por qué.

ya me he acordado
a ver si es verdad
el viejo decía que para sembrar bien la tierra
había que hacer como con las mujeres,
horadarla profundo
exacto. eso decía el viejo

Sergio sonríe satisfecho, y aliviado, mientras ve venir al perro con algo en la boca.

—¿Qué es eso, Sultán? ¡Dame, dame!

El perro se detiene temeroso como a unos dos metros de su amo y se tumba sin soltar la pieza. Gruñe osco y mal carado. Defensivo.

Moscas sobrevuelan la escena. Calor. Chicharras.

Sergio se fija a ver si lo que lleva el perro entre sus fauces es un animal, un topillo o un conejo. Pero no lo parece. Ni le ve cabeza ni le ve pelo.

Aunque sí que tiene toda la pinta de ser un pedazo de carne. Así que se incorpora y se acerca a su animal.

Sultán gruñe.

—Pero ¿qué hostias llevas ahí? ¿De dónde has sacado eso, cabronazo?

Se acerca a un palmo del hocico del perro, que se encoge y se retrae.

—¡Me cago en la puta! —exclama asustado al ver lo que es.

parte 2

no hay madre

En la casa vieja, la familiar, la del casco antiguo del pueblo y que están esperando vender, Sergio encontró unas fotografías en un cajón de un mueble aparador. Unos meses después del enero en el que murió el viejo, los hermanos revisaron la casa de arriba abajo y tiraron lo innecesario, también quemaron por Sant Antoni los muebles con carcoma y se llevaron los que estaban más sanos para amueblar la finca. Quemaron la cama de matrimonio del viejo, la cómoda, varias mesas y otras tantas sillas.

sin madre no hay familia
en eso tienes razón
y nosotros no tenemos madre
a eso me refiero

Rubén no supo nunca de las fotos. No sabe nada de las fotos.

Entre esas fotos que encontró Sergio, metidas en varios sobres de aquellos que te daban los fotógrafos cuando llevabas a revelar el carrete, había una, en colores saturados, casi derretidos por el paso del tiempo, en la que se veía a una pareja con un crío muy pequeño. El hombre —alto, vestido a la moda de finales de los ochenta, con un traje barato de un color azul difícil y una corbata a rayas azules y rojas, torcida y aflojada de cuello como si la vistiese un borracho— era el viejo. Pero con algo de pelo aún. El niño —de apenas dos o tres años, vestido con pantalones cortos azules, marineros, y una camiseta blanca con botones en el cuello, por lo espigado y por el cráneo ya algo apeginado—, sin duda, era el mismo Sergio.

Miró también su correspondiente negativo al trasluz, porque los negativos de una fotografía dicen lo mismo pero lo dicen de otra forma.

En los sobres había más fotos. Había fotos de reuniones familiares, de cenas navideñas. De parques de atracciones. En los sobres, con el anagrama de KODAK, había fotos en las que ya aparecía Rubén de chiquitito, rollizo pero alto, y con esa cara boba que aún conserva. Fotos de la adolescencia de los dos hermanos. Fotos de Sergio en el Ejército, en Murcia, vestido de azul aviador. Fotos del padre trabajando en la azulejera. Fotos de los tres junto a un Seat Ibiza rojo, 1.5 con 85 CV, matrícula de Castellón.

Sergio se sentó en el escalón que separaba la cocina de la vieja casa del patio interior y se entretuvo un buen rato revisando un montón de fotografías. Casi cincuenta fotos y en la única que salía aquella mujer fue en la primera que encontró, la foto de los colores cálidos, casi quemados, en la que se le veía a él —un crío pelón y algo afeinado de cráneo— en medio de una pareja, mujer a su derecha, hombre a su izquierda, dándoles a ambos sus manitas.

Cogió los sobres con las fotos y los negativos e hizo el gesto de tirarlos a una bolsa de basura que llevaba consigo. Se lo pensó mejor y los apartó.

porque aunque una cosa
sea una cosa,
las madres son necesarias
eso no se discute

Sergio también encontró un manojo de cartas, manuscritas con una evidente caligrafía de mujer. Todas menos una. Las encontró en un cofrecillo joyero que estaba en el fondo de un cajón del mismo aparador en el que estaban las fotos, un mueble demasiado pesado para sacarlo a la calle, trocearlo y quemarlo en las fiestas del solsticio de invierno. En el joyero había un paquetito de seis cartas recogidas con una goma del pelo. Cinco más una. Cinco sin sobre y una con sobre. En cinco de las seis

cartas, una mujer le cuenta a un hombre lo mucho que lo quiere y lo muy desgraciada que es. En resumen. Esas cinco cartas están escritas en tinta azul, en unas cuartillas rayadas y arrancadas después de las anillas de un mismo cuaderno. Lo primero que Sergio se preguntó al encontrarlas y leerlas es quién las habría escrito, lo que fue de fácil respuesta. Lo segundo que se preguntó es qué hacían allí, por qué habían vuelto, o por qué una vez escritas nunca habían salido de la casa.

Las cinco cartas sin sobre eran cortas. Casi postales, como notitas entregadas bajo mano. Como arcaicos *wasaps*. La sexta sí venía dentro de su sobre, con su sello, su franqueo, con el nombre del destinatario también manuscrito, pero con una caligrafía más desaliñada, torcida, desvaída por momentos y enfurecida otras veces; no la llegó a leer. Las cinco cartas escritas con letra tan hermosa y cuidada, como de pendolista, apenas se alargaban dos párrafos con buen pulso y una caligrafía armónica y redondilla. Pensada. Estéticamente, las cinco eran iguales, pues todas llevaban la fecha escrita en el margen superior izquierdo, empezaban por la expresión *Mi amor* y terminaban con un *Tu Cris*.

La primera que leyó decía así:

11 de septiembre de 1985

Mi amor.

Esto es un infierno. Créeme si te digo que cada vez me cuesta más soportar tu ausencia, no tenerte, no poder verte tanto como yo quisiera. ¿Por qué no podemos estar juntos?

Una cosa más. ¿Cuándo me dijiste que volverías? Para la semana que viene, creo recordar, ¿no? La espera se me hace eterna y no sé cuánto voy a poder aguantar.

Pero bueno, que no quiero apurarte.

Te quiero. ¿Y tú? ¿Me quieres tanto como yo te quiero a ti?

Tu Cris.

La madre de Sergio se llamaba Cristina y todo el mundo la llamaba Cristina, y no Cris, menos el viejo, que en lo doméstico siempre se refirió a ella como *chata* o como *la loca*, cuando la

recordaba desde el despecho, que era casi siempre. Pero, tras leer aquellas cartas, Sergio se dio cuenta de que en alguna parte, alguien sin nombre, un tipo desconocido que, además, por lo efusivo del texto y las amorosas maneras en las que estaban escritas, era obvio que se amaban, la llamaba Cris en la intimidad. A Sergio le provocó unas náuseas enormes imaginarse cómo pudo ser aquella intimidad que implicaba a su madre. Una intimidad de roces y desnudos, de sexo y de sudores, de mimos y procacidades.

Porque para Sergio las madres no pueden tener intimidad. Al menos las madres de verdad, esas que ni se van ni se mueren hasta que no tienen que morirse. Esas no tienen intimidad.

Debido a su corta extensión, las cartas casi que se leían sin querer. Así que, movido por una malsana curiosidad que en todo momento sobrevoló por encima del asco que le provocaba descubrir que su madre había tenido una vida que iba más allá del mero y sencillo recuerdo de su muerte, aquella mañana de sábado de hace ya unos años, en menos de diez minutos leyó las cinco cartas sin sobre, sentado bajo el dintel de la puerta que da entre la galería y el patio.

Cogió una segunda que decía:

17 de junio de 1985

Mi amor.

Dos añitos ya. Hoy el peque cumple dos añitos. Hace una semana que no sé de ti y te echo mucho de menos. Pero mucho, mucho. Por cierto, ¿sabes cuál sería el mejor regalo que podrías hacerme? Pues aparecer por la puerta de esta casa y llevarnos a mí y al nene lejos de aquí, a cualquier sitio, donde quieras, donde podamos estar juntos los tres sin que nadie nos moleste. Me da igual el paraíso. Elígelo tú. ♥♥

Pero como mucho me temo que no voy a recibir ese regalo (snif), me conformaré con volver a soñar contigo esta noche.

Te quiero.

Tu Cris.

Su madre —bueno, no, la tal Cris— había dibujado dos corazones perfectos y los había coloreado con bolígrafo de tinta

roja. Dos corazones dirigidos a un hombre sin nombre, porque en ninguna de las cinco cartas se mencionaba nombre alguno.

Mi amor.

Tu Cris.

No recuerda a su madre. A Cristina. Nada. No tiene ni el más nebuloso indicio de un recuerdo que le hable de ella porque lo abandonó muy pronto. Porque se murió. Todo lo que sabe de ella lo oyó de familiares hace ya tiempo, cuando el viejo, Rubén y él todavía no habían roto lazos con la familia materna debido a antiguas rencillas, cuyo origen o motivo desconoce, agravadas después por asuntos de herencias. Ha oído que estudió para maestra, pero que nunca ejerció, pues se casó joven. Y sabe también, porque eso es notorio en el pueblo, que se suicidó colgándose de una de las vigas del piso superior de esa misma casa, a los cuatro meses de dar a luz a Rubén, que nació casi cinco años después de que naciera él.

Eso, más o menos, es todo y lo único que Sergio sabe y que ha querido saber hasta ahora de su madre.

7 de enero de 1986

Mi amor.

Me ha costado encontrar a tu hermana para poder darle la carta. He ido a buscarla al trabajo, pero me han dicho que hoy libraba, con lo que he tenido que esperarla durante casi dos horas en la esquina de su calle a que volviera esta tarde de Castellón, donde creo que se había ido al cine con Tomás.

¡Qué envidia le tengo! A mí también me gustaría poder ir al cine con la persona que amo.

Pero por lo que te escribo no es para contarte sobre mis deseos y mis ansias, que esas ya sé que las conoces. Si te escribo (aunque he dudado si contártelo, porque aunque me tienes dicho que lo haga, no te quiero preocupar) es para decirte que él hoy me ha vuelto a pegar porque el pequeño no dejaba de llorar. Mala madre y otras cosas peores me ha llamado. Y al pequeño también le ha insultado.

En fin. Que ya pasará.

Te quiero.

Tu Cris.

Bueno. También sabe lo que el viejo decía de ella, sobrio o borracho. Que estaba loca, decía. La puta loca de tu madre, la llamaba, sin que quedara muy claro en cuál de los dos sustantivos cargaba más las tintas. Su padre le decía que la pobre era una histérica, que no estaba bien ya de pequeña, que hablaba sola. La recordaba constantemente pero para menospreciarla. Decía también que si no se hubiera casado con él se habría quedado soltera, porque aunque era guapita estaba como una cafetera. Muchos libros y poemitas, pero poca cocina. Eso decía. «Yo me la llevé, y al final fui yo quien sufrió que se matara. Por gilipollas, me pasa». Decía el viejo.

la echo de menos
es raro
¿por qué es raro?
porque no se puede echar de menos
lo que no se ha tenido

La cuarta carta que leyó era triste y Sergio también se la imaginó escrita de forma impulsiva, quizá en mitad de la noche, sentada de forma incómoda en el filo de una silla en la cocina, en penumbra. A escondidas. El trazo era más corto y acerado. Como de queja o de llamada de socorro. Había algún borrón y un par de tachaduras en el segundo de los párrafos.

4 de noviembre de 1987

Mi amor.

Este segundo embarazo me está matando. Me queda un mes para parir y no sé si voy a poder soportarlo.

Que Dios me perdone pero no quiero tener a este niño. Que Dios me perdone.

Además hace muchas semanas que no sé nada de ti. Le pregunto a tu hermana y no me contesta, me da largas, que si estás de viaje con la fábrica, que si te has comprado un apartamento para los dos y andas agobiado con los pagos. ¿Es cierto? ¿No me miente? Lo siento pero es como si te hubieras olvidado de mí, como si no quisieras saber ya de mí, ni de lo nuestro.

El niño está malito. Fiebre alta y diarrea.

Perdona mi tristeza y mi mal humor. Será el embarazo.

Perdona también mis dudas, mi amor.
Te quiero.
Tu Cris.

Sergio leyó las cinco cartas y tras leer la quinta se puso a temblar.

Y a punto estuvo de llorar.

Aunque de rabia.

Volvió a hacer con las cartas lo mismo que previamente quiso hacer con las fotos, un intento de deshacerse de ellas, de tirarlas junto al resto de lo desechable —folletos, viejas facturas de la luz, notificaciones de Hacienda, recibos de tasas e impuestos municipales—, pero al final también las conservó, aunque nunca más las haya vuelto a ver y solo las recuerde cuando quiere pasarlo mal. O cuando quiere enfadarse.

Rubén nunca supo de las cartas ni de las fotos y por tanto no sabe que Sergio escondió los sobres y el joyero con las seis cartas en el baúl de madera de pino y herrajes que tiene a los pies de la cama, bajo tres capas de mantas y ropa de abrigo.

Donde también guarda el machete y la ropa de caza.

oasis

Pintada de un rojo sangriento y llena de caprichosas lucecitas LED bordeando el dintel de las puertas y el alféizar de las ventanas. Todas las persianas bajadas. Ocultando sordidez, gemidos y sudores.

Una vieja casa de dos plantas al borde de la N-340, a la entrada sur de Torrenegra, enfrente de una gasolinera abandonada y separada, por un pedregoso descampado, de las únicas cuatro naves ocupadas de un polígono industrial, demasiado pretencioso para un pueblo con ninguna industria. Luce también hirientes neones y frente a la fachada principal tiene un pequeño jardín de balastro lleno de macetas con palmitos y palmeras enanas, plantadas aquí, allá y por todas partes, en burda alegoría con el nombre que este negocio familiar siempre ha tenido.

En el descampado es donde aparcan los clientes.

a mí no me gusta

¿qué no te gusta?

que vengas a estos sitios

Sergio ha bebido ya el doble de lo que bebe cualquier noche entre semana. Desde las diez, y aún no han dado las dos, nueve cervezas fresquitas y tres chupitos del áspero orujo casero que sirve Juanma en su bar. Pero es verano, joder, y aunque resulte extraño tenía ganas de volver a ver a quienes a veces trata de amigos. Además, como mañana no tiene que madrugar para ir a la finca, que así lo ha decidido, el exceso de alcohol, de momento, no le supone ningún problema. Todo lo contrario, pues igual al

final se anima y le da por follar —que ganas no le faltan, pues hace casi dos semanas que no se acuesta con Magda— y las copas ingeridas le sirven de espoleta.

—¿Quién ha pagado al conductor? —ríe uno, mientras suelta la pregunta.

—Le he dicho al rumano que si quiere cobrar la nómina de este mes, que venga a recogernos en un par de horas.

—Este Costel igual te hace de cocinero que de taxista, Juanma. Al pobre lo tienes explotado —dice otro en medio de una etílica carcajada.

Sobre la azotea de esa casa vieja, partiendo la oscuridad de la madrugada, destella un enorme letrero de un azul eléctrico y provocador donde se lee la palabra *OASIS* en una horrible y decadente tipografía Papyrus. Los cuatro amigos levantan la cabeza hacia el resplandor mirándolo con el mismo embeleso que provocaría la contemplación del milagro de la zarza ardiendo. Jesús, sonriente, le da golpecitos de complicidad a Dani en el hombro. Juanma deja de mirar la hora en el móvil mientras apura su cigarrillo. Sergio no dice nada, ni hace el menor gesto de contento o de alivio, simplemente observa el rutilante letrero y espera a que alguno de sus colegas comience a andar hacia la puerta del prostíbulo, donde dos extranjeros trajeados y mastodónticos, carne de gimnasio, les abrirán la puerta saludándolos con fingida educación.

El Oasis es un útero acogedor y cálido en el que, en ese momento, suena música latina. Quizá una bachata. La barra forma un pequeño óvalo y el local, de planta rectangular, huele a ambientador barato y es penumbroso. La luz del salón, toda difusa e indirecta, o viene del fondo de los expositores y las baldas de cristal en las que se exhiben las botellas, o de pequeñas lamparillas colgadas de las paredes que emiten una luz amelonotada. Espejos, fieltros, guirnaldas artificiales, cortinas de grueso aterciopelado, cuadros con láminas de escenas de erótica sicodelia o de paisajes exóticos, plantas de plástico e incluso una fuentecita de pega iluminada, con un caño constante

de agua cayendo sobre una pileta de resina que simula ser de piedra. Más tiras de luces LED en aristas y esquinas y por todo el contorno de una barra acolchada al modo inglés, y rodeada de taburetes altos con respaldo. Hay mullidos sillones y bancos, estampados de un rojo apagado, y mesas bajas, de metal y cristal en la superficie, por todo el local. El espacio se ensancha de vez en cuando creando recovecos semicirculares en la pared que hacen las veces de reservado para alguna pareja. El suelo, de vinilo imitando un mármol blanco veteado.

—Cada día hay peor ganado —se queja, exigente, Jesús.

—Y que lo digas —le responde Dani.

Un par de clientes los miran cohibidos desde el otro extremo de la barra.

—Ve pidiendo una ronda, que te toca pagar —le dicen a Sergio—. Este y yo nos vamos un momento al baño a meternos una raya.

—Voy con vosotros. Que un día es un día —dice Juanma.

Sentado en un taburete, Sergio espera a que se le acerque la camarera. Apenas alza la vista, algo avergonzado. Estático, también algo turbio por los efectos del alcohol. Las manos sobre la barra y el gesto impávido.

no te estás divirtiendo
cállate, hostia,
y no me amargues

—Cuánto tiempo sin verte.

—No me digas que me has echado de menos.

—Hombre, no eres tan buen cliente como lo era tu padre, pero antes venías más. Igual es que te has casado de nuevo con otra colombiana.

La camarera se ríe, pero Sergio solo esboza una torpe mueca que queda bastante lejos de lo que se diría una sonrisa.

—¿Cómo va todo, Carmen?

Carmen, que es la dueña y regenta el negocio con uno de sus hijos, andará a puntito de cumplir los setenta. Embutida en una

falda estrecha y un corpiño escaso, con una sombra de ojos azul muy marcada, colorete abundante y unos labios de intenso carmesí, tiene un aire algo payasesco. Sin embargo, bajo esa espesa capa de maquillaje y ese andar un poco lento y artrítico, es evidente que se esconde una mujer que apenas trata de disimular una vida tan ajada como intensa. Una mujer mayor y cansada que amaga el eco de una lejana belleza, imperfecta y salvaje, de rasgos expresivos y un perfil con mucho carácter. O eso es lo que piensa Sergio cuando la ve ir de un extremo a otro de la barra, inclinándose para coger los botellines de la cámara, o poniéndose de puntillas para alcanzar las copas de los estantes. Sergio, atraído, no puede evitar fijarse en el pálido tono de su piel, pecosa, en el rizo negro y rebelde que se le descuelga por encima de la oreja derecha, en la flacidez de sus brazos, en el talle, aún ceñido a pesar de la edad y en sus anchas caderas.

—¿Que cómo estoy? Mayor y hasta el coño.

—Yo no te veo tan mal. Estás guapa.

—Gracias por el piropo.

—Ponnos cuatro cervezas, anda.

Sergio se detiene ahora cautivado por el tintineo que las pulseras que Carmen lleva en las dos muñecas hacen al trasegar las cervezas de las botellas a las copas.

Durante este rato, quizá porque lo han visto hablando con la dueña, a la que respetan como a una madrastra, a Sergio no se le ha acercado ninguna de las doce chicas, todas extranjeras, que en ese momento pululan por el salón como apóstolas vestidas con lencería y tacones altos. Alguna más habrá en las habitaciones a las que se accede por una puerta camuflada tras una gruesa cortina. Pero de las que se ven en el salón, unas pocas charlan entre ellas, intentando que pase el tiempo entre familiaridades, y otras cuatro o cinco andan bebiendo ya con alguno de los pocos clientes, todos hombres de más de sesenta, con trazas de agricultores o constructores jubilados, que hay a esta hora en el local.

Sonríen, beben, ríen, se arruman.

Los tres amigos, que acaban de salir del baño, cogen sus cervezas. Dani y Jesús, eufóricos como críos de excursión, se acercan y abordan con groserías a las dos primeras chicas que ven libres, y se sientan con ellas en uno de los bancos aterciopelados. Mientras que Juanma, sorprendentemente comedido a pesar de la coca y el alcohol, se queda al lado de Sergio.

Ahora lo que suena es un reguetón.

—Bueno, qué, gilipollas. Habrá que follar, que hemos venido para eso, ¿no?

—Quizá en un rato.

—¡Qué coño en un rato! Lo que va delante va delante.

Y entonces Juanma se gira, dándole la espalda a la barra, repantingado sobre ella mientras sujeta con displicencia la copa de cerveza, y, olvidándose de cualquier anterior comedimiento, al ver pasar por su lado a una chica delgada, de un rubio tísico y con pinta de esclava, le pega una fuerte palmada en el culo.

—¿Qué haces tan sola, guapa?

La chica, que a puntito ha estado de mandarlo a la mierda, sin embargo fuerza una tibia sonrisa y se deja coger del brazo.

—¿Qué quieres beber?, que yo pago.

Ambos se sientan en el mismo banco en el que Dani y Jesús manosean a sus acompañantes.

Quizá aprovechando el lance entre Juanma y su compañera, unos segundos más tarde otra de las chicas, también rubia, de unos potentes ojos azules, alta, sin apenas curvas y algo esmirriada, se acerca a la barra y se sienta al lado de Sergio, pasándole un brazo por los hombros. Viste una escueta falda negra, por mitad de los glúteos, un sujetador de encaje azul, y calza unos zapatos de tacón fino y punzante, también de color negro.

—Hola, cariño. ¿Me esperabas? —pregunta con una sonrisa amistosa, con voz suave, y arrastrando un imperceptible acento del Este.

—Hola.

—Me llamo Lili. ¿Y tú? No, no me lo digas. Deja que lo adivine. —Hace como si lo pensara.

—Me llamo Ramón.

—Ah, pues no tienes pinta de llamarte Ramón. Te pega mejor otro nombre más bonito. Pero bueno, encantada, Ramón.

—Lo mismo.

—¿Me invitas a una copa?

—Estoy con unos amigos.

—Yo no veo a nadie —sonríe la rubia—. Pero bueno, que eso no importa para que tú y yo bebamos y pasemos un ratito estupendo.

Sergio apenas mira a su acompañante, a pesar de que ella, que no le ha quitado el brazo de los hombros desde que se sentó, se le ha acercado hasta casi rozarle la mejilla con su nariz respingona. Más que no mirarla, incluso le rehúye la mirada, como si esos ojos extranjeros y ese rostro aniñado le recordaran a alguien de quien no se quisiera acordar.

—Gracias, pero no. Ya te he dicho que solo estoy esperando a esos amigos de ahí —señala bruscamente, girando la cabeza hacia donde están sentados los otros tres.

—Pues, venga, vamos con ellos. Que solo faltamos nosotros dos —dice la chica mientras le pasa la mano por la calva.

—Que te estés quieta, ¡coño!

—Bueno, bueno, tampoco es para ponerse así, cariño.

—Ni cariño ni hostias. Y anda por ahí a buscarte a otro, ¡joder!

Sergio no se ha dado cuenta, pero ha elevado suficientemente la voz como para que desde el interior de la barra la patrona haya advertido el desaire a su trabajadora.

—Liliana, cariño, deja al caballero y mira a ver qué necesitan esos dos clientes de la esquina —interviene Carmen.

La chica, con una sonrisa condescendiente, se levanta del taburete y se dirige con un leve contoneo hacia donde la ha mandado su jefa.

—Y tú compórtate un poco y trata con respeto a las chicas.

—Le he dicho, con mucho respeto, que no quería nada. Pero la puta ha insistido.

—Te he dicho que hables con respeto. A ver si sabemos beber.

—Que sí, coño, Carmen, que ya está. Que no ha pasado nada. Que estoy aquí tomándome una cerveza y hablando contigo tranquilamente. Punto.

—Pues entonces todo tranquilo.

—Pues eso, joder. —Se muerde el labio antes de continuar, movido por una inercia inesperada—. ¿O acaso es necesario follar? ¿A que no? —pregunta haciendo que Carmen vuelva a ponerse en alerta—. ¿A que simplemente se puede venir a tu casa, pagarse una copa y estar un ratito a gusto charlando con una mujer tan guapa como tú, con una dama? —Da un nuevo trago a la copa, vaciándola—. Porque si al menos tus putas estuvieran buenas... Pero ya ves a esta —busca, con la mirada extraviada en el alcohol y la confusión, a Lili—, flaca como un puto palo. Huesuda. Sin culo ni tetas.

Por la expresión de hartazgo de Carmen y la rigidez de la espalda de Sergio, que se ha apoyado en la barra como si quisiera saltarla, Juanma percibe que pasa algo, con lo que, a pesar del aturdimiento en el que andan todos a esa hora, les hace un gesto a los otros dos para que estén atentos a lo que pueda pasar.

—Se acabó. Ya estás saliendo a toda hostia de mi casa, salvo que quieras que te saquen mis chicos a patadas. Va. Puerta.

Sergio se pone de pie a trompicones y se tensa un poco más si cabe. Silencioso, aunque marcando a la vieja *madame* con una mirada constante, turbia y desafiante.

—Venga, Carmen, joder. Que no ha pasado nada. Que ya sabes que este gilipollas es un trozo de pan —apacigua Juanma, que se ha levantado y se ha acercado para salir al rescate de su amigo.

Carmen, que a estas alturas de su vida ya lo ha visto todo, le mantiene un par de segundos una mirada desconfiada y resabiada.

—Está bien. Que tu amigo se comporte y todo en paz.

—Pues eso, que haya paz. Gracias, Carmen —dice Juanma, reconfortado al ver que las cosas parecen calmarse.

A Sergio, de pie y apoyado en la barra, ahora es evidente que le cuesta mantener el equilibrio.

—¿Te lo follaste?

Carmen se vuelve de nuevo y responde airada a la inesperada pregunta.

—¿Qué has dicho?

Juanma le palmea suavemente la espalda a Sergio y lo coge del brazo para tratar de llevárselo. Nadie habla durante un par de segundos.

Pero solo durante un par de segundos.

—Que si cuando ejercías de puta te follaste a mi padre. Seguro que más de una vez te lo trincaste. ¿Eh, puta vieja?

—Pero serás gilipollas...

Carmen hace un gesto con la cabeza para que uno de los dos matones de la puerta se acerque. En ese momento, Sergio alarga el brazo y la sujeta por una de las muñecas, silenciando el tintineo de las pulseras.

—¿Y no quieres follar ahora conmigo, Carmencita?

rubén ve a su hermano

Es domingo por la tarde. Primera hora de la tarde. El calor enfurecido de un julio desbocado y ni una caricia del aire, ni un beso, ni un lametón, ni un susurro del aire.

Solo los tontos no odian los domingos.

A Rubén le encantan los domingos.

Por las mañanas, si no está cazando con Sergio, muchos domingos va a misa mayor. Su hermano no sabe muy bien por qué va, pues en casa no han sido nunca de iglesia, pero desde hace unos meses le da por asistir a misa de doce si no sale al monte a matar animales. En la iglesia no repite ningún cántico, tampoco reza más allá del padrenuestro y tres cuartos del avemaría, pero se santigua tantas veces como toca y quizá hasta presta atención a los sermones. Por no aburrirse demasiado. Y no comulga, pues sabe que para eso ha de confesarse. Lo que en realidad hace es sentarse en un banco donde haya mujeres y les sonríe y les da la mano, o incluso dos besos en las mejillas, cuando toca compartir la paz.

Daos fraternalmente la paz.

—¿Tú no eres el pequeño de Ramón? —le susurra una vieja—. ¡Pobrecita tu madre!

Podéis ir en Paz.

Demos gracias al Señor.

Al salir de la iglesia, hace el tonto. Porque es tonto. Saluda a unos y a otros como si los apreciase, como si lo apreciaran, dispensando una sonrisa beata y falsa que apenas convence a gente que, en el mejor de los casos, siempre lo ha tenido por uno de los hijos raritos del cerdo de Ramón y la desgraciada de Cristina. «Pobrecita la madre», dice sottovoce una anciana a otra

anciana mientras se alejan cogidas del brazo. Le da la mano al párroco, joven, en forma y algo envarado, y lo felicita por el sermón, como si en lugar de haber estado mirando las piernas firmes y torneadas de la niña, de no más de unos catorce, sentada en el banco de su izquierda, le hubiera prestado atención a la homilía.

—*Yo soy el pan de la vida...* Hermoso, ¿verdad? Es lo que tiene san Juan, hijo mío.

—Y muy inspirador —contesta Rubén, besándole el dorso de la mano.

Y después de comer con su hermano pero sin su hermano — porque cada uno lo ha hecho en una estancia distinta de la madriguera, haciéndose cada uno su comida insulsa de domingo, y porque, a pesar de no estar particularmente enfadados, ninguno ha tenido necesidad de hablar con el otro—, se ha quedado traspuesto unos veinte minutos en el sofá, bajo el aire acondicionado, babeando y abrazado a su cojín, y al despertarse se ha puesto un bañador.

Sergio ha querido preguntarle si salía, dónde iba y cuánto iba a tardar, al ver cómo se disponía a irse. Pero no lo ha hecho. También a Rubén le hubiese gustado que su hermano mayor le preguntara si salía, dónde iba y cuánto iba a tardar, para poder contestarle mal o incluso para no hacerle ni puto caso. Pero no lo ha hecho.

A Rubén le ponen contento los domingos y eso a Sergio le molesta tanto como que arrastre los pies al andar.

Rubén se ha puesto el bañador, ha cogido una toalla que se ha colgado al cuello y ha decidido irse a la playa montado en una de las dos viejas bicis de montaña, baratas, que tienen colgadas en una pared del garaje. Así que sale de casa, abre el garaje, que huele denso y raro, que huele a calor y a muerte, y descuelga la bicicleta tratando de no rayar el SUV de su hermano. El arcón frigorífico, cerrado a cal y canto, parece que zumba más los domingos.

Rubén lo mira y se pregunta si en ese preciso momento dentro habrá algún cuerpo.

A pedal tranquilo —con este calor no se pueden tener muchas prisas—, del bungaló a la playa no hay más de cinco minutos. Aun así, rompe a sudar a los pocos metros, antes incluso de llegar al primer cruce de la calle de la urbanización en la que está el bungaló. Circula por el medio de una calzada de doble sentido, haciendo pequeñas eses, porque apenas hay tráfico a estas horas intempestivas. Lleva gafas de sol y se ha puesto la toalla por la cabeza, como si fuese un beduino, para evitar el golpe directo del sol abrasador en el cogote. Además, la bicicleta le queda un poco pequeña debido a su envergadura y las rodillas parece que vayan a golpearse constantemente en el manillar. Propicia una estampa ridícula. La de un beduino gigante atravesando el desierto encima de un camello diminuto.

Tiene tanto calor y está sudando tanto al llegar a la playa que, para intentar combatir el sofoco, no se le ocurre otra cosa mejor que ponerse a pensar en Groenlandia.

La playa está llena. Todas las calles cercanas están atestadas de coches aparcados hasta encima de las aceras.

Rubén canda la bicicleta en la pata de una papelera y de un saltito entra en la arena, maldiciéndola nada más pisarla. Parece fundente de lo que quema. Así que, desde la solera de hormigón de la ducha, antes de avanzar y abrasarse las sandalias y los pies, mira a derecha y a izquierda buscando el lugar concreto donde extender la toalla. No busca un hueco amplio, sino todo lo contrario. Busca proximidades.

Rumor de olas, barullo inmenso de voces.

Una playa anchísima.

Como a cuarenta metros de distancia de su sudor, en medio de la maraña de gente, observa que una joven se incorpora hasta ponerse de rodillas en su toalla. Pues ya está. Ese es el objetivo. La pieza. Así que, soportando a duras penas el llameante tacto de la arena, se dirige directo hacia ella. Está sola. No tendrá más de veinte años, como apenas los tenía la chica del autobús de hace

unas semanas. Veintiuno o veintidós, a lo sumo. Continúa andando hacia ella, superando y adentrándose en la primera línea densa y prieta de toallas y sombrillas. Vientre liso. Pecho discreto pero firme. Piel tostada. Mientras se va acercando la observa con esa mezcla de lujuria y hambre con la que un celíaco miraría un pastel de crema a través de un escaparate. Desde ese equilibrio, erguida de rodillas sobre la toalla, la chica se atusa el cabello y se humedece los labios con la lengua, en un inocente gesto no exento de accidental erotismo. Su melena es del color de su biquini. O viceversa. A su lado queda un sombrero de paja, un capazo de paja, un libro de cubierta colorida, el móvil y los auriculares. También unas sandalias y una pequeña botella térmica.

Rubén se relame por última vez justo antes de extender la toalla a menos de dos metros de la espalda de la joven, que mirando hacia el agua no se ha dado cuenta de la invasión de espacio que ha sufrido.

Familias enteras se apretujan bajo toldos y sombrillas. Qué crisol de conteras y doseles de colores. Estampados a rayas, floreados o con logos publicitarios. Aunque el problema es el calor, que a tan pronta edad los derretiría, la mayoría de los niños tienen prohibido salir de debajo de la sombra con el pretexto de que han de esperar a hacer la digestión. Cosas de madres. Mentiras de madres. A pesar de la gente que se protege del sol, amodorrados, dormitando o leyendo, los primeros metros de mar también están llenos de bañistas juguetones. Una pareja, con el agua hasta la cintura, se funde en abrazos, besos y toqueteos. Rubén los divisa, los contempla con asco y con envidia, y un segundo más tarde mira con deseo la columna vertebral sinuosa y estilizada de la chica, que está tan cerca que si extendiese su enorme brazo alcanzaría a acariciarla.

En ese momento, la joven se percata de la presencia de Rubén y, frunciendo el ceño, dibuja un gesto de sorpresa. Más que miedo, parece molestia.

—Perdona, ¿podrías separarte un poco? Tienes espacio hacia el otro lado.

—¿Te molesta?

—Pues sí, me agobia un poco.

—Pues lo siento, guapa, pero la playa es de todos.

La joven lo mira desafiante. No duda siquiera en ponerle mala cara y mascullar algún insulto que se llega a oír, mientras Rubén no deja de mirarle las tetas, las pecas que salpimientan su piel dorada, la gota de sudor que le cae por el canalillo hasta el embalse del ombligo. La chica niega con la cabeza y un segundo después se resigna y se levanta dispuesta a recoger sus pertrechos para cambiarse de sitio. No es una derrota, es más bien precaución, pura inteligencia, pues ha advertido al instante que el idiota que se le ha puesto al lado es muy grande y tiene cara de muy idiota. Además, no quiere jaleos, porque es discreta y vergonzosa, y porque ha ido a la playa a broncearse y a pasar un par de horas tranquila, de buen rollo. Así que se pone de pie y comienza la mudanza mientras Rubén, a poco más de metro y medio, la continúa mirando con un manifiesto deseo, e incluso le sonríe obsceno al fijarse cómo la gomilla del bikini le marca una suave línea en mitad de las nalgas. Tiene un tipazo, la puta. Está buena, piensa.

La chica se pone su sombrero de paja y sus sandalias, recoge su toalla y mete el resto de sus cosas en su capazo.

—Tú te lo pierdes, payasa.

La chica se detiene un segundo, rebusca el móvil en el bolso, lo saca y hace un par de fotos al mastuerzo, que queda inmortalizado sonriendo de forma grosera y haciendo una peineta.

Ella se despide llamándole «puto tarado».

—¡Puto tarado!

Cuando la chica se termina de ir, Rubén deja de sonreír. Solo era una pose. Se ha quedado solo asándose bajo el sol y eso le jode. Y lo lamenta. Y, haciendo una extraña autocrítica, se maldice por su precipitación y su torpeza. «Putá mierda». Pero la autocrítica le dura poco. «Putá cría de mierda».

Quizá debería darse un baño.

Pasa un avión a reacción dejando una estela blanca en ese inmenso lienzo azul dominical. No hay ni una nube en un cielo lampiño.

Rubén se levanta y se dirige hacia el agua. La arena arde y le quema las plantas, así que anda levantando mucho los pies, a pasitos cortos pero rápidos y bastante ridículos, lo que hace que le bailen los michelines y le bamboleen las tetas.

Durante los primeros diez o doce metros de mar, el agua está tan caliente que parece caldo de cocido. Rubén se adentra unos quince o veinte metros buscando temperaturas más plácidas. Se zambulle haciendo la carpa. Apenas sabe nadar, más allá de bracear como los patos, con lo que no avanza y se cansa pronto. Vuelve unos metros sobre sus pasos. Ahora intenta hacer el muerto, pero se hunde. Parece una morsa. Recula hasta una zona donde puede hacer pie. Mira hacia la costa. Mira hacia el horizonte. Se agacha y se hunde hasta hacer que el agua le llegue justo por encima de la boca, hasta la punta de la nariz. Martin Sheen en *Apocalypse Now*. Un cocodrilo de una ciénaga pantanosa. El tiburón de Spielberg emergiendo. Rubén tararea bajo el agua un par de acordes de la famosa pieza de John Williams. *Turu-Turu...* Otea hacia la gente que anida en la orilla con mirada de francotirador. La musiquilla en su cabeza va in crescendo. *Turu-Turu-Turu...*

Así pasa unos minutos más y luego se aburre.

Una hora más tarde, se ha unido durante unos minutos a un partidillo de voleibol improvisado que tenían iniciado seis o siete chicos y chicas. Siete, que eran impares. Pero a los diez minutos ha fallado todas las bolas que ha tenido, no ha acertado a dar más que una colocación y ha tropezado dos veces con un montoncito de arena cayendo de bruces y provocando alguna que otra risa entre los jóvenes. Así que lo ha dejado, creyendo haber hecho algo de deporte, y ahora está sentado en el murete del paseo, debajo de la impredecible sombra que le proporciona un enorme ficus. Aburrido, mirando vídeos de TikTok y viendo a la

gente pasar, sonrío a algunas de las mujeres cuando cruzan sin querer con él sus miradas. Le da igual qué edades tengan.

Se ha acercado a una heladería y se ha pedido un cucurucho de chocolate. En la cola frente a la vitrina le ha tocado detrás de una mujer de unos treinta, y una niña. Veraneantes. Extranjeras. Las dos igual de rubias y con las pieles achicharradas. Bikini y pareo la mujer. Bikini con motivos infantiles la niña.

—Qué guapa eres —le ha susurrado Rubén a la niña después de tirarle suavemente de una de sus dos coletas para llamar su atención y luego lanzarle un beso.

La niña, rubita, flacucha, de no más de siete u ocho años, no lo ha entendido. Ha abierto los ojos asustada y se ha cogido muy fuerte de la mano de su madre.

Un rato más tarde, a eso de las seis y diez, Rubén descanda la bicicleta de la papelera a la que la había amarrado y se vuelve hacia casa. Toalla colgada del cuello, gafas de sol y mirada angélicamente satisfecha, aunque nadie sabría decir por qué.

Como ha tomado una ruta más larga, recorriendo el carril bici paralelo al paseo durante un par de kilómetros, para ver el ambiente, circulando despacio, no ha llegado a la entrada de la urbanización que da a la calle trasera de la de su bungaló, hasta que han tocado las siete. Ahora tendrá que dar toda la vuelta a la manzana para llegar a su casa. En ese momento le parece ver a su hermano mayor llamar al timbre de la puerta del jardín de un chalé que no es el suyo, porque el suyo está justo a la espalda. No puede ser. Mira bien para cerciorarse y sí, se cerciora. Es Sergio y está de pie frente a una cancela, a unos treinta metros de él. Detiene la bicicleta justo al lado de un contenedor de basuras que le sirve al mismo tiempo de parapeto. Desde allí ve a Sergio mirar a ambos lados de la calle, como esperando que nadie lo vea mientras la puerta se abra. Cuando se abre, Rubén ve salir de la casa a una mujer mayor, diría que de más de sesenta años. Frunce el ceño en un gesto de sorpresa, antes de caer en la cuenta de que la ha visto alguna que otra vez por el barrio. Vistiendo un blusón largo y fresquito, floreado, y calzando unas chanclas playeras, la mujer cruza el pequeño jardín saliendo al encuentro

de Sergio. Ella sale, él entra, y ambos se encuentran en el medio, en terreno de nadie. Allí mismo se besan en la boca y luego entran en el bungaló, cerrando la puerta a su paso.

Rubén está sudando como un pollo.

silencios y reproches

La miran. La miran, pero no ven nada.

Ninguno de los dos despega la vista del televisor, pero, sin embargo, no alcanzan a ver nada de lo que muestra la pantalla, lo que pasa en el interior de la pantalla, al otro lado de la pantalla, sea donde sea que esté ese otro lado, en ese País de las Desgracias negro y plasmático que en ese preciso momento es la pantalla del televisor. Solo miran sin interés la televisión y la escuchan sin querer oír. Pero ni ven la sangre ni oyen los llantos.

En las noticias hablan sobre Gaza y en la calle llueve bruscamente y de forma inesperada. Lleva lloviendo a empujones desde antes de que amaneciese este miércoles de un julio que avanza extraño y sudoroso. Pegajoso y nada lluvioso hasta que, después de unas primeras horas titubeante, a eso de las once y cuarto, el cielo se puso negro cucaracha en un instante y, por fin, en un elaborado alarde de rayos y estruendos, pareció que iba a partirse castigando con su fractura el pecado de dos hermanos que, cuatro horas más tarde, iban a ser incapaces de ver la sangre de los niños y de oír el llanto de las madres.

Se sabe que Dios castiga a veces por adelantado. Y hace bien.

La ONU no parece hacer nada, pero Sergio ha hecho hoy la comida y se ha esperado a que Rubén viniera del trabajo. La ONU no hace nada, pero Sergio ha hecho pasta con atún y tomate para dos. Y ha puesto la mesa.

Es tarde. De hecho, pasaba de las quince treinta cuando los hermanos se han sentado frente a la mesa del salón, cada uno en un lado, con sus manteles individuales, sus respectivas bebidas, sus servilletas de papel y su cestillo del pan en medio. Cada uno con su hambre. Y han puesto la televisión para que de alguna

forma les amenizara la comida. Porque hoy, como casi siempre, los hermanos tampoco van a hablarse.

Vuelve a llover con fuerza.

Si los hermanos hoy no hablan también es porque Rubén lleva dos o tres días más tonto y silencioso que de costumbre. Ni un *buenos días*, ni un *ya he llegado*. No han cruzado ni una sola palabra desde el pasado fin de semana. Rubén está malcarado y sombrío. Y aunque a Sergio le da bastante igual lo que le ocurra, le pica un poco la curiosidad y supone que podría aguantar una pequeña —una mínima— conversación con su hermano para que le informara de por qué está más idiota de lo habitual. Pura curiosidad, ningún interés. Si conjetura sobre las causas de su malestar, apuesta porque haya vuelto a sufrir algún desaire en el trabajo, o que por culpa de alguna cagada haya sido reprendido. También pudiera ser debido a una de esas rachas depresivas que muy de vez en cuando tiene Rubén, periodos de pocos días en los que, como si los dioses del talento lo hubieran iluminado, se vuelve reflexivo y parece tomar conciencia de lo estúpido y triste que es, de su mediocridad, de su falta de objetivos, de su carencia de brillantez. Uno de esos extrañísimos periodos, durante los que su hermano pequeño se muestra más contenido que impulsivo, más vulnerable que odioso.

Pero la cara de perro que lleva arrastrando Rubén desde el inicio de semana apunta a otra cosa.

Llueve fuerte.

El reportaje sobre el último bombardeo en la franja de Gaza se alarga varios segundos. Han aparecido en pantalla cuerpos desmembrados de niños, ambulancias tiroteadas, misiles inteligentemente guiados contra hospitales. Mujeres que lloran desconsoladas y hombres con miradas perdidas en un punto más allá de la razón y la locura. Sin embargo, los hermanos miran el televisor sin ver, sin prestar la más mínima atención, mientras mastican ruidosos; uno pensando en que su hermano no le habla y el otro en que no quiere hablarle a su hermano.

Llueve fuerte.

Eso sí.

También llovía, aunque no tanto como lo hace ahora, cuando Sergio se ha despertado esta mañana. Se ha despertado, ha abierto la ventana y ha percibido la amenaza de las nubes. Tal es así que, sin que hiciera falta recordar lo de la alerta que le llegó de noche al móvil, ha decidido que era mejor no ir hoy a la finca —el camino iba a estar impracticable y peligroso por culpa de las correntías— y que era preferible quedarse en casa para aprovechar y hacer limpieza. Ordenar el garaje. Por ejemplo.

Ha pensado un momento en Sultán, un perro tan fiero y, al mismo tiempo, tan cagón cuando hay aparataje eléctrico.

A lo largo de la mañana no solo ha ordenado la disposición de los trastos del garaje, sino que, como la chica marroquí que les limpia le ha enviado un *wasap* advirtiéndole que lo sentía mucho pero que al no tener coche no iba a ir a trabajar, antes de lo del garaje ha puesto una lavadora que después no ha podido tender, ha fregado la vajilla, ha barrido y le ha quitado el polvo a casi toda la casa, a excepción del baño del pasillo y del dormitorio de su hermano al que igual hace meses que no entra. También ha hecho su cama y ha puesto en orden su habitación. Ha tenido entonces que abrir el baúl para guardar unas sábanas que la chica le dejó planchadas la semana pasada, y ha visto el cuchillo Muela Magnum-17S, de acero vanadio y mango de asta de ciervo con guarda de latón. Lo ha sostenido un instante, lo ha sopesado, y lo ha vuelto a dejar sobre la ropa con la delicadeza de quien posa a un bebé en una cuna.

En ese mismo baúl pero tres capas de ropa más abajo, Sergio esconde de sí mismo un cofrecillo joyero con cartas y varios sobres con fotos viejas.

Ha sacado el SUV del garaje para despejar el espacio y ha aprovechado para que la lluvia le limpiara al vehículo el polvo, el barro y la mierda acumulada después de semanas sin lavarlo. La lluvia que lo limpia todo, hasta las malas almas. Se ha procurado varias bolsas de basura y lo primero que ha hecho ha sido barrer. Después ha ido abriendo una a una las cajas de cartón apiladas

junto a la pared, bajo las bicis colgadas, para deshacerse de todo lo que no fuera imprescindible. No es acumulador, no es cariñoso con las cosas ni los recuerdos, pero a pesar de ello Sergio ha guardado un par de decenas de viejos cómics y también unos parches de tela —le ha hecho especial ilusión reencontrar el del emblema de la AGA, su unidad en el Ejército—, que ha metido dentro de una bolsita y se los ha llevado a un cajón del mueble del salón para no perderlos de vista. También ha conservado, claro, las cuatro matrículas dobles —delanteras y traseras— que de vez en cuando utiliza cuando va a cazar de forma furtiva. Los demás trastos casi que los ha tirado todos. Ha tirado tres botes de pintura reseca, que están ahí desde cuando pintó el patio trasero y la verja delantera; ha tirado tres cajas llenas de ropa usada, unos guantes de jardinero agujereados y una vieja caja oxidada de herramientas que solo contenía arandelas, clavos y tuercas. Ha tirado un disfraz de vaquero para niño que ha encontrado en una caja y que, por mucho que lo ha intentado, no recuerda desde cuándo y por qué narices estaba allí. Sombrerito, chaleco, estrella de sheriff, zahones y cartuchera sin pistola.

qué recuerdos
tampoco son tan buenos

Al abrir el arcón se ha tenido que apartar por la peste y luego lo ha dejado abierto un buen rato para orearlo. Una peste insoportable. Y al apagarlo para poder limpiarlo a fondo, por primera vez se ha dado cuenta de lo dañino que es el zumbido constante que soportan en esa casa sin darse cuenta de que lo hacen. Al cesar ese insoportable abejorreo, endiablado e industrial, ha entendido de golpe los matices que esconde la definición de silencio y ha percibido el alivio sereno que ha sentido su cabeza en el preciso instante en el que se ha hecho esa oquedad sonora. Y se ha sentido bien. Pero también se ha sentido solo y algo vacío. Como si la locura de esta casa se debiera al ruido constante que sale del arcón, en vez de considerar al arcón

una de las evidentes consecuencias de la locura que reina en la casa.

Se ha puesto una mascarilla FFP2 y unos guantes de plástico que ha encontrado debajo del fregadero, ha cogido una bayeta y un spray desinfectante multiusos y, sin poder evitar una mueca de asco, se ha puesto a limpiar las trazas de sangre de las paredes, el rastro acuoso, verde y agrio, de fluidos y humores, y el intenso hedor a cadáver que lo impregnaba todo.

Llueve fuerte mientras los hermanos terminan de comerse el plato de pasta con atún y tomate que ha cocinado Sergio, y que han tenido que recalentar en el microondas porque Rubén ha tardado algo más de lo normal en llegar del trabajo debido al estado de las carreteras, anegadas, casi colapsadas por culpa de la cantidad de agua que caía, a los semáforos histéricos y a unos cruces viales que eran pura anarquía. De postre cada uno se comerá un plátano y luego Rubén es fácil que se arree de un bocado un minihelado de chocolate y vainilla, de una caja de seis que compró el lunes, y de la que ya solo le quedan dos. En la tele ya no hablan del genocidio gazatí, en este momento hablan de Trump y ahora sí, en especial el mayor, los hermanos le prestan atención a lo que dice sobre los aranceles.

—¡Con dos cojones!

Rubén está a punto de apuntalar la eufórica exclamación de su hermano, pero en el último momento recuerda que está enfadado con él y que se ha prometido castigarlo bien, joderlo bien, con su silencio. Y se reprime.

—¿Y a ti qué coño te pasa?

—Qué coño te pasa a ti, ¡no te jode!

—¡Vete a la mierda!

Rubén no le contesta. Sergio se levanta y recoge su plato y sus cubiertos antes de salir camino de la cocina. Con las manos ocupadas coge también, sujetándola debajo de la axila, la botella de cerveza vacía para evitar tener que hacer otro viaje y volver a verle la cara al sieso de su hermano pequeño.

Segundos más tarde, entra Rubén en la cocina portando su servicio.

—¿Qué hacías el domingo en casa de la vecina?

Sergio se ha puesto en alerta. Se le ha notado porque al ir a tirar las sobras al cubo de la basura se ha quedado parado apenas un instante. Como si se hubiese desconectado por falta de ánimo.

—¿Qué coño dices?

—Te vi. Te vi pegarle un morreo a la puta vieja esa del bungaló de atrás —dice mirando hacia el patio y haciendo un cabeceo— y luego te vi entrar en su casa.

—Como vuelvas a llamarla así te exploto la cara de una hostia, idiota de mierda.

—¿Ves como te la estás follando?

—Que te calles, subnormal, o te reviento.

—Inténtalo.

Los dos carneros, prácticamente igual de altos y de similar envergadura, embistiéndose frente a frente y a un metro de distancia. Sergio se ha mordido el labio inferior, señal de que está al límite del máximo de ira que puede acumular antes de reventar. Rubén, más nervioso y menos confiado, cierra en cualquier caso los puños dispuesto a defenderse como pueda si al final hay que darse de hostias. El silencioso preámbulo antes del presumible choque de cornamentas contrasta con la virulencia musical de la lluvia, que arrecia por momentos, y cuyos goterones percuten en la chapa metálica del techo del armero, sobre la mesa de teca y sobre el suelo de gres del patio interior, creando una batucada ensordecedora y amenazante.

Hace tiempo que los hermanos no estaban tan cerca de pegarse, tan a punto de cruzar las manos. La última vez que se dieron fue el primer día que hablaron sobre si vender o no la casa del pueblo y acabaron discutiendo. Mientras Sergio era en principio reacio, movido por un sentimiento nostálgico en él bastante inesperado, Rubén, más hueco y despegado, olió al instante el dinero. «No sé qué interés tienes por conservar esta puta casa, que es una ruina», dijo Rubén. «Aquí nací yo y aquí crecimos. Me cuesta desprenderme de ella», contestó Sergio. «Aquí te pegaba todos los días el viejo y aquí se mató la puta de mi madre», sentenció Rubén. Y entonces Sergio le soltó a su

hermano pequeño un puñetazo en el rostro que le partió el labio y le dejó la nariz como una berenjena durante dos o tres días.

Desde entonces, y ya hace casi dos años, que no se pegan.

en Calpe y alrededores

Las horas mejores para matar son cuando anochece y cuando amanece, porque suele ser entonces cuando las presas bajan a los sembrados a procurarse alimentos o bajan a beber a canales de riego o a las charcas, siempre al abrigo de las sombras y con el alivio de temperaturas más frescas. También porque luego, cuando regresan saciadas, tanto el desnudo empleado como el premio obtenido las hace mucho más confiadas.

Respecto a la elección del territorio, la culpa es de Google Maps, de una semana de búsqueda y de la vanidad y la pericia del propio cazador.

Cuanto mejor asesino eres o mejor te crees que eres, el lugar elegido ha de proponer mayor dificultad. No se trata de la presa. Se trata de ti. Se trata de que a mayor amargura en el esfuerzo, más dulce sabrá luego el éxito. Así que para preparar una ardua jornada de caza, a poco que seas un tipo exigente buscarás datos de una población lo suficiente alejada a tu residencia para evitar primeras suspicacias, sus horarios comerciales y sus costumbres populares, sus fechas señaladas, sus fiestas patronales, las vías de escape y sus recursos policiales. Todo sin atorarte en las primeras trabas que encuentres, pues si bien no es cuestión de convertir el encuentro en un imposible —el cazador lo que desea es continuar cazando, no parar de cazar—, tampoco pretendes que el embate resulte demasiado fácil, pues sabes bien que una agresión sencilla no te reportará la misma satisfacción.

Con este espíritu olímpico se elige el lugar en el que has de matar.

Aunque no siempre que sales a cazar acabas cazando.

Por todo ello, de inicio, Senta es una localización de mucho riesgo, ya que tiene demasiados inconvenientes y muy pocas ventajas.

El mayor problema de elegir un pueblo pequeño, de interior, sin muchas distracciones y sin apenas turismo, como Senta, es que en él todos se conocen. Las mismas caras. Las caras de siempre. En esos pueblos, y como consecuencia del poco intercambio, de la falta de movilidad y de la endogamia, todos son hijos o hijas de alguien conocido, todos son hermanos del tendero, cuñadas del dueño del bar o primos segundos del alcalde. Estás harto de verlo en el cine: comunidades cerradas, aisladas en mitad del desierto de Nuevo México, de un inexpugnable valle navarro, de los altos pastos de las Highlands, o de la estepa siberiana, en las que la presencia de un forastero es fácilmente detectable y, por novedosa, suele atraer los cuchicheos y todas las miradas.

Pero en la dificultad radica precisamente el reto.

Por contra, lo bueno de los pueblos pequeños es que la gente vive más despreocupada, que no recelan, pues las malas estadísticas no los mencionan nunca, que apenas hay cámaras públicas de seguridad y que, incluso, no suele haber cuartel de la Guardia Civil, como ocurre en Senta. Además es agosto y en este caso flota entre los pocos habitantes de la localidad un ánimo más relajado que de costumbre, con motivo de la proximidad de las fiestas.

Así que circulas un rato por esas calles estrechas y engalanadas con gallardetes y banderolas, y en nada te has recorrido todo el casco urbano. Casas bajas. Casas feas. Muchas casas con paredes encaladas. Serán las 20:05 cuando pasas por delante de un bar, en cuya terraza tres chicas de veintipocos años toman unos quintos y se regalan risas bajo una sombrilla con el logo de una marca de refrescos. Bien vestidas. Vestidas para la fiesta. Que es jueves y es agosto. Ninguna de ellas se fija lo más mínimo en ese coche que acaba de pasar. El coche de alguien que ha alquilado una casa rural para las fiestas de la Asunción. Que hay toros y verbena. Porque en verano, en el pueblo, hay más

vida. Poca más, porque el pueblo da para lo que da, pero hay algo más de vida.

Te quedas con las caras de las posibles presas. No las descartas.

Continúas circulando y, tomando por una de las dos salidas naturales del pueblo, ves un parque infantil. También es un buen sitio, lo sabes por tu experiencia. Aparcas en un solar donde hay bastantes coches, lo que apunta a parking público improvisado. Es una zona tranquila, con las casas más cercanas a unos treinta metros, rodeada de descampados y obras en los solares contiguos.

El coche bien aparcado, nunca aislado, mejor entre otros vehículos, y esperas un buen rato sin ninguna prisa. Apostado. Discreto.

La caza al aguardo es solo cuestión de paciencia.

Muy poco movimiento en torno al parque. Desde dentro del vehículo solo ves a alguna abuela acompañando a sus nietos mientras estos se columpian o se tiran del tobogán. Los riñen. Les gritan. Los peinan. Los besan. Carne vieja o cachorros. Nada que apunte a presa aprovechable. Así que media hora más tarde, sin ninguna frustración, porque precisamente en intentar y descartar consiste el acto cinegético, te vas en busca de otro puesto de ojeo. Y vuelves entonces a callejear, pero esta vez lo haces a pie y con tu ropa de camuflaje: tu camisa de manga corta, floreada, pero no demasiado llamativa; tu gorra deportiva y tus gafas de sol. Tus bermudas y una fingida sonrisa. Llevas también un folleto en la mano y, cuando te cruzas con alguien, bajas la cabeza y simulas que lo lees con interés.

El atardecer tiñe poco a poco el cielo de un tenue naranja. Vuelves a pasar por la terraza del bar, el único bar que has visto, que queda al lado de la plaza de la iglesia y también del ayuntamiento, a menos de dos minutos andando del parque infantil del que vienes. Son las 20:43. A las tres chicas de antes se les ha unido un joven de la misma edad. Por los cascos sobre la mesa, ves que ya llevan una ronda de cervezas acabada y que van por la segunda. Todos de una media de veintitrés o veinticuatro años. Pasas tan cerca de ellos, por la misma acera, haciendo ver

que miras la carta del bar expuesta en un cartel de la puerta, que eres capaz de escuchar perfectamente la conversación que los críos mantienen.

—¿Vamos en dos coches o en uno? —pregunta la que tiene novio. Lo deduces porque se besan.

—Yo cojo el mío, que igual me vendré antes.

—¿A qué hora?

—No sé, tía. Antes. Ya veré. Que mañana he de acompañar a mi madre a no sé qué.

—Pues en dos coches. Que Vero se vaya contigo y Juanvi y yo nos vamos con el mío.

—Vale. Pero igual yo luego me quedo con vosotros y ella se sube sola, que paso de hacer de carabina —apunta Vero.

Oyes que a la que ha dicho que cogerá su propio coche todos la llaman Sandra. Te fijas en ella sin ningún motivo concreto. No hay un patrón. Da igual una que otra.

Eliges a Sandra.

Te quedas con Sandra.

—¿Y dónde quedamos?

—Pizza en Casa Francesco, la de la paralela a La Niña, y luego hemos quedado con Susana y los demás en el pub del otro día.

—¿Dónde?

—En ese pub al que fuimos la semana pasada. ¿Cómo se llama?

—¿La Mamba?

—En ese. —Y la que tiene novio echa un trago—. Aparcamos por la zona del camping, que veremos si hay sitio, y si nos perdemos nos vemos allí.

—Pero vamos juntos, ¿no? ¿Dónde tenéis el coche?

—pregunta Sandra.

Ahora ya es de noche.

Te conoces Calpe por lo mismo que te conoces Senta, porque eres cuidadoso, porque te gusta lo que haces, y porque te has

pasado seis días documentándote sobre las zonas de fiesta más habituales para los jóvenes de las localidades del interior de esta comarca. Podía haber sido Moraira, o quizá Jávea, pero te decantaste por Calpe porque de las tres grandes es la población turística más cercana a Senta. Por eso sabías que es allí donde los jóvenes de este pueblo en concreto suelen bajar a beber cuando decae la tarde y de donde vuelven saciados cuando el alba comienza a despuntar. Una vez te decantaste por Senta, el siguiente y más probable escenario era Calpe.

La zona de la calle La Niña te suena, por popular. Pero solo te suena, con lo que te obligas a memorizar el nombre de los locales que han mencionado para que durante el trayecto no se te olvide. Los repites tres o cuatro veces:

—Casa Francesco y La Mamba.

En el coche te has cambiado de atuendo. La camisa floreada la has sustituido por una camiseta lisa y oscura. La gorra azul de una marca deportiva, por una de color negro. Esta, sin logo.

Poco más de dos horas más tarde, casi a las 23:05 según tu reloj, ves a Sandra besar a una chica de pelo corto, cortado casi a cepillo, cerca de la puerta del pub en cuestión.

Hiciste las cosas bien y la acabaste encontrando. Te costó. De hecho, estuviste a punto de rendirte y dar la jornada de caza por infructuosa y terminada. Primero porque con el tráfico, más denso de lo esperado, bajando hacia la costa se te escaparon los dos vehículos. Luego porque al llegar a Calpe tardaste mucho tiempo en encontrar una zona discreta donde aparcar, y más tarde porque estuviste dando vueltas por los garitos de la zona bastante despistado, oliendo el rastro de la presa, intuyéndola cerca, pero sin llegar a toparse con ella. Es más, incluso te pasaste por la pizzería mencionada, pero debieron de cambiar de idea y no cenaron allí.

Porque, de haber estado, los hubieses visto. No llevas móvil. No llevas, por tanto, navegador para poder encontrar el local en el que los amigos se habían citado y a punto estabas de desistir. A punto estabas de hacerlo cuando, fruto un tanto del azar, que es

algo que a los asesinos siempre os ayuda mucho, escuchaste que un grupito de jóvenes lo mencionaban.

—Tíos. Me escribe Rafa diciéndome que nos espera en La Mamba. Que o vamos ya o se larga.

Y los seguiste.

Te has sentado en la terraza de una heladería justo enfrente del pub. A la hora de pedir has sido amable, sin pasarte. Un cucurucho de chocolate y vainilla y un botellín de agua, consumición que has pagado en metálico. Mordisqueas el helado con dientecitos de ratón, sin prisa, con parsimonia. Mientras, no dejas de mirar la puerta del local, como el cazador que otea desde el aguardo esperando tener a tiro a su presa. Bebes un traguito de agua. Otro mordisquito al helado. Paciencia profesional. De asesino con método.

Pero no ha tenido que pasar mucho hasta que la has visto salir del interior del garito. Ahí está. Es ella. Es Sandra, sí. El mismo pantaloncito corto, el mismo top. Los mismos pechos. Va acompañada de otra chica; más alta, delgada, con ademanes masculinos. La ves charlar con su acompañante, compartir caladas de un porro, reírse con ella, y luego las ves alejarse unos metros para meterse entre dos coches y besarse suave, sin alardes ni alharacas. Sin excesos. No las pierdes de vista. No es morbo. La chica con el cabello cortito ha cogido a Sandra de la nuca y, con suavidad, aunque con determinación de pareja, la ha atraído hacia sí. Luego le ha dado un beso amoroso que ha durado tres o cuatro segundos, al que Sandra ha respondido con la misma sencillez. Y calidez. Después de unas sonrisas tímidas, las dos han continuado fumándose el porro y se han puesto de nuevo a reír.

La has encontrado, pero esto solo acaba de empezar.

Otra hora más tarde, pasada ya la medianoche, en compañía del resto del grupo, ocho en total, tu presa ha salido de La Mamba. Tú, mientras tanto, has bostezado varias veces y, para no quedarte demasiado rato dando el cante en la heladería, has tenido que pasear por las aceras adyacentes son disimulo y tratando de no llamar demasiado la atención.

Primero han entrado a un pub del puerto del que han salido a los poco más de veinte minutos. Luego han entrado en el pub de al lado y han permanecido allí más de media hora. Un gentío. Tú te has quedado por las inmediaciones —como otras muchas veces has hecho— atento y sin perder el sitio de vista. Has observado cómo unos y otras salían a charlar o a fumar a las puertas, cómo se unían a otros grupos y brindaban, cómo Sandra y su acompañante han comenzado a besarse de forma fogosa y desenfrenada.

Pasados tan solo unos pocos minutos de las dos de la madrugada, tu presa y la chica que la acompaña, que si la cosa sale bien se va a quedar sin novia en menos de lo que ella se espera, se despiden del grupo.

Besos, abrazos, adioses con la mano.

—Mañana te llamo, Vero.

Mentira.

Es la hora. Exhalas impaciente. A partir de aquí es cuando la cacería se puede ir del todo al garete. Porque en realidad todo depende de tu experiencia, de la intuición y de una conjetura tan endeble como emocionante. Importa que lo hayas planeado bien, que hayas llevado a cabo todos y cada uno de los pasos de la operación, pero importa mucho más tu fortuna y, de tu víctima, su desgracia. Depende únicamente de que se dé la trágica y favorable alineación de unos funestos astros que te benefician a ti más que a ella. Es un todo o nada. De hecho, cuando llega este crucial momento sueles recordar la de ocasiones en las que después de invertir cuatro o cinco horas de viaje y trabajo preciso y paciente, toda una noche entera de vigilancia y acecho, te has tenido que volver a casa sin tu merecido trofeo y con el rabo entre las piernas. Aquel pueblo de Almería, aquel de Zaragoza, el otro de Valencia. Cuántas, joder.

Esto es así y ahí está la gracia. En lo incierto radica su encanto.

El no saber si al final podrás o no matar es lo que lo convierte en algo magnífico y adictivo.

Para empezar no tienes ni idea de dónde ha aparcado Sandra, si se va a quedar a pegar un polvo aquí o si va a regresar al pueblo acompañada de su novia. No sabes dónde vive ni cuál de las dos entradas al pueblo tomará, aunque la más probable sea la entrada sur, la misma por la que habéis salido. No sabes qué va a hacer Sandra, pero intuyes que, si todo va como ha de ir, su pareja la acompañará al coche, se entretendrán un rato metiéndose mano, haciéndose promesas y despidiéndose amorosamente, pero que luego regresará sola a Senta. Especulas que dejará el Hyundai en el mismo solar del que la viste cogerlo, cuando la seguiste a ella y su amiga Vero al salir del pueblo, uno de los solares al lado del parque infantil y, por tanto, del aparcamiento en el que estuviste aparcado mientras veías carne vieja y cachorros columpiarse. Y tiene sentido, pues en una localidad pequeña como Senta todo está muy cerca, las calles son estrechas para conducir, y no recuerdas haber visto entradas de ningún parking privado. Del solar a su casa, esté donde esté, seguro que se puede ir en un par de minutos andando.

Seguir a la presa. Esperar. Acorralarla.

Cuando llegas y aparcas, el coche de Sandra no está. O aún no está. Y dudas de nuevo. Miras el reloj de pulsera bajo la oscuridad lobuna. Las primeras luces del pueblo, amarillas y cálidas, quedan a un par de descampados más a tu derecha, con lo que sobre el coche se cierne una penumbra envolvente y muy acogedora. En el asiento del copiloto lo tienes todo preparado: trapo, cinta americana y cloroformo. Para matar la espera tarareas una canción. Más dudas. Vuelves a mirar el reloj. No ves acercarse ningún coche y ya deberías verlo, con lo que empiezas a sospechar que la posibilidad de que tus cálculos fallen son enormes. Qué decir de tu intuición furtiva.

Te das solo cinco o diez minutos más.

A lo lejos, por la misma carretera por la que tú te has acercado al pueblo, ves el fulgor de unas luces. Suspiras y se lo agradeces al dios de los hijos de puta. Te calas la gorra negra, metes en los

anchos bolsillos de tus bermudas las herramientas que has de utilizar, y sales del coche antes de que el vehículo que viene se aproxime lo suficiente a tu posición como para percibir que en medio de esa negrura se ha encendido la luz del interior de tu automóvil al abrir la puerta. Esperas agazapado entre una furgoneta agrícola y un remolque tapado con una lona azul. Esperas. El Hyundai se acerca despacito por la carretera, como con timidez, y no sabes dónde aparcará la chica a la que quieres asesinar. Quizá aparque lejos de tu posición. Quizá lo haga en el solar contiguo, o incluso en uno de los lados de la carretera más próximo a las primeras casas del pueblo, con lo que temes que después de adormecerla tengas que cargar con ella durante un trecho. Es un riesgo. Veremos. El coche se acerca, te agachas. El coche entra en el mismo descampado en el que has aparcado. Alguien vela por ti. Es la primera vez que sonríes, afortunado. No se oyen más que tus latidos y el trasegar de Sandra al coger su bolso, al cerrar la puerta de su pequeño turismo y al dar las primeras pisadas sobre la arena.

No se oyen chicharras ni rapaces nocturnas ni rumor de ciudad.

Te abalanzas por detrás justo cuando Sandra se agacha a coger el móvil, que se le acaba de caer al suelo. La oyes murmurar. Trapo impregnado. Un gritito ahogado. Bolso y teléfono de nuevo en el suelo. Patadas al aire, porque es mucho más bajita que tú, arañazos en los brazos, te tira la gorra al suelo por el forcejo. La aprietas tanto contra tu cuerpo como si quisieras fundirla contigo haciendo que forméis una sola entidad.

Cuatro segundos. Cinco..., ya.

Saliendo hacia la CV-745 hay muchos entradores a urbanizaciones, a casas de campo y alquerías solitarias. Pegados a la misma carretera hay caminos que se pierden entre cañares y sembrados de vides y naranjos por los que se puede acceder y quedar oculto de cualquier mirada. Apagas las luces del vehículo y tomas uno, al azar, muy cercano al acceso a la AP-7, y avanzas

por él hasta que aparcas detrás de una balsa de riego y una pequeña caseta de aperos.

Sandra duerme como una bendita. La has amordazado con la cinta americana, le has atado las manos y las piernas, y la has introducido en el asiento trasero con la misma delicadeza que lo harías con un saco de estiércol o una oveja muerta. En los bajos del coche están sus pertenencias: el bolso, el móvil, las llaves del Hyundai y las dos sandalias, que se le han caído.

Drogada como está, con esos churretones en la cara por las lágrimas y las babas mezcladas con el rímel de los ojos y el colorete de las mejillas, la sacas del coche tirándole con las dos manos del pelo. La dejas en el suelo y la arrastras entre dos surcos. Balbuce. La oyes balbucear algo inteligible.

Una noche calurosa, pero luminosa y clara.

—¿Me oyes, bonita?

Y, arrodillado a su lado, le sueltas una hostia con la mano derecha.

Sandra es poquita cosa, no llegará al 1,60. Guapa, femenina. Pelo largo y negro como tinta del calamar.

—Que si me oyes, te pregunto.

Pero no responde. Mueve la cabecita a ambos lados, pero no llega a atinar a hablar.

Y le sueltas una serie de cinco o seis tortazos espaciados, a dos manos, combinados con dos o tres puñetazos que en apenas tres minutos acaban por desfigurar esa carita de muñeca que tantos besos ha dado a lo largo de su última noche en la Tierra.

Ni se ha movido, la pobre. No te has tenido ni que sentar encima de ella, a horcajadas, como manda el manual, porque Sandra no ha presentado ni el menor atisbo de resistencia durante toda la golpiza.

La dejas allí, chorreando sangre, y vuelves al coche. Abres la puerta del copiloto y de la guantera sacas un cuchillo, que viene metido en su funda de cuero desgastado y envuelto en una bayeta. Lo descubres, lo desenfundas y durante un par de segundos admiras el brillo de la luz de la luna reflejada en su filo. Qué destellos.

Vuelves al lado de lo que queda de la pobre Sandra.

—Venga, bonita, despierta, que ya falta muy poco.

Pero la chica no hace amago. Tiene los ojos cerrados y no parece respirar.

Estás contrariado.

Blandiendo en el aire ese hermoso cuchillo de punta caída, con la otra mano le pellizcas la mejilla sanguinolenta para que se despeje. Nada. La coges del mentón, notando cómo los huesecillos rotos suenan como la cola de una serpiente de cascabel, y le mueves la barbilla para espabilarla. Nada.

—Abre los ojos, ¡hostia!

Te agachas y apoyas la oreja entre sus turgentes pechos de chica casi muerta para tratar de escuchar señales de vida por débiles que sean. Nada. Le coges la muñeca y le buscas el pulso.

Nada.

—¡No me jodas!

Esto sí que no te lo esperabas. Se te habrá ido la mano con el cloroformo o con los nudillos. Vete a saber. Te levantas enfurruñado y aprietas el mango del cuchillo de montaña entre tu puño con intención de clavárselo en el pecho a la misma noche.

Quisieras gritar de rabia, pero te contienes. Siempre te contienes.

Al fin y al cabo, tú eres un experto y estas son las reglas del juego.

Después de unos segundos de reflexión, resignado y más tranquilo, extasiado y apaciguado por la belleza del manto de estrellas que se divisa desde ese concreto lugar tan despoblado, inspiras y luego abres la puerta del maletero y sacas una gran hoja de plástico transparente.

un vecino de la finca

Una verja de alambre, con sus púas, lo circunda todo.

Varios pinos y un eucalipto que en diez años creció hasta rozar las estrellas. Una casa encalada, de dos plantas y tejado a dos aguas. Salón, dos baños, cocina y tres habitaciones. Un columpio para cuando vienen los nietos. Unos bancos de piedra debajo de una morera, donde a partir de las once siempre da la sombra. Una pequeña piscina, que a los críos les cumple su función de refrescar y divertir. Un porche para aparcar hasta dos coches y medio. Un par de estrechos bancales de siembra; con algunos frutales, lechugas, tomates, calabacines y pimientos. Y un gallinero con cinco gallinas ponedoras; dos alicantinas y tres andaluzas, y un gallo catalán. En la parcela viven dos gatos que sin ser de la familia se han hecho a ella, y también vive un perrete lanudo y faldero que de joven ladraba estridente y que ahora, con la edad, solo acompaña.

Los gatos, uno blanco sucio y otro rojo atigrado —y también sucio—, duermen donde pueden y se rascan mucho detrás de las orejas. El perro, pequeño y de color chocolate, al que sus dueños llaman Pumuky, de vez en cuando se deja acariciar porque con la vejez se le están yendo las malas pulgas.

Tiene la casa rosales y geranios. Y petunias de hasta tres colores. Y una clavelina de tonos imposibles. Y una buganvilla y unas correhuelas silvestres que trepan y trepan por los postes del chamizo que hace de garaje, llenando el techo de campanillas blancas y rosas. En Villa Azucena, todas las flores son hermosas y perfectas menos la propia Azucena, que a los setenta años comienza a tener trazas de demencia. La pobre.

El marido de Azucena es Julián, y tiene un carácter de mierda. Es tosco y carece de sentido del humor. A Julián le encanta y le pierde Villa Azucena. Siempre quiso tener una masía en el monte, arreglarla con los años y convertirla en su capricho, y con los ahorros, la venta de un terreno heredado en Albacete y la indemnización por prejubilación que le dieron en la empresa, hace diez años que se compró este pedazo de tierra con su vieja casa de campo, que con tiempo y empeño ha acabado mejorando hasta hacerse una residencia de veraneo de lo más cómoda. Desde entonces, Julián solo se entretiene y se calma con su huerto, al que le dedica más esfuerzo y atención que a la familia, un poco con los tres nietos que los idiotas de sus hijos le han proporcionado, y con los cuidados que le debe a su mujer, a la que mil veces le puso los cuernos pero a la que, con los años y su enfermedad, se ha acabado uniendo de verdad.

Julián labra y siembra, y riega y poda. Julián hace apaños en la casa y arregla cualquier electrodoméstico. Y cocina. Julián limpia a Azucena cuando se lo hace encima —que todavía no es siempre—, y todas las noches le prepara una tila con un chorrito de miel y una rodaja de limón, que a ella le gusta.

Julián refunfuña mucho pero lo hace todo. Y además no es mal vecino, si se le perdonan sus arranques.

Es viernes y aún no eran las siete de la mañana cuando ha oído el coche de su vecino pasar por la misma puerta de Villa Azucena camino de la finca. El resto de los vecinos del valle siempre han llamado a la finca la *masía de arriba*, de forma precisa y descriptiva, pero últimamente entre bromas y quejas también se dirigen a ella por *el cementerio*. Por cómo huele a muerto.

Ha oído el motor del coche, muy temprano para un viernes, y ha corrido desde el gallinero a la puerta de la cancela para ver si podía hablar con el vecino. Por culpa de las prisas casi ha tropezado con el gato blanco, que estaba tendido a la fresca a los pies de la morera. Al llegar a la puerta, antes incluso de salir de su propiedad, ha gritado el nombre de Sergio un par de veces, ha

agitado la mano para que advirtiera su presencia, pero Sergio no ha hecho el menor caso y ha continuado subiendo los ciento y pico de metros que separan las puertas de las dos parcelas.

—Me ha visto y no ha parado, el hijo de puta.

Ha sopesado subir, ahora que sabe que el vecino está, y advertirle, en nombre del resto de los propietarios, que uno de estos días van a venir los forestales de la Generalitat a hacerle una inspección por lo de la peste. Pero al final se lo ha pensado mejor y ha preferido esperar a que Sergio vuelva a pasar por la puerta de su hacienda cuando quiera que baje. Ha oído los rabiosos ladridos de Sultán, el puto perro de los hermanos, saludar a su dueño, y se ha vuelto a meter en casa para terminar de limpiar el gallinero antes de levantar a su mujer de la cama y ponerse ambos a desayunar.

Pasadas por muy poco las diez de la mañana, una vez desayunados y cuando ha dejado a Azucena entretenida cosiendo algo, ha cogido al perrete, que cada vez está más perezoso, y ha decidido darse un paseo hasta la masía de arriba. Hasta el *cementerio*.

El sol ya está en todo lo alto y aprieta tanto como para no augurar nada tibio. Pumuky, que va a su aire y sin cadena, se entretiene oliendo el espliego y marcando allí y allá su marcha con alguna que otra meada. Julián va tirando piedras para no pensar cómo afrontar el inmediato encuentro con su vecino. Anda un poco inclinado hacia adelante para compensar la pendiente de ese camino irregular que asciende bordeando un barranco en su cuneta izquierda. Unos cincuenta metros antes de llegar a la entrada de la finca, desde un punto en el que, aunque aún no se ve la casa ya aparecen tramos del vallado de la parcela de los hermanos, Julián percibe con fuerza el hedor que desprende el lugar. Se tapa la nariz con la camiseta, hace un mohín, se detiene y mira hacia abajo, entre las cañas, los pinos, las piedras arrastradas y la maleza, a ver si es capaz de distinguir en el fondo de la cárcava el cadáver de alguna alimaña que justifique la inmundicia, pero la foresta es muy densa y no alcanza a ver

nada entre la maraña. Unos metros más arriba, paradójicamente, huele bastante mejor porque la brisa acerca o aleja la hediondez en función de la dirección en la que sople.

sube alguien
¿aquí?, ¿quién?

Tras pasar un pequeño puente de hormigón y doblar el último recodo, cerrado y a la izquierda, Julián se topa con la puerta de la masía de arriba, del *cementerio*, de la finca de los hermanos.

El rabioso cancerbero corre cuesta abajo ladrando como un poseso, como si quisiera —y es lo que sin duda parece— desgarrar a dentelladas las carnes de todos los que se acerquen a la propiedad de su amo. Sean personas o animales. El viejo Pumuki, que no hace ni una cuarta parte del tamaño del perro guardián, huye despavorido desandando lo andando.

—Calla, chucho, hostia —suelta Julián desde el otro lado de la valla, bastante intimidado por la ferocidad del perro.

Las fauces de Sultán asustan como las de los lobos de los cuentos. Esos dientes intimidantes e infecciosos, ese hocico húmedo, esos belfos babosos.

—Sergio, joder, haz que el perro se calle —grita Julián.

Sergio sale desde un lateral de la casa y comienza a bajar y a acercarse a la cancela. Lleva guantes de faena y porta un pico en una mano. Descamisado, velludo y sudoroso.

—Ven, Sultán. Ven.

Y el perro le hace caso, yendo a su encuentro pero sin dejar de ladrar.

—Silencio, ¡hostia!

Y el perro se sienta en el suelo y se calla.

—¿Qué pasa, Julián?

—Anda que no es escandaloso, el jodido.

—Dime qué quieres, que tengo faena.

—¿Aún estás con el paellero? A ver si lo terminas de una vez, que está durando más que la Sagrada Familia.

Sergio no le ríe la broma.

—Pues bueno. Que venía otra vez por lo del olor, Sergio. Que a ver si haces algo con eso, que aquí ya no se puede salir a comer a la fresca de la peste que hace.

—¿Otra vez con la misma cantinela? Ya lo hemos hablado, Julián. A veces huele mal, sí, pero ni es siempre ni es tan fuerte como decís, que sois unos putos exagerados. Además, aunque no queda claro que sea culpa de mi pozo, como ya os comenté a Felipe y a ti la última vez que me pegasteis la paliza con el tema, he hablado con una empresa y en cuanto me pasen presupuesto encargo que venga la cuba a vaciar la fosa.

—Ni cantinela ni leches, que de unos meses a esta parte aquí no se puede ni respirar, Sergio, hostia, que sabes muy bien que viene de tu parcela. Que esto huele peor que un vertedero, coño.

A Sergio se le muda el gesto medio amable que tenía y, puerta metálica de por medio, se acerca hasta casi introducir la calva por entre los barrotes.

—A tu casa, Julián, que tengo trabajo.

—Sí, ya me voy, tranquilo. Solo una cosa más. Que sepas que el resto de los vecinos hemos contactado con el Ayuntamiento y con la Conselleria de Medio Ambiente y nos han dicho que un día de estos van a venir a hacer una inspección. Te aviso para que estés preparado.

—¿Qué coño dices? ¿Cómo que una inspección en mi casa? —exclama Sergio con el rostro desencajado.

—No queremos líos, pero es lo que hay. Ya hace un montón de tiempo que os lo estamos diciendo y no haces ni puñetero caso, así que...

Sergio coge con las dos manos el pico y aprieta los puños sobre el mango. Julián quizá interpreta mal el gesto. La puerta de por medio y la tensión y el miedo rebosando cada uno a un lado de la cancela.

—¿Cuándo? —pregunta realmente preocupado.

—No sé. Eso no lo han concretado. Pero ayer le dijeron a Felipe que será en breve. La semana que viene, quizá. Antes de que pase el verano seguro.

Julián comienza a andar camino abajo pero sin dejar de mirar la puerta de la finca, donde Sergio está parado pico en mano. Sultán, sentado sobre sus cuartos traseros a tres o cuatro metros por detrás de su amo, al ver alejarse al vecino se levanta y comienza a seguirle por el otro lado de la verja, ladrando de nuevo como si le quemaran las tripas.

El día ya no transcurre sereno. El calor aumenta y el hedor va y viene, a veces con intensidad y otras veces sin apenas notarse.

A Julián le ha costado volver a lo suyo. Se muestra intranquilo. Quería plantar unas semillas, pero lo ha dejado para otro momento. Quería cortar unas ramas molestas, pero lo ha dejado para otro momento. Quería echarle el cloro a la piscina, pero lo ha dejado para otro momento. Ha preparado algo de comer para él y para Azucena, que estaba tranquila y más presente de lo que últimamente es normal, y han comido en la mesa de debajo de la morera, en compañía de los gatos y el perrete, al que aún no se le ha ido el susto. Un tazón de gazpacho con hortalizas del huerto y un par de pechugas de pollo a la plancha.

Mientras comía, a Julián le ha dado igual la peste. Quizá ni la ha notado. Lo que no ha hecho es quitar la vista del camino durante toda la mañana y no se ha tumbado en el sofá a echar la siesta hasta que por fin ha visto bajar el vehículo del vecino. Cuando el coche ha pasado justo ante la puerta de Villa Azucena, Sergio y Julián han cruzado un segundo las miradas.

otra vez la chica del juzgado

También los lunes, también en agosto. Sobre este edificio siempre sobrevuela un ánimo aséptico y administrativo que acalla el drama. Lo enmascara y lo subyuga. En el interior de este sólido bloque de hormigón y de cristal, los dramas individuales se silencian, no cuentan. Las historias personales que acompañan a los sujetos que asisten y participan como víctimas o como verdugos se convierten, por arte de un gélido y aritmético conjuro, en siglas, en cifras, en latinajos. En expedientes. La virtud del sistema radica precisamente en el alejamiento. En la frialdad. El proceso se mantiene engrasado gracias a que se distancia del individuo. Si no fuera así, ardería.

La Diligencia sobre el llanto.

La Providencia sobre el miedo.

El Auto sobre el daño.

La Sentencia.

Paredes de cara vista en tonos blancos, cristaleras y un enorme jardín, con arbustos sin gracia, sin colores y con mástiles para cuatro banderas. Un hall amplísimo, de techos altos, con gruesas columnas de hormigón, decorados de madera veteada de color haya, paneles informativos y rótulos en dos lenguas. Aire acondicionado. Muy pocos trabajadores y aún menos usuarios. Porque es agosto. Dos guardias civiles, medio jubilados, atienden el arco de seguridad sin otra ocupación que ir saludando a los pocos funcionarios que a estas alturas de verano van a trabajar.

Porque es agosto.

Al juzgado de Rubén le toca guardia. De miércoles a miércoles, y hoy ya es lunes. Ya ha pasado el fin de semana, que estuvo tranquilo, para lo ajetreado que suele ser un fin de semana de

guardia. Porque en verano se delinque menos, o te pillan menos si lo haces, y por ello el trabajo mengua y las estadísticas criminales se reducen, salvo por alguna alcoholemia y por los que le pegan a su mujer, que estos cada vez son más y tampoco descansan en vacaciones. Sino todo lo contrario. Anoche, por ejemplo, detuvieron a tres tipos que agredieron a sus respectivas parejas. Cada uno a su manera, con su estilo, pero los tres con el mismo ánimo. A dos de ellos los detuvo la Guardia Civil en dos localidades distintas del partido judicial. Al otro lo arrestó la Policía Nacional.

Jueza, letrada, dos oficiales y un auxiliar. Cinco funcionarios para ir atendiendo el trabajo que vaya surgiendo a lo largo de la jornada. De momento: los tres detenidos por violencia machista, un par de individuos más retenidos por sencillas requisitorias y el inoportuno levantamiento del cadáver de un anciano que vivía solo y que ha aparecido muerto en la cocina de su casa, y al que sus hijos han tardado una semana en echar de menos y denunciar su ausencia.

La jornada no dará para mucho más.

Eco de pisadas. Nadie transita por los amplios pasillos —de techos altos—, nadie utiliza apenas los ascensores. Contando a los detenidos y a los guardias del calabozo, contando a algún que otro funcionario que guardó las vacaciones para septiembre, no llegarán a las cincuenta personas en todo el edificio de los juzgados de Castellón.

Se está fresquito.

Rubén, sentado a parte del resto de compañeros, atiende las llamadas, hace fotocopias y les facilita los atestados a los abogados que acuden a asistir a los detenidos. Esa es su ocupación. Ni redacta resoluciones ni toma declaraciones. Hace mandados y fotocopias, básicamente.

—El mío es el que ha traído la Policía Nacional.

—Aquí tienes. —Le entrega un puñado de folios grapados—. Él tiene pinta de vago y de chulito. Un artista, es cierto. Pero ya te digo yo que la mujer es una exagerada, que tampoco parece que haya sido para tanto.

Rubén sonríe con complicidad, para que la abogada de guardia, que es jovencita, le ría la gracia. Y la abogada lo hace, mostrándole una mueca simpática y condescendiente que no busca otra cosa que la cordialidad con el austero sistema pero que hace creer a Rubén que ha estado gracioso. Que es gracioso.

Aurora lleva la tramitación de las diligencias de otro de los detenidos. Se le tomará declaración y luego, en función de lo que proponga el fiscal, se decidirá su puesta en libertad o su prisión provisional.

A Aurora hoy le sienta bien el corte de pelo que se ha hecho, pues le agranda un poco más el arco de sus gafas de azafata. A Aurora también le queda bien la falda floreada que se ha puesto, que combinada con las sandalias anudadas a sus tobillos le da un aire divertido, veraniego y frívolo. Aunque no esté muy morena.

Aurora parece contenta, porque al parecer el sábado por la noche se lo pasó bien con un amigo.

—Pero ¿no me jodas que te has hecho noviete por fin? —le pregunta riéndose uno de sus compañeros.

—¡Bah! Mira que eres bobo, Juanca.

Y los tres compañeros se ríen y siguen contándose que ese mismo sábado uno estuvo de concierto; que el otro ha pasado el fin de semana entero con los críos y su mujer en la alquería de los suegros; que Aurora salió con amigas y que luego, en fin, las perdió de vista. «Pero, vamos, que no me volví sola». Y se ríen mucho, y se amenizan el rato. Mientras, Rubén, que oculta su curiosidad simulando que trabaja desde su mesa, algo más alejada, lo escucha todo impotente, rabioso y sin poder participar porque nadie lo mira ni le pregunta, porque a ninguno de sus compañeros se le ocurriría invitarlo a una conversación distendida como la que han entablado.

Al primer detenido por violencia de género lo ponen en libertad porque la víctima se niega a ratificar la denuncia. Que confía en que no lo volverá a hacer, dice. Que ella también tuvo parte de culpa, admite. Que no quiere medidas de protección, asegura. Los abogados de ambas partes se dan la mano y el fiscal tampoco hace mucho más.

—¿Qué tal el finde?

—Pues ya ves. De guardia tampoco es que una pueda hacer mucha cosa.

—Ya, mujer. Pero ayer domingo libraste. Seguro que el sábado saliste por ahí de fiesta.

—Un rato. Poca cosa. No te creas.

Aurora, que se ha encontrado a Rubén junto a la impresora, después de quitárselo educadamente de encima vuelve a su mesa para tratar de acabar cuanto antes con el papeleo del segundo de los detenidos, un chaval de poco más de veinte años que montó un escándalo en plena calle, a grito pelado, con ademanes chulescos, y que acabó dándole dos tortazos a su novia y tirándola al suelo, en medio de una nube de polvo caluroso, de testigos impassibles y de insultos. La chica tiene cuatro puntos en la ceja, por la caída, y el labio partido. Por una de las hostias.

«Por puta, que eres una puta y una guarra». «Que mira cómo vistes», apuntan los testigos que repetía constantemente.

Aurora se acerca con otro de sus compañeros a la máquina del café. Se piden dos capuchinos. Uno de los guardias que están de plantón en la puerta los saluda mientras hace una pequeña ronda por toda la planta baja. Cada hora el guardia recorre los pasillos a paso lento, relajado, pensando en sus cosas: en la jubilación, en el último escándalo de corrupción de los políticos a los que votó, en su hija, que trabaja de ingeniera en una multinacional de las telecomunicaciones; y de vez en cuando abre alguna de las puertas que dan a las salas de los juicios, echando un vistazo en el interior, para ver si está todo en orden o para cerrar alguna ventana que por descuido se hubiera quedado abierta. Al guardia le gusta pasear por los pasillos vacíos de un edificio tan grande. Le gusta escuchar sus propios pasos, carraspear adrede para oír el eco de sus falsas expectoraciones.

—¿Mucho trabajo hoy?

—Regular.

Sentados en unas sillas que quedan enfrente del mostrador del juzgado de guardia, están los padres de la chica agredida. Una pareja de apenas cuarenta años. A la chica la tienen acogida en la

Oficina de Atención a la Víctima, donde un día de verano como hoy, sin apenas trabajo, una asistente la asesora, la calma, le da una botella de agua y le hace compañía. Los padres llaman constantemente por teléfono, se quejan por la espera, alzan la voz, impacientes, y el guardia civil les acaba llamando la atención con mucho respeto, como si solo fuera un señor mayor dirigiéndose a alguien algo más joven.

—Es que llevamos aquí desde las ocho y media de la mañana y nadie nos ha dicho aún si van a meter al hijo de puta ese en la cárcel o si se va a ir de rositas.

—Lo sé. Lo sé. Pero un poquito de paciencia.

Aurora, que los ve muy nerviosos, también sale a hablar con ellos. Le pone la mano en el hombro a la mujer y los mira en todo momento a la cara.

—Entiendan que hay una sola jueza para todo. Además, ahora ha tenido que salir al levantamiento de un cadáver. Pero no se preocupen —mira el reloj del móvil—, que en un par de horas habremos terminado.

La mujer rompe a llorar al oír lo del muerto.

Los padres del detenido no se han presentado.

Rubén, que tiene la escena enfrente del mostrador ante el que está sentado, no deja de mirar a Aurora hablar con los padres de la chica. No admira su empatía ni su talante. Únicamente se fija en que su falda es un poco más corta que las habituales, apuesta a que incluso se ha maquillado un poco más que de costumbre, y le descubre un pequeño moratón en la pantorrilla derecha. Hoy Aurora le gusta más que de costumbre. Hoy, que se imagina que tuvo sexo el fin de semana, esa puta mosquita muerta de Aurora le atrae más que de costumbre.

Esa puta mosquita muerta.

Son casi la una y cuarto, y doce, para ser exactos. La jueza ya ha vuelto y lo tienen todo encauzado.

Al segundo de los agresores también lo han puesto en libertad, porque tiene domicilio conocido y porque tiene trabajo. Han fijado una orden de alejamiento de quinientos metros que se prolongará hasta que se celebre el juicio rápido, que se espera que no tarde

demasiado. Pero ya veremos. Los padres de la chica salen indignados. El padre de la chica le ha dicho al viejo guardia civil que va a esperar a ese hijo de puta a la vuelta de una esquina y se va a encargar de que no vuelva a ponerle la mano encima a su hija. El guardia, comprensivo y condescendiente, le ha dicho que no haga tonterías.

Solo queda por lidiar con un detenido.

Solo queda con lidiar con un abogado de guardia.

Aurora dice que va un momento al baño y Rubén, que lo escucha, les dice a Juanca y a Enrique que sube al juzgado a devolver unos expedientes que se ha bajado esta mañana para adelantar. Que serán solo diez minutos. Que atiendan ellos el teléfono si suena.

Ninguno de los dos le hace mucho caso.

Aurora toma el pasillo de la izquierda y Rubén se va por el de la derecha camino de los ascensores. El edificio, al pasar ya con creces el mediodía, más vacío si cabe. Entra en el ascensor. Su juzgado está en el tercer piso, pero él marca el primero. Cuando llega al primer piso, sale corriendo del ascensor y cruza todo el pasillo, todo el ancho del edificio, hasta alcanzar las escaleras que quedan justo al lado de los baños en los que sabe que ha entrado Aurora. Las baja a la carrera. Casi a saltos. Peldaños de dos en dos. El pulso acelerado como cuando persigue por el monte a una puerca acosándola al rececho. Con sigilo abre la puerta del pasillo que da acceso a los baños. El de las mujeres a la izquierda, el de los hombres a la derecha. Acerca el oído a la puerta correspondiente, oscultando. Oye ruido, señal de que Aurora sigue dentro, con lo que se felicita por lo que tardan en mear las mujeres. Abre de nuevo con mucho cuidado y entra en el lavabo. Espejo grande, lavabo de dos senos y un secamanos. A la derecha, la puerta del cubículo donde está el retrete.

Unos segundos más tarde, quizá medio minuto aún más tarde, Aurora tira de la cadena y, como se cree sola, sale acomodándose la ropa, bajándose la falda y enseñando las bragas. En ese momento, y de forma totalmente inesperada, alza la cabeza y, a menos de un metro de distancia, se encuentra con el enorme

cuerpo de Rubén, que parece acabar de lavarse las manos. Se asusta. Se le escapa un gritito. En absoluto se esperaba la presencia de nadie, y menos de un hombre, y menos de Rubén. El corazón casi le da un vuelco. Levanta las manos para sostenerse el pecho y, al soltarla, se le baja la falda.

Rubén la mira con un feo deseo. Parece sudar. La mira sin burla, más bien con ira y con descrédito. Le caen gotitas por la sien. La mira como si, habiéndole prometido algo, ella se lo hubiese dado a otro.

La sonrisa sardónica.

Las manos mojadas.

La bragueta abierta y manchada con goterones.

—¿Así que este sábado pasado follaste, Aurora?

el perro, los gatos y las gallinas

Hasta hace un rato la noche dormía tranquila. La noche acunaba sus propios sueños y también los sueños del monte, que a saber con qué sueña el monte. Igual sueña con trasgos, con gnomos, con hadas y bestias, o con gente que se pierde entre su espesura y jamás encuentra el camino de vuelta. Quién sabe. O quizá sueña con lluvias fuertes pero benignas. Quizá sueña con frío, y por eso se abrazan la noche y el monte cuando duermen juntos.

Hasta hace un rato. Porque desde un rato a esta parte la noche y el monte han despertado abruptamente por culpa de un conjuro de gruñidos, ladridos y alaridos que nadie, salvo la noche con sus nubes y estrellas, y el propio monte con sus lomas y colinas, sus valles y sus picos y todo lo que en ellos anida, parece que ha oído. Tan escandaloso ha sido el episodio que de forma abrupta han despertado las rapaces, las ardillas, los conejos y las piaras de puercos. Se han despertado las lagartijas, las culebras bastardas y los coloridos ocelados. Se han despertado la jara, el romero y el lentisco; los algarrobos, las encinas y las piñas de los pinos.

Porque, sin venir a cuento, sin una provocación o una circunstancia propicia, sin otro motivo que la aparente falta de motivos, impulsado en todo caso por la animal ausencia de raciocinio, por el instinto y por la propia víscera, cuando tan solo pasaban unos dos o tres minutos de las tres de esta madrugada salpimentada de mil estrellas, Sultán, que de normal cada noche duerme, se desvela, le gruñe a algún topillo, come, duerme, pasea un poco y vigila la propiedad como si fuese suya —que lo es—, hoy ha hecho lo que nunca antes hasta ahora había hecho. Aburrido,

quizá, vete a saber si olisqueando cualquier rastro, se ha puesto a pasear por el perímetro de la finca y ha acabado encontrando un oportuno desgarrón en la valla metálica, a la altura del linde que la parcela tiene con el barranco, y, entonces, ha retorcido debidamente su musculoso y apolíneo cuerpo para adaptarlo al agujero y, una vez superado el obstáculo de la celosía de alambre, ha accedido al camino. Y se entiende que lo ha hecho por ociosidad, o por pura curiosidad. O simplemente por la única razón de que, pudiéndolo hacer, tenía que hacerlo.

A este lado de la valla, el perro, que sin duda se parece a su dueño en mal carácter y brutalidad, se siente sin embargo extraño como un preso que escapa sin querer escapar, como alguien que huye sin querer marcharse de ningún sitio. Así que duda si volver a entrar al confort de su confinamiento, del roce enrobinado de su cadena, de su rústica caseta de obra, de su viejo y sucio cojín y de su costroso comedero. Parado en mitad del camino, mueve inquieto el rabo, mira en todas las direcciones, solloza como un perro chico algo extraviado, hasta que, movido por la innata curiosidad que impulsa a los seres primarios, se rinde al impetuoso latido de lo incierto y comienza a andar tímidamente cuesta abajo —vete a saber si con la sensación de que algo indebido está haciendo— por un camino que en su memoria de perro peligroso no recuerda haber transitado nunca solo. Ni tampoco suelto.

La noche duerme aún. Quizá algún pequeño roedor se ha despertado con el ruido metálico del cuerpo del rabioso chucho reptando bajo la valla, pero ya habrá vuelto a conciliar el sueño placentero y natural de los seres que no razonan.

La noche es tan silenciosa como debe. Una lechuza ulula, eso sí, allá a lo lejos, y por el valle quizá llegue también la lejana reverberación de algún ladrido suelto. Nada más. No se oye ni una hoja. Ni las pezuñas almohadilladas de Sultán producen el menor ruido al trotar camino abajo, un perro cuyo lomo, de pelo hirsuto y corto, de un color negro zaíno, destella algún que otro brillo bajo la luz de las estrellas. Que son mil.

La noche duerme aún. Quizá alguno de los dos gatos de la masía más cercana a la finca, el blanco roto o el atigrado, haya abierto un ojo durante un segundo creyendo haber oído una piedrecita rodar camino abajo, o un inesperado croar de alguna rana, o porque ha creído notar alguna mínima perturbación en su sentido felino; pero después habrá destensado el cartílago de sus orejas y habrá vuelto a esconder su cabecita entre las patas.

Al llegar a la puerta de la verja que circunda Villa Azucena, Sultán se detiene porque ha captado nuevos y desconocidos aromas. Seductores, sin duda. El colérico perro se tensa, *nerviosea* agitando el rabo puntiagudo. Agacha el hocico y olfatea, aquí y allá, tratando de identificar qué son, a qué corresponden y de dónde vienen esas nuevas fragancias. Nota un impulso químico irrefrenable en su bulbo raquídeo, algo que afecta a su propia esencia de animal diseñado a base de cientos de cruces consanguíneos para saber matar. Detecta olor a presencia humana, a diversión, a conflicto, a alimento. Detecta latidos de vida animal extraña, innoble e inmerecida. Así que recorre la valla por la izquierda y por la derecha intentando encontrar otro hueco por el que introducirse y no lo encuentra. Se alza sobre sus patas traseras y se encarama queriéndola saltar. Demasiado alta. Se altera. Se impacienta. Los ojos sanguinos. Hasta que, a seis o siete metros de la cancela, apoyada en un tramo de la cerca, ve una carretilla de obra. Le suena el objeto porque en la finca hay un par como ese. Corre, se sube en el cajón y desde él se impulsa para saltar al otro lado. Tiene una caída difícil y mala y se da un buen revolcón, que lo único que provoca es que sus ánimos se incendien y sus instintos se tornen aún más criminales.

La noche ya no duerme. El ruido que ha provocado la caída del asaltante en el interior de la parcela ha despertado definitivamente a los dos gatos y al resto de animales que aquí habitan. El atigrado ha pegado un respingo y se ha erizado por entero. El de color blanco sucio, más joven e inexperto, también se ha puesto rígido, aunque ni sabe qué pasa ni por supuesto sospecha qué es lo que le espera. Notan peligro, eso sí. Todos sus

sentidos conectados, toda su desconfianza felina activada. Los dos sacan las uñas y arquean sus cuerpos adoptando una posición defensiva contra un atacante que de momento es invisible. Temblores. Uno mira hacia su derecha y el otro le cubre la espalda. Es en ese momento cuando una sombra inmensa se les viene encima desde la más oscura nada, cayendo sobre el gato blanco, que es sin duda la presa más débil. Porque la debilidad se huele. El agresor emite un gruñido y el atacado responde con un bufido. El agresor da una dentellada en el lomo trasero, y el agredido se defiende con tres o cuatro zarpazos, que apenas provocan en el atacante superficiales laceraciones en la mejilla y en el torso. El perro ha caído como una exhalación y ahora sujeta a su menudo contrincante con sus patas delanteras, mientras vuelve a atizarle un mordisco, este mucho más meditado y preciso, que acaba desgarrándole el cuello y le provoca un inmediato manantial de sangre.

Un gato que ya ha empezado a dejar de ser blanco.

Un gato que ya ha empezado a dejar de ser gato.

El gato atigrado, en lugar de huir, se ha subido al lomo de Sultán y clava en su duro pellejo las garras en toda la extensión que le dan las uñas. Ataca para defenderse a él y también para vengar a su joven compañero, al que le une el inquebrantable vínculo que nace de tener la misma madre y de no haber conocido a ninguno de sus posibles padres. El perro nota el dolor de la acometida, se queja y se revuelve, pero sin llegar a soltar del todo al gato blanco, a pesar de que tras el segundo mordisco al minino se le ha abierto una traqueotomía por donde se le atisba el conducto del esófago y se está desangrando del todo.

La noche por supuesto que no duerme. A estas alturas de la madrugada, todos los animales del monte se han despertado ya y los más cercanos a la escena de la matanza que acaba de iniciarse, algún conejillo y algún que otro roedor, o han salido corriendo despavoridos por lo que pueda pasar, o se han acurrucado aún más en el fondo de sus respectivos nidos o madrigueras.

El choque entre el gato atigrado y el perro del diablo continúa medio minuto más. El felino, iracundo y salvaje, ha conseguido desgarrarle a Sultán de un zarpazo medio hocico, con lo que parte del belfo izquierdo, unos dos centímetros de carne, lo lleva colgando. Se queja y gime, el puto pitbull, pero el exceso de energía que le embarga puede con el dolor y puede con todo. Así que se lanza sobre su presa con inquina lobuna y, después de un par de intentos baldíos, acaba imponiendo la lógica de su peso y de su fuerza y consigue al fin hincarle los colmillos en el cuello hasta degollarlo. Y no se ha quedado ahí el ensañamiento porque mientras el pobre gato atigrado, ya en las últimas, ha seguido coleando, Sultán no ha dejado de apretar sus mandíbulas, como cepos y tenazas, con lo que en seis o siete segundos más le ha aplastado parte del cráneo, haciendo que al gato le salte la órbita de un ojo antes de exhalar.

Mientras tanto, en la parte trasera de Villa Azucena, la que da al cenador y a los huertos y a la pequeña caseta de aperos, se produce un gran revuelo. Las gallinas y el gallo se han puesto a cacarear y a alborotarse. Esperándose lo peor de un mal que intuyen pero que desconocen, se mueven inquietas en el gallinero, apelotonándose entre ellas, unas encima de las otras, sin dejar de mover frenéticamente las alas y provocando un pequeño torbellino de tierra, polvo, granos de pienso y excrementos.

A Sultán no le hace falta pausa ni descanso, después de ese primer y satisfactorio asalto. Su corazón sigue bombeando a un ritmo frenético. Sus propias heridas, el olor de su propia sangre, parece que le motivan aún más para continuar haciendo aquello para lo que nació y para lo que tanto tiempo ha estado esperando. Así que, a un trote ligero, continúa recorriendo Villa Azucena movido por la escandalera aviar de tanto aleteo.

A su espalda ha dejado una verdadera escabechina.

Apenas seis minutos más tarde, de las cinco gallinas encerradas en el gallinero solo ha conseguido escapar una de las tres andaluzas; las dos alicantinas y las otras dos ponedoras, ahora parecen todas la misma Ana Bolena. En cuanto al gallo catalán, que por no prestar batalla ha sido el primero en morir a

dentelladas, ya no parece más que un odre abierto, vacío y emplumado.

La noche se ha vuelto a dormir. Quizá con un ojo medio abierto, quizá aletargados aunque no del todo, porque la prudencia es más animal que humana, los animales del monte se han vuelto a dormir. Los árboles también han dejado de agitarse y las plantas aromáticas vuelven a desprender sus efluvios como si no hubiera pasado nada.

Las estrellas siguen luciendo muy hermosas.

Van a dar las tres y media. Sultán, más satisfecho que dolorido y fatigado, pero con la respiración todavía muy agitada, ha conseguido salir de Villa Azucena y vuelve ahora a la finca por el camino ascendente y pedregoso. Camina al trantrán, disfrutando de una calma sobrevenida. Aunque apenas lo nota, por la excitación que genera provocar tanta muerte, lleva la parte izquierda del labio colgando y el hocico, el pecho y los costados con más arañazos que rayas tiene una cebra. Cuando amanezca y su dueño quiera jugar con él, a ver cómo se encuentra.

Hay plumas por todas partes. Una ligerísima brisa nocturna las está haciendo volar y ahora hay plumas por todas partes.

Y sangre.

También hay mucha sangre.

la vecina madura y rubén

Cuando pasen los días, Magda recordará la tarde de ayer como una de las mejores de los últimos años. O meses. O semanas. Porque cuando más envejeces, más corta es la vara que tienes para medir las cosas hermosas, pues aceptas que utilizar como parangón de un episodio presente cualquier recuerdo amable de tiempos lejanos, ni es justo ni tampoco es mentalmente sano. Pues ya no eres aquella persona que fuiste y tu forma de sentir ha cambiado. Porque cuando uno alcanza la madurez, todo ha de empezar a contarse desde el último enganchón de salud o desde el último desengaño.

Pero la recordará bonita porque fue bonita, ya que Sergio estuvo con ella desde la hora de comer hasta casi la hora de la cena, toda una tarde en ropa de casa, descalzos sobre el parqué o el césped del pequeño jardín, compartiendo sofá, mesa y cama con la domesticidad de una familia, y no de dos amantes furtivos y ocasionales.

Anoche le dijo a Rubén que hoy saldría pronto de casa. Que tenía que ir a Castellón a hacer unas gestiones, que volvería para pasar por la cooperativa y comprar material de obra y que luego lo llevaría a la finca. Que trabajaría allí, que comería allí, que trabajaría un poco más y que ya volvería para cenar.

—¿Y los de la inmobiliaria han fijado ya la fecha?

—No sé qué día de la primera semana de septiembre.

—Pero si eso es casi la semana que viene, ¡hostia! ¿A qué esperabas para decírmelo?

—A que te murieses, idiota.

Discutieron, anoche, y cuando esta mañana Sergio ha salido de casa para irse a Castellón como había anunciado, Rubén aún seguía en la cama aprovechando que está de vacaciones.

Anoche, antes de los gritos, también hablaron de algo que le ha pasado a Rubén en el juzgado. Sin que él le prestara mucho caso, su hermano pequeño le contó no sé qué acerca de que una compañera lo había denunciado en el Decanato y también en la Inspección de Trabajo.

—¿Por vago?

—Que te jodan. Me ha denunciado porque es una puta loca. Que si la intimido, o la acoso, o no sé qué otras hostias ha ido por ahí contando. Una puta loca y una blanda. Eso es lo que es, la pájara.

Luego discutieron por lo de la firma de la compraventa de la casa del pueblo, comenzaron los gritos y las miradas de desprecio, y más tarde cada uno se metió en su habitación dando sendos portazos. Uno a ver vídeos de impactantes accidentes automovilísticos, el otro a navegar por un foro en el que se insulta a las mujeres y también se pone en duda o se niega casi todo.

Esta mañana, Sergio ha ido a la ciudad, luego ha pasado también por la cooperativa a comprar el material, pero al final no ha subido a la finca. Y ya hace dos días que no sube. Cuando iba a hacerlo, a eso de las doce y diez del mediodía, después de comprar un saco de cemento, una garrafa de cloro y unos flejes de rasillas, se ha encontrado con Magda en el pueblo, se han sonreído haciéndose los encontradizos, han hablado en medio de la calle como si fueran simples amigos y, con mucha timidez y en voz baja, Magda le ha invitado a que fuera a comer a su casa.

—He comprado una dorada muy rica.

Sergio ha pensado un poco en el perro, en si tendría suficiente comida, porque muchas de las veces le hace pasar hambre para mantenerlo bravo, y, sin que Magda lo esperase, le ha dicho que bien, que sí, que le parecía muy buena idea, que se fuera para casa y que en veinte o treinta minutos, después de pasarse por el bar de un amigo a hablar de unas cosas, iría él. Que lo esperara.

Así que se ha pasado por el bar de Juanma para comentarle que la noche de este sábado, o bien cualquier día de la próxima semana, tiene intención de volver a salir a cazar un puerco, o dos, que si le interesaba al precio que quedaron el mes pasado, y Juanma, después de hacerse un poco el ofendido, le ha dicho que sí, que le interesaba.

—Pues ponme una cerveza bien fría, que vengo acalorado.

Se la ha bebido de un par de tragos, frente a la barra, y, sin pedirlo, Juanma le ha puesto otro tercio y Sergio le ha dejado un billete de cinco euros.

—A la segunda invita la casa.

—OK.

Son las doce y veintitrés de un jueves de la última semana de agosto. Es pronto para dar comidas. Pocos clientes, salvo un par de mesas de turistas tardíos en la terraza. Juanma mira la tele mientras coloca la vajilla y Sergio mira la tele mientras apura esa segunda cerveza a la que le han invitado, antes de ir a comer con Magda.

La camarera dominicana ya no camina ni sirve tan deprisa como lo hacía el mes pasado.

—¡Hostia! Otra más.

—¿Otra más de qué?

—De desaparecidas.

—Ni idea de lo que hablas.

—Mira la tele, coño. Están diciendo —y señala con el dedo el televisor— que la semana pasada desapareció otra chavala en un pueblecito de Alicante. Una veinteañera.

—¿Por qué dices «otra»?

—¿No te acuerdas de que en la comida del mes pasado hablamos de lo de aquella puta extranjera que se desintegró en un pueblo de Tarragona? No la han encontrado. Ni rastro.

—Menuda noticia. En algún sitio he leído que en España desaparecen más de cincuenta personas al día.

Micrófono en mano, una reportera recorre las calles de un pueblo sencillo, de sol vertical y de casas encaladas, y entrevista a unas jóvenes que no dejan de llorar frente a la cámara. «Estuvo

con nosotras», dicen desconsoladas. «La echamos de menos», dicen, y se abrazan. Habla también el alcalde del pueblecito, que se muestra desolado porque la desaparición ha empañado las fiestas patronales, y habla también un portavoz de la Guardia Civil, que pide confianza en los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad.

—Y hablando de la comida con los chicos, este mes aún no hemos quedado.

—Desde lo de la movida de las putas en Torrenegra, Jesús y Dani no quieren saber nada de ti. Y con razón. Dales tiempo.

Sergio pega otro trago y luego agarra el botellín como si quisiera estrangularlo.

—En cualquier caso, también te digo que estoy hasta los cojones.

—¿Ahora de qué hablas?

—De que me cago en la puta televisión y en los putos periodistas. En invierno solo nos joden con la política. Que si el mierda de Perro Sánchez, que si el idiota del gallego, que si rusos y judíos. Y luego llega el verano y, para rellenar, en la tele solo hablan de pateras de moros que llegan a Canarias, de asesinatos en pueblos desconocidos, de putos ingleses tirándose desde los balcones de los hoteles y de mierdas de esas. Todo son chorradas o noticias de este tipo.

—Eso es verdad.

Sergio continúa bebiendo. Parece tan calmado como siempre, ajeno e impasible. A pesar de todo. Mira atentamente el tercio de cerveza, ya prácticamente vacío, y luego le hace un gesto mudo y displicente a una de las camareras para que le sirva otro.

—Están muertas.

—¿Cómo dices? —le pregunta Juanma, atento aún a las noticias.

—Lo de la puta del mes pasado, cosa de la mafia rumana o rusa. Fijo. Y qué te juegas que a la cría esta la ha violado y luego la ha matado algún marroquí, que por esas tierras de Alicante, Murcia y Almería, por lo de los invernaderos, hay un montón.

—Una puta invasión.

—Me voy a *la finca* —miente.

Una cerveza más tarde, Sergio ha cogido el coche y, en lugar de echar hacia la montaña, como le ha dicho a Juanma, se ha ido a casa de Magda. Ha entrado por la puerta de la urbanización más alejada a su bungaló, y ha aparcado el SUV lo más discretamente que ha podido.

por lo que veo te apetece
me apetece
ya, pero, y la finca,
hace dos días que no subes
todo estará bien

Cuando Magda le ha abierto la puerta, con su delantal de cocina y recién maquillada, Sergio ha estado a punto de sonreír feliz, pero no lo ha hecho. Ha recorrido los siete metros de jardín a paso tranquilo, acompañado del gato de Magda, que parece que lo conoce y lo acepta, y al cruzarse con la mujer bajo el dintel solo le ha rozado la mano.

—Huele bien —ha dicho.

Sergio ha estado simpático, poco hablador pero cortés y amistoso. Las cervezas que se ha bebido parece que lo han vuelto chisposo y le han soltado un poco la lengua. En cualquier caso, Magda ha ido con pies de plomo para no cometer la mínima torpeza y que no se torciese la cosa. Que lo conoce.

—¿Quieres ir poniendo la mesa mientras yo termino de cocinar?

—Si me sirves una cerveza.

Y Magda ha sonreído emocionada y le ha dicho que la cogiera él mismo de la nevera, que había muchas y que todas eran para él.

—También he comprado vino blanco para el pescado, por si te apetece.

La dorada a la sal estaba buenísima. Magda apenas ha comido un poco, no es de mucho comer, pero Sergio se ha zampado un par de platos y hasta se ha relamido los dedos.

—Serás guarro —ha bromeado Magda, sin acabar de conseguir que Sergio se riese.

Luego han comido helado de postre y ella le ha servido café y un chupito de licor.

No han hablado demasiado, pero han hablado bien. Sergio le ha contado que están a punto de vender una casa que tienen en el pueblo. «La de la plaza de detrás de la iglesia», le ha dicho, «esa de dos plantas que está entre dos bares». Y ella ha sabido cuál era y le ha felicitado por el negocio. «Es muy bonita. Seguro que te dan mucho dinero». Y él ha torcido un poco el morro, de manera evidente, y ella ha dejado de hablar del tema. Sergio también le ha hablado un poco de la finca. «Está en el término de Cabañas, no sé si conoces esa partida que está donde la Fuente Cortada, que le llaman».

Y Magda ha dicho que no, que no la conocía, pero que le gustaría conocerla.

Sergio no le ha preguntado nada a Magda, ni por cómo ha ido su día ni por su familia. Por nada. Le ha sonreído varias veces, ha apoyado la mano en el muslo de ella mientras estaban en el sofá y se le ha escapado un «bonita» mientras la veía cocinar. Pero nada más.

Después de ver un rato la tele, a los dos les ha entrado una ligera modorra.

—¿Quieres que vayamos a la cama a echar la siesta?

Pero Sergio ni ha contestado, ni parece haber captado las segundas intenciones que llevaba la pregunta, con lo que, más o menos acurrucados, ambos han compartido sofá y han pegado una cabezadita, hasta que Magda lo ha dejado durmiendo y ha vuelto a la cocina para recoger y limpiarlo todo.

Una hora más tarde, Sergio se ha ofrecido a cortar el césped del pequeño jardín. Y no solo eso. También le ha arreglado el grifo del fregadero, que no cerraba bien y perdía un poco de agua, y una persiana del dormitorio, que al bajar lo hacía torcida. Luego ha entrado en el garaje del bungaló a ver cómo lo tenía. «Lo tienes muy ordenado», le ha dicho. Y ella solo se ha encogido de hombros.

Magda no tiene un arcón frigorífico en el garaje. No tendría ningún sentido. Por eso en casa de Magda se está tan bien y no se escucha ningún molesto zumbido.

Y luego se han echado en la cama y han follado durante una media hora.

Sergio no es el mejor amante que Magda ha tenido, pero ayer se esforzó mucho. La lamió, algo que no suele hacer nunca, se dejó lamer y también la besó mucho. Sudaron y se miraron a los ojos, ella con necesidad y él solo por instinto. En medio del éxtasis, ella le llamó amor en un par de ocasiones, pero él no abrió la boca más que para gemir levemente. Follaron hasta en tres posiciones distintas y luego se quedaron exhaustos bajo la silenciosa brisa del ventilador del techo.

Antes de marcharse de su casa, Sergio se bebió un vaso de horchata fresquita, acarició el lomo del gato de Magda y la besó a ella con algo de pasión. Luego abrió la puerta, cruzó el jardín y, cuando iba a abrir el portón de la valla, se detuvo al escuchar que Magda le llamaba.

—Espera, por favor.

Y Magda salió a la carrera y, sin llegar a abrazarlo, lo besó en los labios y le dio las gracias por la tarde que habían pasado.

—Gracias por esta tarde.

Cuando pasen los días, Magda recordará la mañana de hoy como una de las peores de las últimas semanas.

O meses. O años. Porque cuando más envejeces, más corta es la vara que tienes para relativizar las cosas malas, y el último traspié siempre te parece más feo y más grave que el anterior traspié sufrido, porque sabes que te queda menos tiempo para poder olvidarlo y menos fuerza para rehacerte. Pues ya no eres aquella persona que fuiste. Pues tu capacidad de sufrir ha mermado. Porque desde la madurez todo parece sumarse al último enganchón de salud o al último desengaño.

Pero la recordará infeliz porque ha sido infeliz, fea y sucia, pues sin ella saberlo lo que ha ocurrido hoy va a suponer el

principio del fin de lo que quiera haber tenido con Sergio hasta ayer por la tarde. Un Sergio al que —y esto ella tampoco lo sabe— no va a volver a ver.

A escasos minutos de las nueve y media de un viernes de la última semana de agosto.

Magda se ha despertado pronto, a las siete en punto le ha sonado el despertador, ha desayunado de manera frugal y se ha puesto un maillot azul celeste, un pantalón corto de color negro y unas zapatillas de deporte. Se ha puesto las gafas de sol y los auriculares, ha conectado la aplicación del móvil y ha salido a caminar como hace día sí y día no por la pasarela de madera que recorre tres o cuatro kilómetros de playa. El mar al lado bajo un sol primerizo y amable.

Escucha el último trabajo de Rosalía.

Ida y vuelta, unos seis kilómetros mal contados. Camina a buen ritmo, para romper a sudar, para sentirse bien y sentirse cansada, y tres cuartos de hora después está de regreso.

Al ir a entrar en su casa, ha escuchado a alguien que supuestamente se dirigía a ella.

—Oye.

—Sí. ¿Es a mí?

—¿Ves a alguien más por aquí?

A Magda no le ha gustado ni el tono ni la actitud del hombre con el que está hablando y que se va acercando desde la acera de enfrente montado en una bicicleta. Algo ve en él que no le gusta. Su altura, su aire desgarrado e infantil, su modo de mirarla.

—¿En qué te puedo ayudar?

—Tú a mí en nada.

—Mira. Lo siento pero tengo prisa.

Magda, que al inicio de esta inesperada conversación se ha quitado las gafas y los auriculares, que lleva el pelo recogido en una coleta y que está sudada, continúa con el gesto de meter la llave en la cerradura cuando el hombre de la bicicleta se ha acercado al bordillo hasta casi poder tocarla.

—¿No me conoces?

—Pues —duda— me sueñas pero no tengo el gusto. Pero ya te digo que no tengo tiempo de entretenerme. Lo siento.

—Soy el hermano de Sergio.

Magda se detiene intrigada, con cara de incredulidad.

—¿De Sergio?

—Sí, de Sergio, el tipo al que te estás follando porque eres una guarra.

—¿Cómo? Pero ¿tú de qué coño vas?

Rubén, sin bajarse de la bicicleta, estira el brazo y coge a Magda estrujándole la muñeca.

—Que sea la última vez que vuelves a ver a mi hermano, vieja payasa. ¿Me oyes? Si quieres que te follen te buscas a un tipo de tu edad, pero a mi hermano ni lo mires. ¿Entendido?

—Suéltame o llamo a la Policía.

—Llama a quien se te pase por ese coño arrugado tuyo, pero ya estás advertida. No vuelvas a ver ni a llamar a mi hermano. Lianta, que eres una puta lianta —dice Rubén, soltándole la muñeca pero cerrando el puño en señal de amenaza—. Y de esto, a mi hermano ni una palabra, o te reviento, mamona.

Y echa un escupitajo que cae a un par de centímetros escasos de la zapatilla derecha de la mujer.

Magda se queda temblando, sin saber muy bien qué hacer, si entrar en casa o si sentarse en el suelo para evitar caerse de la conmoción. Le flaquean las piernas y el pecho le bombea a toda velocidad. Se sujeta al pomo de la puerta. Apoya la espalda sudada en la pared y se deja caer deslizando hasta quedar sentada en el escalón. Como si se hubiera caído. La cabeza ladeada, como lela, y el cuerpo en escorzo. Como también tiene el ánimo. Hecha un guiñapo.

Y un segundo después se pone a llorar desconsolada.

Rubén se va riendo, sin volver la vista. No hace falta. Está satisfecho. Se va pedaleando tranquilo, despacio, al paso, haciendo zigzags y algún torpe intento de caballito, como haría cualquier niño.

la vieja casa del pueblo

Ahora ya no. Ahora apenas llueve y solo hace calor. Pero antes, en estos pueblos turísticos, el verano terminaba cuando, a finales de agosto o principio de septiembre, caían las primeras tormentas preotoñales y las familias se marchaban sin esperar a acabar siquiera sus vacaciones. Un día el cielo se teñía de gris y a media mañana se ponía a llover. Entonces las playas de Benianím se vaciaban para no volver a llenarse y los días posteriores veías a las chicas pasar del bañador a las mangas de chaqueta, del pantalón corto a la ropa de entretiempo. Y aunque te quedaran días de asueto, aunque las vacaciones escolares se alargaran un par de semanas más y los adultos no se incorporaran aún a sus rutinas y trabajos, asumías al instante que desde ese mismo momento todo se volvía menos frívolo y más grave y que el verano había terminado.

Por culpa del cielo.

Los hermanos llevan cuatro días sin dirigirse la palabra y no es por culpa del cielo. Por lo de la firma, supone Sergio, por lo de la vecina, no habla Rubén. Pero en ningún caso por culpa del cielo, al que los hermanos se la traen al paio. De todas formas, a ninguno de los dos tampoco les quebranta mucho el ánimo no dirigirle al otro la palabra. Sergio un poco más que Rubén, pero casi que los dos lo celebran.

un día tendrás que hacer algo
con él o al final él lo hará contigo no digas tonterías

Se ha duchado y se ha vestido menos informal que de costumbre. Vendedores y constructora compradora han quedado a las once y media en la notaría. Sin saber muy bien por qué, por

un extraño arrebató nostálgico, quizá, después de vestirse y calzarse abre el baúl que tiene a los pies de la cama y lo primero que encuentra es el pesado machete, tan limpio, cuidado y reluciente como el primer día, a pesar de lo que ha desollado ese cuchillo. Lo coge, lo sopesa y lo deja con delicadeza sobre la cama. Casi lo posa sobre la cama. Remueve después entre la ropa guardada y, con algo de esfuerzo por lo bien que está escondido, saca el cofrecillo que metió allí hace ya unos cuantos años.

La casa vieja del pueblo siempre fue demasiado grande para una familia con solo dos hijos. Mucho más cuando en esa familia se quedaron sin madre.

Antes ya pertenecía a la familia paterna. Allí nació el viejo y hubieran nacido también los hermanos que el viejo no tuvo. La casa tiene una entrada tan ancha como para que pudiera entrar un carro. A mediados del siglo pasado en el pueblo las casas de las familias pudientes eran como esta, de una planta baja amplia, enorme, donde se apilaban herramientas o usos y aperos de labranza, antes de pasar a las estancias de uso familiar que quedaban al penumbroso frescor del fondo de la vivienda. Luego, en un todo, sin un metro tan siquiera de pasillo que las separara, están el resto de las estancias de la casa: la salita, el comedor y la cocina, que da paso a un patio profundo y ancho donde antiguamente se tenían los animales, se tendía la colada y estaba el lavadero y el cagadero.

Eran construcciones espaciosas, anchas y altas y por eso, además de por su céntrica ubicación, es por lo que estas viejas casas son hoy tan codiciadas.

Además de la planta baja, la casa que heredaron los hermanos tiene un piso superior con cuatro habitaciones, balcón a la plaza y terraza sobre el patio interior, a la que aún se accede por una sólida escalera en curva que sale desde lo que antes era el salón comedor, y que ahora solo son unos metros de pared mal empapelada. Se hizo obra cuando los padres se casaron, antes de que Sergio y Rubén nacieran, y se eliminó uno de los cuatros

dormitorios del piso superior para construir un aseo cerca del dormitorio principal, con su ducha, su retrete y su lavabo. La planta inferior también se modernizó en la misma reforma y se tabicó entre el salón y la cocina, y se construyó otro lavabo y una pequeña habitación más para esos invitados que la casa nunca tuvo y que por lo tanto hacía más bien las funciones de sala de estar. El patio también se remozó por completo. Al eliminar la media pared del viejo e inútil corral, el cuartucho trastero donde estaba el

fregadero y el cubículo del inservible excusado, quedó un espacio amplio, alto y limpio a cielo raso que Cristina insistió que se chapase en azulejo blanco y que luego llenó de macetas.

Si se esfuerza, a Sergio le vienen recuerdos de juegos en ese patio, con su madre bordando y tarareando alguna cancioncilla popular, mientras él gatea por el suelo. Recuerdos que le vienen o que quizá se inventa, pues pocas cosas hay más inciertas que un recuerdo.

18 de junio de 1983

Mi amor.

Qué feliz estoy por ser madre. Lo he pasado mal, no creas, pero ver a nuestro hijo aquí durmiendo a mi lado me hace la mujer más feliz del mundo.

Ha pasado medio pueblo a ver al nene. Hasta el cura y el alcalde han venido, a encontrarle supuestos parecidos con quien creen que es el padre. Tu madre y tu hermana también han estado también esta mañana y le han traído el regalo que le has comprado. En cuanto eche un poco de cuerpo le pongo la ropa que le has regalado. Dales las gracias por su complicidad y comprensión.

Te quiero mucho, mi amor. Tu hijo también te quiere mucho y tiene muchas ganas de poder conocerte.

Tu Cris.

La puerta del dormitorio cerrada, él afeitado y mudado con camisa sin arrugas y pantalones chinos de tergal. Su semblante serio e inexpugnable.

Además del paquetito de cartas, del cofrecillo ha sacado algunas fotos y las ha esparcido por la cama. Coge una. La mira.

El viejo, él y Rubén a las puertas de la casa posando junto a uno de los muchos coches que llegó a tener el padre. Un Volkswagen Passat del 96 o del 97, de un color azul clarito y desvaído un tanto plateado. Los tres se apoyan en el vehículo. Los tres con los brazos cruzados. Solo los dos niños sonríen. Sergio tendrá unos quince y, por tanto, Rubén aún andará por los diez. La puerta de la casa, de dos hojas enormes que harán al menos dos metros y medio de anchura, tiene una cortina de canutos de color verde. La imagen está tomada a la suficiente distancia como para que se vea incluso el balcón del dormitorio conyugal, en una inmensa fachada pintada a dos colores, marrón oscuro para lo que es la banda inferior y de un blanco radiante de ahí hasta las tejas. Coge otra fotografía. Una foto más, una cualquiera de las treinta o cuarenta que en este momento hay esparcidas encima de la cama. Los dos hermanos. Sergio y Rubén jugando en el patio interior de la casa. Tan colorido y tan limpio. Macetas con rosales y claveles por todas partes; en el suelo y clavadas en las paredes a media altura. Él aparece disfrazado de vaquero, con su sombrero de fieltro negro y sus alas vueltas hacia arriba, con cinta decorativa en la base de la copa e incluso con un cordón que hace de barboquejo; su chaleco negro con su estrella de sheriff, sus zahones y su cartuchera de plástico con su colt plateado. Rubén, de apenas cinco o seis años, está disfrazado de indio apache y lleva la cara pintada a rayas rojas y amarillas, con plumas en la cabeza y pantalones y chaleco con muchos flecos.

Rubén porta un arco con el que apunta a Sergio mientras que su hermano mayor le apunta a él con la pistola.

esto no te hace bien
tú a lo tuyo
deja de ver estas fotos
que te calles, hostia

En su mano una carta más, la única carta que no ha leído del montoncito de seis cartas que encontró en el viejo mueble del aparador de la casa del pueblo. La única con sobre, sello y

dirección de destinatario, aunque no del remitente. La única que no escribió la mujer que se llamaba como su madre. La única que no tiene la caligrafía amplia y circular. La única que Sergio nunca se planteó leer porque se temía algo malo si lo hacía. Hasta hoy.

Sujeta el sobre, ya desgarrado por un lateral, y extrae un folio del interior. La letra de la carta es burda, angulosa y resquebrajada. De hombre. Sin firmar. Está escrita en tinta negra y sin fechar, aunque por el matasellos Sergio comprueba que se franqueó en Barcelona durante el mes de octubre del año 1988, aproximadamente, un mes antes de que Rubén cumpliera su primer año de vida.

Ramón.

No voy a extenderme mucho porque lo que quiero decirte se escribe con cuatro palabras.

Me he enterado de la muerte de tu mujer, mi amada, y quiero dejar claro que mi Cris ni estaba loca ni se suicidó. Tú has sido quien la ha matado, con tus palos, los reproches, los desprecios y los malos tratos que durante estos pocos años de matrimonio le has dado. Ella, ese ángel, no se ha quitado la vida. Tú se la has arrebatado. Hijo de puta.

A estas alturas sabes perfectamente que ella nunca te quiso, que a quien amaba era a mí. Por eso de alguna manera también yo me siento culpable y cómplice de su muerte, pues mi cobardía impidió que la liberara de ti llevándomela el mismo día en que nos enamoramos. El qué dirán en el pueblo, las reticencias familiares, mi falta de agallas a enfrentarme a ti... Es decir, si tú eres un hijo de puta redomado, un tipo que nunca quiso a su mujer y que jamás la mereció, yo soy un asqueroso cobarde que no se perdonará nunca.

Nada más he de decirte. Simplemente te mando algunas de las cartas que tu mujer me escribió durante todo este tiempo para que sepas cuál va a ser la condena que te espera de aquí en adelante.

Así te mueras pronto tú también.

Sergio guarda las fotos en el sobre y mete el sobre y las cartas en el cofrecillo, que acaba guardando de nuevo en el baúl, debajo de varias capas de colchas y sábanas.

Se vuelve a sentar en el borde de la cama, coge el machete y lo desenfunda.

Ni es gracioso ni tiene gracia. La más mínima gracia. Quizá lo sepa o quizá no se dé cuenta de que es un perfecto patán, precisamente porque es un perfecto patán, pero por lo general todo en él molesta. Desde su tono de voz, hiriente a veces y siempre desabrido, a su timbre grave y amenazante, o a sus maneras torpes y faltas de tacto y finura. Rubén es casi un idiota inconsciente y peligroso.

En la notaría hay actividad de inicio de curso. Primera semana de septiembre. Abogados, oficiales, clientes. Ruido de teclas, gente yendo y viniendo y teléfonos sonando en todo momento.

Son las once y cuarenta y uno y Sergio aún no ha llegado a la cita. Le esperan, cómodamente sentados, el administrador de la constructora, que va acompañado de una secretaria, y también Rubén, que se ha presentado vestido con bermudas playeras, zapatillas de deporte y camiseta, y que desde hace veinte minutos no ha parado de hablar, incomodando a la chica con preguntas estúpidas y anécdotas insustanciales o inventadas.

—¿Eres de aquí o de Castellón? Porque para tu suerte y mi desgracia no te tengo vista.

Y el tonto se ríe. Y la secretaria de la constructora se levanta de donde está sentada con la excusa de arreglar unos últimos flecos con la oficial de la notaría, solo para perderlo de vista.

—¿Podrías llamar a tu hermano?, a mí no me coge el teléfono —le dice el comprador.

—Tranquilo. Estará aparcando.

Pero a las doce en punto, y aunque en la notaría les han dicho que estén tranquilos, que esperan todo lo que sea necesario, que no hay prisa, Sergio ni ha llegado ni ha llamado para excusarse por el retraso, lo que hace que el comprador se impacienta y que Rubén empiece a ponerse insolente por los nervios.

—¿Y entonces por qué no puedo firmar yo por los dos, si al fin y al cabo soy su hermano y el otro copropietario?

—No, hombre, no, joder. ¿Cómo vas a firmar por tu hermano? ¿Acaso tienes poderes de representación?

—Ah, y por cierto, aún no me has enseñado los cheques.

Uno cada quince minutos. Llegó hace tres cuartos de hora y lleva tres tercios bebidos. Desde la puerta del bar de Juanma, Sergio ha llamado a Magda, que no le ha cogido el teléfono, y luego le ha enviado un mensaje que su vecina de urbanización todavía no ha leído. Sabe lo que quiere decir pero lo escribe sin mucha fluidez, por culpa de su falta de experiencia escribiendo cosas amables. «Todo bien? No sé nada de ti desde hace casi una semana. Luego dices que no me preocupo».

—¿No me habías dicho que ibas camino a la notaría?

—Me han llamado diciendo que se retrasa unos días, que faltaban no sé qué papeles.

—Me cago en la hostia, ya podrían haberte avisado antes, y no el último día. Siempre igual.

—Tampoco pasa nada. Tiempo habrá —dice acabándose la cerveza—. Y además me estoy pensando si venderla o no.

—¡No me jodas!

—Y ponme otra cerveza.

cosas de hermanos

Solo se escucha el zumbido del puñetero arcón.

Se miran sin decirse nada, sin abrir la boca. Están sentados cada uno en un lateral de la mesa de la cocina, apenas a un metro y algo de distancia, y se miran queriéndose tocar, queriéndose arañar. Sin quererse. Nadie mira así, tan fijamente y de tan cerca en la vida real, si no quiere hacerle daño al otro. Parece fingido, una broma, un juego infantil entre adultos. Como ese juego de a ver quién aguanta más tiempo sin parpadear o sin apartar la mirada.

El que desfallezca y se rinda pierde un hermano.

Lo único que se oye es el trepanador ruido del arcón.

A Rubén además se le nota nervioso, con la respiración un poco agitada. Es el único de los dos que tiene algo que preguntar, pero las palabras se le han atorado. Así que mientras encuentra el pasillo por el que encauzarlas, salivarlas y expulsarlas, lo único que hace es mirar fijamente a su hermano, desafiante, con intensas ganas de matarlo pero sin ser capaz de hacérselo saber.

Sergio, por su parte, lo único que hace al devolverle la maliciosa mirada es aguantar el embate que a esta hora tan temprana le están dando. Lo único que hace es no cejar, que para eso es el hermano mayor. No desistir, que para eso se cree el único sano mentalmente de los dos. No rendirse, porque un buen cazador jamás se rinde por muy peligrosa que sea la mirada de su presa.

—Te he dejado café hecho. Yo me voy para *la finca*.

Rubén se acaba de despertar. Legañas en los ojos y un pijama corto, impropio de un tipo de cuarenta años, sudado y arrugado. Anoche durmió mal. Comió solo, enrabiado, y lloró de

impotencia durante toda la tarde. Luego se fue a pasear un rato con la bici y continuó lloriqueando. Cenó más tarde un poco de pizza recalentada, sin dejar de sollozar. Desconsolado y muy enfadado. Así que después de masturbarse pensando en mujeres que jamás le harán caso, como todas las noches, cuando decidió intentar dormir dio por hecho que como estaba rendido de tanto llanto se dormiría pronto y fácil, como un inocente bebé. Pero no lo consiguió y ha dormido poco, a ratos, y mal. Como un adulto desquiciado.

Sergio no salió del bar de Juanma hasta casi las seis de la tarde y cuando lo hizo estaba tan borracho como para que se le notase de lejos. Debieron de caer nueve o diez tercios de cerveza, cuyos efectos trató de amortiguar con un pincho de tortilla y unos pimientos asados, que le entraron a duras penas. Tomó un café largo y un chupito corto. De licor de malas hierbas. Aun así, a media tarde cogió el coche y condujo el par de kilómetros que hay hasta el bungaló de Magda. Desde la puerta misma de la casa de su vecina la llamó por teléfono antes de picar el timbre, pero ni le cogió el teléfono ni respondió al interfono. Las persianas bajadas. Los aspersores de riego apagados. Gritó el nombre de Magda un par de veces hasta que el vecino de al lado salió a llamarle la atención y a comentarle que Magda se había ido unos días a no sé qué pueblo de Murcia con su hermana. Entonces se fue andando hasta la playa, con su camisa por fuera, ya no tan bien planchada, y sus pantalones chinos de tergal algo sucios del roce del taburete del bar y de la barra, y en un chiringuito con muy pocos turistas se bebió otras dos cervezas antes de derrumbarse y dormirse a la orilla de la playa. Cuando despertó, llenito de arena, los pies mojados, con la babilla emplastada en la cara y la entrepierna meada, trató de orientarse para saber dónde se encontraba y quiso volver a casa. Ya eran casi las once de la noche.

Esta mañana se ha despertado totalmente despejado. Como si nada.

—¿Por qué no viniste a la notaría?

Justo al hablar es cuando Rubén ha bajado la mirada, como si fuera incapaz de hacer las dos cosas a la vez, mirar a su hermano

desafiante y preguntarle cualquier cosa. Así que ha sido el primero en rendirse. En perder el juego.

—Me lo he pensado mejor y de momento no quiero vender.

—¿Cómo que no quieres vender? Esto ya estaba hablado y muy hablado.

—No era la mejor oferta. Si seguimos queriendo venderla más adelante, nos harán una propuesta mejor. Tranquilo.

—¿Cómo que si queremos seguir vendiéndola más adelante? Yo sí que quiero vender, coño. Y quiero venderla ya.

—En estas cuestiones no hay que andar con prisas.

—Pero qué prisas ni qué cojones, tío, si llevamos con el asunto de la venta desde hace ya seis meses.

Mientras ha ido respondiendo a su hermano, Sergio se ha tomado el café mirando hacia la puerta del patio, donde ha visto a un gorrión picotear los microplásticos del césped artificial como si fueran migas de pan o gusanos. Se levanta y lleva su taza —la que trajo su efímera exmujer, con el logo de Colombia— al fregadero.

—Es lo que hay. Antes de dar el paso he de pensarme muy bien si quiero vender o no.

—¿Y qué pasa con lo que yo quiero, eh? ¿O es que soy el último mono? La casa es tan tuya como mía, con lo que tengo tanto derecho a opinar y decidir sobre el tema.

—Al viejo no le hubiera gustado que vendiésemos la casa de la familia. Seguro que hubiera preferido que la conserváramos y la reformásemos.

—Que le den por culo al viejo de los cojones. ¿Desde cuándo te importa a ti la opinión del viejo, si ni tan siquiera lo querías, si te odiaba?

Sergio mira a Rubén con cara de iniciar, ahora sí, las hostilidades que su hermano ha venido buscando desde que se despertó y se sentó legañoso y en pijama frente a la mesa de la cocina.

se está pasando

—Lo que yo haya querido o no a mi padre no es problema tuyo, ¿entendido? Así que chitón y cuidado con lo que dices, que eres un puto bocazas.

Sergio se seca las manos con un trapo sin perder de vista a su hermano. Y se dispone a salir de la cocina.

—¿Tu padre? —pregunta con ironía.

—¿Qué has dicho?

—Pero ¿acaso te crees que soy gilipollas, chaval? ¿Acaso no sabes que lo sé, que lo he sabido desde hace un montón de tiempo, desde que me lo dijo el viejo?

Sergio detiene su paso, se yergue y se tensa. Los puños apretados, de pie, en medio de la cocina.

ponlo en su sitio

—¿Qué es lo que crees que sabes, subnormal?

—Que el viejo no es tu padre, idiota. Que eres hijo de otro, de un vecino, creo. Que me lo dijo el viejo hace un montón de tiempo. Que la puta loca de nuestra madre le puso los cuernos y se folló a otro tío. Que solo eres un bastardo —responde Rubén, con retintín y una mueca burlona en la boca.

A Sergio le entra un arrebató. Toda esa paradójica contención que exhibe de normal se viene abajo en un segundo. A otro no, porque a pesar de su envergadura y de su gesto rudo y fiero, Sergio se piensa demasiado con quién medirse, pero a su hermano, que es flojo como el cartón, que es una mierda, que solo es un idiota sin pulso en las venas, podría pegarle tanto como quisiera sin que los remordimiento le jugasen una mala pasada en mitad de la bronca. Así que se lanza con saña a por el mentón de Rubén y lo alcanza de un puñetazo. Rubén se trastabilla y vuelve a dar con su culo en la silla donde estaba sentado. El moflete izquierdo enrojecido, las lágrimas brotando. Pero, de forma inesperada, se levanta y acomete contra Sergio, lanzando improperios y mil puñetazos baldíos al aire, y abrazándolo mientras lo empuja contra la encimera. De fuerzas deben de andar a la par. Como dos bueyes vírgenes. Caen al suelo. El plato

en el que cenó anoche Rubén cae haciéndose añicos. Sergio se ha llevado un golpetazo en los riñones que ha hecho que súbitamente se revele la resaca por todo lo que se bebió ayer. Le dan serias arcadas. Ambos se pegan en los costados, abrazados como están y rodando por el suelo de la cocina, se buscan los flancos; los riñones y el hígado. Las partes blandas. Una silla que se cae. Rubén le muerde un hombro a su hermano, clavándole los incisivos con la intensidad con la que Sultán o cualquier otro perro de pelea le mordería a su presa. Sergio grita de dolor, grita mucho, y luego lanza un rodillazo a los huevos de su hermano, aunque no alcanza a acertarle de pleno. Saliva, espumarajos, gruñidos bestiales, jadeos. En uno de los giros, Sergio queda debajo del cuerpo de Rubén, que a su vez ha quedado mirando hacia el plafón del techo. Sergio le coge entonces del cuello trabándolo con su antebrazo. Su cara roja de ira. Su intención firme y decidida. Una llave que ha visto en las peleas de UFC. Un *mataleón*. Va a asfixiarlo. La agonía de Rubén, que se revuelve en vano, que palmea el suelo en señal de rendición y que apenas respira ya con estertores. Lo está asfixiando. En ese momento, Sergio vomita hasta la primera papilla.

Solo se escucha el zumbido del arcón.

Se han hecho las nueve y veinte y Sergio ya se ha duchado y se ha cambiado de ropa. Rubén no, Rubén sigue sentado en la silla de la cocina con el mismo pijama, con el hombro y el pecho lleno de bilis y trocitos de comida. Patatas, huevo y pimientos asados, y huele fatal. La cara hinchada por la congoja y por los golpes recibidos, y todavía respira agitado. Pero ya no llora.

Sergio se acerca a la puerta de la cocina, pero no llega a entrar. Desde el pasillo mira la escena. A su hermano cabizbajo, los añicos del plato en el suelo junto a un par de cubiertos. La silla caída también sigue caída y, junto a ella, el charco de vomitona. El ambiente apesta que tumba para atrás. A baño de discoteca. Quisiera entrar y abrir la puerta de la galería para que se ventilara, pero no lo hace. Desde el pasillo, repuesto ya del

sofoco, le mira el cogote a su hermano antes de decidirse a hablarle.

—Me voy a *la finca*, que tengo trabajo. Supongo que comeré allí y ya bajaré.

—¿Qué pasa, que hoy no te hará de comer la vecina?

Sergio cierra los ojos un segundo. Se muerde el labio un segundo. Se lo piensa un segundo.

—Tengamos la fiesta en paz, me cago en la hostia, que ya ha habido suficiente por hoy. Me voy.

Cuando va a abrir la puerta de casa para dirigirse al garaje a sacar su SUV negro, Rubén lo llama desde la entrada a la cocina.

—La casa del pueblo y *la finca* son solo mías.

—¿Qué dices ahora?

—Que como tú no eres hijo del viejo no puedes ni debes ser su heredero, por lo que la casa del pueblo y *la finca* son solo mías.

los rurales

Aunque visten de verde, como dicen que viste la esperanza, no dejan de ser policías. O casi policías. Gente de ley.

Polo sin bolsillos y pantalones modelo cargo de un verde caqui y montañoero, el mismo color, aunque algo más apagado y menos satinado, que el de las rayas pintadas en el todoterreno de marca coreana en el que han subido. «Agentes rurales de la Generalitat Valenciana», se lee en unas letras negras envueltas en un logo también de color verde sobre el capó y los laterales de un vehículo blanco. Son dos tipos, no demasiado atléticos ni fornidos, con más pinta de bedeles o de ujieres con uniforme de campaña que de agentes de la ley. No llevan armas, no sabrían qué hacer con ellas, solo llevan un *walkie-talkie* y una pequeña linterna colgados de sus cintos.

Han aparcado el todoterreno en la puerta de Villa Azucena, que es el único lugar donde ensancha algo el estrecho camino, y están hablando con el resto de propietarios de las masías de la urbanización, por lo que entre hombres y mujeres la reunión es de más de diez personas. Toda una muchedumbre, en un paraje tan poco poblado. Casi un piquete, porque los ánimos están muy caldeados. De hecho, se nota una gran expectación y cierta tensión entre los reunidos, en sus palabras y en sus gestos. En especial se le nota a Julián, que desde hace tres días ha perdido el juicio, el ánimo y la paciencia, y solo hace que cagarse en Dios a cada instante y por cualquier motivo. Cuando anteayer, a la mañana siguiente de lo ocurrido, subió con Azucena a regar el huerto y a preparar la casa para pasar aquí el fin de semana, se encontró con todo el estropicio. De la incredulidad pasó al llanto y

del llanto a la ira, mientras su mujer solo señalaba lo sucio que el aire lo había dejado todo.

—Me voy a tener que tirar más de una hora barriendo. Mira qué de hojas ha tirado el viento.

—No son hojas, nena, me cago en Dios, son plumas.

Julián puso la correspondiente denuncia en el cuartel de la Guardia Civil de Cabañas y también avisó a su seguro. Los civiles subieron varias horas más tarde e hicieron un montón de fotos; a los gatos desventrados, a la desvencijada puerta de alambre del gallinero, a las gallinas decapitadas y al gallo descuartizado, a los cojines del banco de obra que circunda la mesa del cenador de debajo la morera, todos desgarrados, mordidos y vacíos de espuma. A las paredes de la casa, salpicadas de sangre como si de una expresión artística se tratara. Aunque de inicio especularon con que la escabechina podía haberla causado un zorro o una rabosa, o quizá incluso alguno de los muchos puercos que de continuo asaltan las fincas para esquilmar las plantaciones, Julián y los guardias solo tuvieron que seguir el rastro de plumas camino arriba y pronto llegaron a la certeza de quién había sido el autor de la matanza.

Aunque aún no lo han hecho, los guardias civiles prometieron que volverían pronto para hablar con el propietario del supuesto causante, ver si el perro tiene los permisos, si va o no con bozal. Esas cosas. Además, antes de irse le dijeron a Julián que se calmara y que no hiciera nada por su cuenta.

—Me cago en Dios, que esto lo arreglo yo en cinco minutos tirando de escopeta.

—Esa boca, caballero. Y no haga tonterías que se busca usted la ruina.

Es jueves y son las nueve y cuarenta y siete de la mañana. Los que sí han venido son los rurales, acompañados de un técnico de medioambiente que ha mandado la Diputación y que también ha subido en el todoterreno de los guardas, para ver si pueden hacer la inspección de la finca y tratar de dar luz al origen de la peste. Andan esperando a que venga el propietario, porque sin su presencia y su consentimiento no pueden hacer nada.

—Con lo madrugador que es el subnormal este, que normalmente aún no ha amanecido y ya está dando por culo obrando o picando, a estas horas ya no creo que suba —se lamenta uno de los vecinos.

—Pues está notificado.

Aprovechando la presencia de los rurales, Julián llamó a la Guardia Civil para pedirles que vinieran también a hablar con Sergio sobre el destrozo que le ha causado su perro. «El puto perro del vecino», dijo por teléfono. Pensó que el factor intimidante de civiles, rurales y vecinos sería del todo efectivo y acojonaría un poco la maldita osadía de Sergio. Pero en el cuartel le han dicho que hoy iban faltos de efectivos y que verían si podían acercarse.

Y, al parecer, no han podido.

—Ya llevamos casi hora y media aquí esperando y nosotros no podemos quedarnos mucho más, que tenemos otras cosas que hacer —apunta uno de los guardas rurales, con el asentimiento del técnico, que lleva entre sus manos una carpeta y colgada del cuello una cámara fotográfica.

—Pero ¿no lo huelen?, joder. Si por momentos la peste que echa esa cisterna es insoportable. Ni que hubiera echado dentro algún cadáver.

—Del barranco sí que no parece venir el olor, eso es verdad. Pero tienen que entender que si no llega el propietario de la parcela y nos da permiso para acceder, nosotros no podemos entrar por nuestra cuenta en una propiedad privada e inspeccionar la fosa. Si al final no viene, pues le notificaríamos reglamentariamente una propuesta de sanción, que él podrá recurrir, y ya dependería de lo que dure el procedimiento administrativo en cuestión.

—¡Me cago en la puta!

Es en ese justo momento cuando por el camino se escucha el motor de un vehículo y todos los presentes se callan expectantes. Menos Azucena, que aunque apenas son las diez de la mañana, aprovecha el silencio para decirle a su marido que eche ya a los invitados, que habrá que merendar porque tiene hambre.

El SUV de Sergio gira el último recodo para enfilear el tramo de recta que le va a hacer pasar por delante de donde se agolpa todo el vecindario. Desde el coche ve el todoterreno de los rurales, con sus luces rotatorias, y entre la multitud advierte la presencia de los propios agentes. Lo que le faltaba hoy.

no los dejes pasar
lo sé, joder
no pueden saber nada
que lo sé, hostia,
cállate y no me taladres

Cuando el vehículo llega a la altura, el grupo se aparta arrimándose tanto como pueden a la puerta de Villa Azucena. En silencio. Los dos rurales, sin embargo, se acercan a la ventanilla del conductor y saludan corteses.

—¿Es usted el propietario de la masía de más arriba? — señalándola con el dedo.

Sergio responde afirmando con la cabeza.

—Buenos días. Como ya les notificamos, hemos venido a pasar inspección a sus instalaciones con motivo de la denuncia que han puesto sus vecinos —el guarda mira al grupo de propietarios, haciendo que Sergio también gire la cabeza— por los malos olores que al parecer desprende su fosa séptica.

—A mí nadie me ha notificado nada.

En ese momento, el técnico saca de su carpeta un acuse de recibo firmado por Rubén y se lo muestra a Sergio.

—La persona que recibió el emplazamiento se identificó como copropietario de la parcela, por lo que la notificación se practicó debidamente hace ya —revisa el papel— casi dos semanas.

Sergio calla, piensa que su hermano no tiene arreglo y que es un tonto del culo y, a la vez, endurece aún un poco más el gesto.

—Entonces, ¿tenemos su autorización para pasar? Será cuestión de menos de media hora.

—Pues no, no la tenéis. —Los tutea—. A mi propiedad no entra ni Dios porque no hay motivo para ello. Además, y aunque

como ya les he dicho a estos señores mil veces, mi fosa no es la que desprende ese olor del que se quejan, esta gente también sabe que estoy esperando a que venga la empresa de limpieza que he contratado para que la vacíe y para que todos se queden tranquilos y dejen de dar la tabarra.

—Perfecto. Pero estaría bien que ya que estamos aquí nos dejara echarle un vistazo al pozo ciego y así levantamos acta manifestando que usted lo mantiene todo en buenas condiciones, que no hay cadáveres de animales muertos dentro. Esas cosas.

—Ya os he dicho que no, hostias, que no hay motivo. Así que haced lo que tengáis que hacer, que para eso están los abogados —responde con soberbia—. Y ahora apartaos, que tengo prisa.

Sergio acelera bruscamente obligando a los agentes y al técnico a tener que apartarse de la estela del vehículo. Alguien palmea entonces la parte trasera del coche, lo que hace que Sergio, que arrastra un humor de mil diablos desde primera hora de la mañana, frene un par de metros más adelante y baje en tono amenazante.

—¿Quién coño ha sido?

—He sido yo, Sergio. Y no hace falta que te pongas tan chulito, que casi atropellas a alguien.

Sergio mira al vecino desde su intimidante altura. Se acerca y se pone a un par de palmos de su cara, citándolo, provocando su ira, lo que hace que todos los presentes se muevan inquietos y preocupados.

—Mi coche ni tocarlo, Felipe. Así que la próxima vez que quieras dar un golpe, se lo pegas a tu puta madre, idiota.

Se cogen de las pecheras. Espuma en la boca del tal Felipe y Sergio que se muerde el labio inferior, que es lo que hace cuando ha decidido implosionar. Los dos rurales se interponen en medio tratando de que la cosa no vaya a más. Hay empujones de unos y quejas de todos. Las mujeres gritan e insultan a Sergio. La esposa de Felipe golpea a Sergio en la espalda para que suelte a su marido. Y el administrativo de la Diputación se aparta discretamente para evitar recibir algún golpe por accidente.

—¿Y sobre lo que me ha hecho el asesino de tu perro tampoco quieres hablar, cabrón?

Todos se detienen y se giran al escuchar los gritos de Julián, que ha salido de la masía llevando entre las manos una escopeta de caza.

—A ver, por favor. Un poquito de calma, coño, o nos vamos a ver obligados a llamar a la Guardia Civil para que ponga orden. Y usted guarde esa escopeta, por Dios —dice uno de los rurales, echando mano del *walkie-talkie*.

El grupo se dispersa a la velocidad que se deslía un azucarillo en un café caliente. El arma intimida y el que la lleva parece ido.

—¿Qué pasa con mi perro, Julián? —pregunta Sergio, manteniendo el tipo—. No tengo ni puta idea de a qué te refieres.

—¿No? ¿No sabes lo que me ha hecho el hijo de puta de ese perro tuyo? —insiste Julián, encarando el arma entre lágrimas de impotencia y algo de tembleque en los brazos.

Alguna frase perdida pidiendo calma. Nervios en todos los presentes. Las mujeres corriendo camino abajo. Los guardas parapetados detrás del coche de Sergio.

Por detrás de Julián, irrumpe Azucena. En su mano derecha lleva, cogido por las patas y envuelto en una nube de moscas, el cadáver de una de las gallinas sin cabeza. En su derecha, el cuerpo aplastado de lo que hasta hace poco era un gato de color blanco sucio.

aquella noche cerca de Cuenca

La noche hermosa, aunque algo fría porque es puro invierno.

Enero. Entre ocho y nueve meses antes. El cielo limpio de nubes y plagado de estrellas.

¿seguro que has hecho bien
en traértelo?
tiene que aprender
eso es verdad

Sergio ha dudado hasta el último momento si traerse o no a su hermano, porque aunque maneja bien las armas y el cuerpo a cuerpo, es valiente y tiene trazas de buen cazador, también es impaciente, disperso, se obceca y es impetuoso. Además es un cansino, un idiota y da mucho por culo. Pero como llevan un par de semanas muy amistosas y en los últimos días Rubén le ha insistido mucho pidiéndole que lo invitara, al final ha accedido.

—Venga, hermano. Llévame contigo a cazar fuera de casa, que no entiendo por qué, desde que murió el viejo, no has querido nunca que nadie vaya contigo.

—Porque esto es algo muy serio, coño, Rubén.

Y continúa dándole la chapa. No es lo mismo cazar alrededor de tu casa, que todo lo controlas, porque lo conoces y todo está más cerca, que tener que hacerlo en otra provincia, donde tienes que planificarlo todo con suficiente tiempo y planificarlo bien, al detalle, diría que con esmero, le dice. Porque no consiste en salir a la aventura. No es ir a matar lo que sea, lo que salga, porque en este lance te juegas demasiado. Te lo juegas todo. Así que se han de estudiar la ruta y el terreno. Y las costumbres del lugar. Se ha

de preparar bien el material, la ropa que te pones, las armas, la intendencia. Se ha de ser disciplinado, limpio y ordenado. Y exclama un *joder*. Se ha de cambiarle la matrícula al coche si no quieres dejar rastros ni evidencias de tu furtiva presencia por la zona. Has de tener determinación, espíritu deportivo y paciencia. Has de aceptar y respetar a rajatabla las reglas del juego de la caza. En definitiva, un montón de precauciones a tener en cuenta, de ahí que si albergas la menor duda respecto al éxito de la batida, es mucho mejor ir solo que ir en mala compañía.

Porque uno se expone mucho. Hostia.

Están en Valdecuervos, un pueblecito de la provincia de Cuenca cercano a la capital, que queda entre dos valles y está atravesado por un arroyo. Casas de piedra y calles estrechas. Y un camping precioso a las afueras del pequeño municipio que, aunque permanece abierto todo el año, en invierno está prácticamente vacío, si no es por alguna autocaravana extranjera en busca de rincones pintorescos de la España menos conocida.

Los hermanos salieron a eso de las once de la noche de Benianím y han llegado aquí a punto de dar las tres de la madrugada. Con todo el relente. Muy poco antes de entrar en la localidad se han desviado por un camino a la derecha, casi una pista forestal, por el que se han adentrado unos kilómetros hasta desaparecer en la espesura del monte. Han aparcado el todoterreno negro y sucio entre unas cuantas carrascas y se han comido unos bocadillos que había preparado Sergio. A unos cincuenta metros, la verja del camping; un poco más allá, el riachuelo, y al otro lado del río, el pequeño y coqueto pueblo.

Apenas han hablado. Ni música en la radio han puesto durante la espera.

Como todos los cazadores saben, la caza mayor se practica mucho mejor al alba, con los primeros arreboles sanguinolentos, cuando las sombras se derriten y está a punto de amanecer, pues es entonces cuando las presas, o salen a buscar recursos, o

vuelven a sus madrigueras ahítas, después de saciarse durante toda la larga noche.

—Te voy a dejar que seas tú quien lo haga.

—¡No jodas! ¿Lo prometes?

—Pero no la cagues, que en esto hay que ser certero y silencioso, hacerlo rápido y perfecto, y salir después zumbando.

—Te lo juro.

—Te he explicado mil veces cómo hacerlo, así que no la cagues.

—Que sí, hostia. Que estés tranquilo.

La noche avanza y avanza, y cuando está a punto de desaparecer, los hermanos se embozan, se preparan y salen del coche.

No están tan lejos del pueblo, ni mucho menos, porque Sergio sabe que es aquí, cerca del arroyo y del viejo lavadero, donde empieza una de las rutas de paseo más frecuentadas por la gente que sale a hacer deporte en plena naturaleza. Haga o no haga frío. Se oye un gallo a lo lejos. El día despierta aterido. Así que, debido a la proximidad del camping y también de las primeras casas de la pequeña y despreocupada localidad, hay que andar con muchísimo sigilo. Se apostan en silencio, uno al lado del otro, tras la espesura de unos matorrales. Aguardan. Hay tensión. Pasan los minutos. Gotas de rocío. Sergio está alerta, mirando aquí y allá, controlándolo todo y pendiente en todo momento de su hermano, que está igual de nervioso que Sergio y más impaciente que un crío la mañana de Reyes.

Cruje una ramita. Ruido de pisadas que se acercan. Vaho al respirar. La luz de una linterna destellando entre la vegetación. La ven venir.

La miran. Se miran.

Miran a su presa echada boca abajo en el suelo.

Como un guiñapo.

Respiraciones agitadas.

Sonríen. Chocan las manos.

Se acercan con cautela, pero sin demora, pues el ruido causado en la refriega puede haber alertado a los lugareños y no tienen tiempo que perder. La noche se esfuma y las sombras acabarán muy pronto por desvanecerse. Pero justo en ese momento la presa, que ambos creían anestesiada, se revuelve, aunque adormecida, y se levanta. Mallas de deporte, gorro de lana sobre una melena rubia y una sudadera. Y en un gesto defensivo inesperado acomete casi a ciegas contra la figura que tiene más cerca, que es la de Rubén, que al ser el más ansioso es el que antes se ha agachado frente al cuerpo, y comienza a gritarle, a arañarle, a dar bocados y manotazos al aire. Rubén cae hacia atrás del susto, mientras que la mujer, alta, rubia y corpulenta — luego verán que es extranjera—, le acomete con la intención de quitárselo de encima, de golpearle, de matarlo si pudiera. Rebufa, la presa, grita auxilio —quizá en inglés, vete a saber— soplando como una ballena. Babea, espumea, da fogosas dentelladas.

Sergio, que en un segundo ha desenfundado su cuchillo Muela Magnum 17s con mango de asta de ciervo, con una mano le tapa la boca a la guiri y con la otra arremete contra ella, clavándole seis o siete rápidas puntadas cercanas al cuello, en el pecho y en la panza, consiguiendo abatirla antes de que destroce al mierda de su hermano, que casi se caga del susto, y lo que es más importante, antes de que con sus berridos despierte al pueblo entero.

Gemidos que se apagan. Respiraciones agitadas. A punto han estado de dejar un reguero de sangre, vestigios y huellas por todas partes. A punto han estado de convertir la experiencia en un puto desastre. Joder.

—Venga. Levántate del suelo, idiota. Acércate y mírala a los ojos.

—Pero si la has matado tú.

—Da igual, hostia. Hazlo. Y rápido.

Han cargado a la presa en el maletero envuelta en una enorme hoja de plástico y, tras limpiar el escenario del crimen tanto como

las prisas les han dejado, han salido a toda hostia de las inmediaciones del pueblo, alcanzando pronto la CM-2104 para enlazar con la CM-211, que es la que los llevará a la A-3. En tres horas y media, si no hay más percances, estarán ya en casa.

Durante el viaje de regreso, Rubén se ha dormido nada más subir al coche. Ni han hablado, a pesar del susto y de lo mal que ha salido la cosa. Ni un solo reproche. Concentrado en la carretera, Sergio ha repasado lo ocurrido y ha lamentado, eso sí, no haber estado más encima del imbécil de su hermano, que en el asiento del copiloto, apoyada la frente en el cristal de la ventanilla, duerme a pierna suelta. Incluso ha roncado.

olvídalo ya
es que casi la caga

Huertos de naranjos, monte bajo bordeando la autovía, enormes camiones en ambos sentidos, pueblos con los contornos de sus casas aclarándose con las primeras luces del alba. Un rayo de luz puntilloso hace que Sergio frunza el ceño y tenga que bajar el parasol. Conduce tenso, aferrado al volante, y de vez en cuando mira con rabia el relajado perfil de su hermano, que duerme sin ningún duelo y con un hilillo de saliva cayéndole del labio.

quería decirte algo
¿qué?
que los días de cacería
no quiero que vengas
¿y eso?
cosas mías
¿por qué la pagas conmigo?

Unos veinte minutos antes de llegar al pueblo, Rubén se despereza. Bosteza. Abre los ojos y muestra un rictus tan relajado que hasta parece que sonríe. El sol de la mañana ya lo inunda todo.

—¿Falta mucho?
—No.

Se frota los ojos legañosos, bebe un trago de agua de una cantimplora que encuentra en el asiento de atrás y bosteza de nuevo. Se hurga la nariz, se alisa el forro polar que viste. Total tranquilidad, mientras disfruta del paisaje por la ventana.

—Era grande, ¿verdad?

—Buena pieza, sí

Sergio tarda un poco en responder y lo acaba haciendo pero con parquedad. Irritado.

Rubén nota el malestar de su hermano y parece que de golpe se sienta responsable.

—Siento mucho no haberlo hecho mejor, de verdad. Debí de ponerle poco cloroformo al paño, o apretárselo poco. No sé qué hice mal —se lamenta—. La verdad es que si no llega a ser por ti, hoy no lo contamos, tío. Siento habernos puesto tan en peligro.

—Te cuesta controlarte y te has precipitado. Solo eso. La próxima vez lo harás mejor.

—¿A ti no te pasó la primera vez que fuiste con el viejo?

—A mí no.

Rubén se calla y deja que su mirada se centre en un punto cualquiera de la carretera. Teme —sabe— que, tras su fallo, esa próxima ocasión en la que pueda acompañar a su hermano, o tarde mucho en llegar, o no llegue nunca.

—Perdóname, hermano. Te debo una buena —dice Rubén.

—No es nada. Olvídalo. —Silencio de nuevo—. La próxima vez que vayamos de putas pagas tú y listo —responde Sergio, tratando de hacerle creer a su hermano que no ha sido nada, que ni está decepcionado ni preocupado por lo que ha estado a punto de pasar. Que está todo perdonado.

—Ya sabes que a mí no me gustan las putas —contesta Rubén, tragándose la aparente actitud amistosa de Sergio—. Bueno, me gustan las putas pero si no cobran, eh, porque en realidad todas las mujeres son unas putas y no hay ninguna mujer que no sea una puta. —Ríe, orgulloso por el estúpido trabalenguas que cree que le ha salido.

Pero Sergio no le sigue la broma. Sergio sabe que su hermano pequeño nunca será un buen cazador porque es un patán y un degenerado. Porque no tiene respeto. Porque está enfermo.

Sergio tampoco se ríe porque la tontería que acaba de escupir Rubén le ha hecho recordar a esa vecina —su mirada madura y cariñosa, su sonrisa blanca y juvenil— con la que el otro día coincidió en los congelados del supermercado y sin saber muy bien por qué se dedicaron un gesto amable. No sabe su nombre. La ha visto por la urbanización un par de veces, pero ni siquiera sabe su nombre. Rubia teñida, media melena, de ojos pardos y vivaces. Tampoco sabe por qué le ha dado justo ahora por pensar en ella.

Pero piensa en esa mujer y por eso tampoco se ríe.

—Eso es una gilipollez, Rubén. No todas las tías son iguales.

—Esa es tu opinión, Sergio. Tú acuérdate de lo que decía el viejo, que para eso sí que era sabio. Que no se salvaba ninguna, que estaban todas cortadas con el mismo patrón de puta, decía el cabrón. ¿O no te acuerdas?

Sergio endurece el gesto. No quiere recordar ciertas cosas. No quiere recordar a quien ya sabe que no es su padre. Las manos, con restos de sangre reseca, aferrándose al volante, mientras el coche toma la última rotonda antes de entrar en el pueblo.

El sol un poco más cerca de su cenit.

—En fin. Lo que tú digas. Pero te repito que no se puede tratar a las mujeres como tú las tratas, tío. A las presas hay que tenerles respeto, a pesar de todo.

—Pero si no he dicho nada más que la verdad, ¡joder!

—Tú mismo.

Último

el final del verano

La atardecida, el monte, la brisa de un otoño que tarde o temprano llegará. Los ápices de los pinos más altos meciéndose al son del compás binario de una nostálgica habanera. Lentos, como hipnóticos pasos de ballet. Como un péndulo al ralentí. Y no hace tanto calor. Volverá a hacerlo, pero hoy no hace tanto calor como los días precedentes de este verano que termina. Y además el cielo está algo encapotado. Parece que quiere llover, pero ni el cielo recuerda cuándo fue la última vez que se dejó llover, e igual ha olvidado cómo tiene que hacerlo.

Un perro solloza de hambre, o de pena, o de soledad, allá a lo lejos, desde otra masía, en mitad del valle.

Desde lo que pasó el otro día, Sergio tiene su Krico Cl.28, la otra escopeta que gasta, cargada en todo momento. Además, desde entonces, cuando al subir a la finca pasa por delante de Villa Azucena, acelera un poco el SUV y pasa ligero, mirando de reojo, tratando de evitar provocaciones y riesgos innecesarios. Es incómodo tener que pasar cada día por delante de la puerta del vecino al que tu perro le ha matado a casi todo ser viviente que habitaba en esa casa.

En cualquier caso, ya no hay rastro de plumas en el camino. Ni han vuelto los rurales ni ha preguntado por él la Guardia Civil. Tampoco ha vuelto a cruzarse con ninguno de los propietarios, y por lo tanto ni le han afeado su comportamiento ni ha tenido que aguantar que lo mirasen mal tras lo sucedido. Así que si Sergio quisiera relajarse, solo tendría que imaginar que el episodio del jueves nunca ocurrió, que solamente lo soñó, que no estuvo a punto de pegarse con un vecino, que los rurales no levantaron acta de sanción por su falta de colaboración y que

unos días antes, Sultán, que sentado ahora a sus pies parece un bendito, no causó ningún daño en la propiedad de Julián. Nada parece que haya sucedido. Salvo por lo nublado que está el cielo todo sigue igual, sus miedos son los mismos que ya tenía y sus viejos fantasmas le vienen acechando desde mucho antes del pasado jueves.

De todas formas, y por si acaso, la superpuesta alemana del calibre 12 apoyada al lado de la puerta de la masía, cargada y lista, por si hubiera que echar mano de ella en cualquier momento y con prontitud.

Con su hermano también parece que se hayan calmado las aguas. Al menos no han vuelto a tener ningún conato desde lo que pasó en la cocina. Estuvieron sin dirigirse la palabra durante un par de días, luego pasaron a las cuatro frases diarias habituales, y desde ayer, simplemente, ni se buscan ni se eluden. Anoche, aunque en silencio, incluso cenaron juntos viendo *El Hormiguero*.

—Si mañana puedo, quiero subir a ver *la finca*.

—Cuando quieras.

Sergio no le ha contado a Rubén nada de lo de la refriega vecinal, ni lo de los rurales, ni de lo del perro. Bastante tienen con lo de la venta de la casa del pueblo. Tampoco le ha afeado que firmara la notificación para la visita de los guardas por el tema de la fosa séptica sin decirle nada a él para que estuviera prevenido, con lo mucho que sabe que se juega, ni tampoco que se ha enterado de que ha estado preguntando por un abogado especialista en herencias para que defienda sus supuestos derechos sobre la casa y sobre esta parcela, si al final han de ir a malas.

Por la mañana ha terminado la solera de la barbacoa. El hormigón que echó ayer ya se ha secado y nadie diría que debajo de esa gran losa de cinco metros de largo por dos de ancho y casi cuarenta centímetros de mortero y ferralla de profundidad pudiera haber algo enterrado. Ahora habrá que construir encima lo que dijeron que iban a construir. Y a otra cosa. Luego, a media mañana, se ha tomado dos cervezas y después ha pulverizado las

malas hierbas que crecen por los rincones y las juntas. También ha trabajado en el motor de la bomba del agua, que parece que renquea. Pero antes de nada, recién llegado, a primera hora para evitar testigos ni calores, se ha puesto una mascarilla y ha echado en la fosa una garrafa de cinco litros de un limpiador enzimático que aseguran que se come cualquier organismo y descompone todos los sedimentos, a ver si con ello la cosa mejora o al menos se enmascara. Ya lo hizo en una ocasión anterior, pero parece que no tuvo demasiado éxito. Ha comido, cuando iban a dar las dos, en la mesa de debajo de la higuera. Se ha preparado una ensalada de tomate y cebolla y se ha cortado un poco de jamón y un pedazo de queso. Mientras, con la escopeta siempre al lado, ha estado oteando no solo el camino, sino el valle entero.

Tras el café se ha echado una siesta en uno de los sofás de la casa, aunque pendiente en todo momento del menor ruido o movimiento.

—Vigila mientras duermo, campeón.

Sultán también está muy calmado. Le huele mucho el aliento, pero parece como si se hubiese desfogado, como si con tanta dentellada y tanto cuerpo desollado se hubiese desprovisto de gran parte de la maldad que habitualmente le sale a este diablo por esos manantiales avernales que son sus ojos. Las vidas de unos pollos y unos gatos, a cambio de ser un mejor animal. Más doméstico. Estos días parece más un chucho de compañía que otra cosa; le lanzas la pelota y va a buscarla, se duerme buenas siestas bajo cualquier sombra y está ahído y perezoso.

Como una mascota.

Sultán levanta las orejas.

Al oír el motor de un coche subiendo por la cuesta, el perro también esboza un principio de gruñido, pero sin determinación ni ánimo, y entonces, alertado, Sergio sale rápidamente de la casa. Ha cogido la Krico y, tras comprobar que estaba cargada y sin seguro, sosteniéndola con el cañón hacia abajo y sin necesidad de empuñarla, se ha quedado al resguardo del porche, en la

esquina de la casa, esperando a poder identificar el vehículo que sube hacia la finca.

Es el de su hermano.

Rubén no suele subir mucho, pero también tiene llaves. Detiene su deportivo, un Honda Civic del todo inapropiado para esos caminos, abre la cancela, entra con el coche y lo aparca junto al SUV de Sergio debajo del emparrado.

—No te esperaba tan tarde.

—Esta mañana he tenido cosas que hacer.

—Sí, claro, trabajar.

—No estoy trabajando. Me han dado la baja por ansiedad.

—No sabía nada.

—Ya.

Rubén no está demasiado hablador, y esta vez no parece que lo finja. Se le nota taciturno y reservado. Se mete las manos en los bolsillos y, sin decir nada más, se da un paseo por la parcela como si estuviera descubriendo un lugar que no conoce, o como si fuera un terrateniente admirando sus dominios. Andando, llega al final de la terraza principal, hasta la pinada. Desde allí baja al bancal inferior por las escaleras que quedan al costado del pozo ciego, y primero entra en la caseta del motor y trastea, y luego se detiene un par de minutos entre los surcos de lo que antes fue terreno cultivado, agachándose, cogiendo y estrujando terrones, como si en verdad entendiera lo que hace. Desciende después al último nivel de la parcela, donde la finca linda con el angosto y escarpado barranco, y allí se queda un rato mirando el camino, los tejados de las otras cuatro masías, las copas de los pinos y de las encinas, la inmensidad del valle, las onduladas cimas de las montañas cercanas. El horizonte.

Mientras terminaba de desbrozar los laterales del cenador con una azadilla, Sergio ha seguido el paseo de su hermano con una mirada precavida.

—¿Qué le pasa al chucho que parece que esté atontado?

—Será el calor.

El cielo continúa gris. Por el este, desde el mar, se ven cúmulos negruzcos aproximarse.

—¿Y la escopeta? ¿Por qué te has traído aquí a la *alemana*?

—Porque iba a limpiarla y a pavonarla, y aún no he tenido tiempo —miente.

A Rubén se le nota entre ocioso, como si su visita no tuviera un propósito distinto a la mera cortesía, e inquieto, como si estuviera maquinando algo en sus adentros. Sin otra cosa que hacer, y más por no estar parado, ahora decide ir hacia la parte trasera de la casa para ver los trabajos de la solera. Esquiva la hormigonera, el montón de arena y los sacos de cemento, y pisa el planché con tiento, por si aún estuviera fresco.

Después vuelve y se sienta en el poyete del porche a la entrada de la casa, donde también dormita Sultán.

—¿A qué has venido, a hacer una inspección del estado de la masía?

—El suelo de la barbacoa está de puta madre. Se podría haber enterrado un elefante debajo y nadie notaría nada.

—De eso se trataba.

—¿Cuántos puede haber?

—Eso da igual.

Rubén se apoya en la pared de la caseta y sube una pierna en el poyete, estirándose y poniéndose cómodo. Intenta acariciar a Sultán, que aunque no le tiene mucha estima, tampoco lo rehúye ni le hace demasiado caso.

—¡Hostia! Lo que sí es verdad es que aquí huele a muertos. ¿O no? —Se tapa la nariz con los dedos, exagerando el gesto—. Yo de ti dejaría de usar la fosa para lo que la utilizas.

—Ya. Vale. Muy bien. Pero no quiero hablar de eso.

—Échale al menos algún producto para que se deshagan, joder, que pega mucho el cante.

—Acabo de echarle esta misma mañana, hostia. ¿No ves ahí en la basura la garrafa vacía? Y deja ya de hablar del tema, joder. Sabré yo lo que tengo que hacer y lo que no.

Rubén se calla, sin querer responder a su hermano, y para evitar que se crucen las miradas y que el instante se enquiste, se levanta, entra en la caseta y se queda unos minutos por dentro.

tranquilízate
es que no puedo
ya lo conoces

—¿Qué dices? —pregunta Rubén desde el interior.

—Nada. Que me saques una cerveza de la nevera.

Aquellos nubarrones que hace diez minutos se veían acercarse desde la mar ya han superado la línea de montañas y están empezando a ensombrecer todo el valle. Van a dar las seis y veinte de la tarde y ya no está tan claro que el cielo no haya vuelto a recordar qué hacer para que llueva.

Los hermanos beben en silencio debajo de la higuera. Como no había refrescos en la nevera, Rubén también ha cogido una lata de cerveza.

¿tú sabes lo que dicen
de la sombra de la higuera?

Rubén mira de vez en cuando a su hermano, mientras Sergio parece hablar solo y tener la cabeza en otra parte. Quizá esté pensando en Magda, en el mucho tiempo que hace que no sabe nada de ella.

—Se ve bonito.

—Es lo mejor de *la finca* —responde Sergio, embelesado por el paisaje.

Rubén apura la lata de cerveza, aunque no le gusta demasiado.

—De eso quería hablarte.

—¿De qué querías hablarme?

—Quiero proponerte algo.

Sergio, aunque ha vuelto a prestarle atención, continúa sin mirar a su hermano pequeño y sigue con la mirada perdida en el valle, con los colores cada vez más apagados, pero igual de hermoso que siempre.

—Quiero que me des tu parte de la casa y yo te doy a ti mi parte de *la finca*.

—Yo nací en esa casa —dice Sergio, mientras bebe otro trago—. Además, tú saldrías ganando porque la casa del pueblo vale mucho más que esta parcela.

—A mí me da igual. Una por la otra. Esa es mi propuesta —dice Rubén, al tiempo que estruja la lata—. Y, si lo piensas bien, creo que es una propuesta que a ti también te interesa.

—¿Por qué lo dices?

—Sabes perfectamente por qué lo digo. No hace falta hablar del tema —dice Rubén, dirigiendo la mirada a la barbacoa y al pozo ciego.

Sergio medita mientras los nubarrones se oscurecen.

—¿Y para qué quieres tú la casa del pueblo, si puede saberse?

—Fácil. Quiero vender porque necesito dinero para poderirme de tu bungaló de una puta vez.

—Yo no te he echado.

—Como si lo hubieras hecho. Además, soy yo el que se quiere ir.

—Pero si tú eres incapaz de vivir solo ni de valerte por tu cuenta.

—Eso lo dirás tú.

En lo alto, de nuevo mirando hacia el mar, se aprecia el destello de lo que parece que es un tímido relámpago. Cinco o seis segundos más tarde, a esa tímida luz le precede el ruido de un insignificante trueno.

—Bueno. Lo dicho. Y ahora me voy, que parece que no va a tardar en empezar a llover. —Se levanta—. Piénsate lo que hemos hablado y dime algo pronto.

Sergio no responde, a pesar de que Rubén ha aguardado un par de segundos a ver si su hermano mayor decía algo. Después, el hermano menor recorre los apenas diez metros que separan la higuera del porche de la casa, donde están el perro y *la alemana*.

—Rubén.

—¿Qué?

—Me jode mucho que arrastres los pies al andar. No sabes lo mucho que me jode.

—Me la suda.

no puedo con él

ni yo

En ese momento, Rubén, que ha girado la cabeza para responder a su hermano, pisa sin querer el rabo de Sultán, que se revuelve de un susto y un gruñido y, al levantarse, tira sin querer la Krico que estaba apoyada en la pared de la casa, haciendo que la escopeta, que Sergio tiene todo el día cargada y sin el seguro, se dispare cuando impacta con el suelo. Dos disparos secos. Dos detonaciones prolongadas como aullidos por el eco del valle.

¡PUM-PUM!

Hasta cuarenta y cinco o cincuenta metros de distancia el impacto de un cartucho calibre del 12 es mortal de necesidad. A diez metros, ni te digo. A esa distancia las bolas de plomo aún no han conseguido expandirse lo suficiente y siguen apiñadas como si fueran un único proyectil, con lo que cuando impactan sobre algo, sobre lo que sea, sobre un cuerpo o sobre un hermano, son un todo homogéneo más dañino que una traición. Si en lugar de uno son dos los impactos, poco más hay que decir.

Sergio se ha desplomado sobre la mesa. Su cuerpo continúa sentado en el banco, pero se ha caído hacia delante golpeando con la frente en la fría piedra de la mesa.

Desde la rabadilla a la coronilla, de hombro a hombro, no le queda un centímetro de carne que no haya sido atravesado por una lluvia de plomo. De los casi seiscientos perdigones que deben de sumar entre los dos cartuchos que llevaba *la alemana*, a esa corta distancia se habrán desperdigado menos de cien. Los otros quinientos han impactado en el cuerpo de Sergio, que ha pasado de estar calvo a casi no tener cabeza. No le queda occipital, creando una abertura por la que seguro se le ha escapado el alma, y el parietal se le ha levantado y enrollado como la hoja de una lata de conservas. El cuello le transparenta, dejando ver

músculos, tendones y cervicales. La espalda, descamisado como estaba, se le ha llenado de tantas y tantas pústulas metálicas que, en lugar de un colador, más parece una armadura.

El ruido de las detonaciones ha espantado al perro, que tampoco está acostumbrado al estrépito de la caza, pero no tanto a Rubén, que con el estruendo apenas ha cerrado los ojos y, más que asustado, solo ha quedado aturdido y con cara de lelo. Le cuesta procesar lo que quiera que acaba de ocurrir. Mira sin saber qué está viendo y en sus oídos resuena un constante zumbido, más agudo e incluso más molesto que el del arcón del garaje, que tampoco ayuda a que se despeje y se centre. Mira las ramas tronchadas de la higuera, mira el cuerpo de su hermano desplomado sobre esa mesa rústica, y mira cómo Sultán da vueltas sobre sí mismo, sin saber qué hacer, moviendo el rabo esperando que todo este jaleo solo se trate de un juego.

—¿Sergio?

Al tonto de Rubén le tiembla insistente una pierna, la izquierda, y le parpadea terco un ojo. El derecho.

—¿Estás bien, hermano?

Como nadie le responde, se sienta de nuevo en el poyete del porche de la casa, al resguardo de la lluvia que comienza a caer con esa creciente y repentina intensidad, tan propia de las tormentas del final de todos los veranos.

agradecimientos

No tengo hermanos varones. Tengo un primo carnal que, para la construcción de un par de capítulos, me instruyó un poco en el lenguaje de las armas. Gracias. Lo que sí que tengo son amigas y amigos escritores a los que les pedí que leyeran el manuscrito. Mencionaré a Paula Palacios, a Pere Cervantes y a Mariano Vega, a quienes creo que les gustó, y también a mi querida Elena Casero, que de inicio no se mostró tan impresionada. A los cuatro, muchas gracias. También a Montxo Armendáriz, que me permite la superstición de enviarle todo lo que sé que voy a publicar para que me lo bendiga. Gracias. Y, por último, a mi nuevo editor, Gori Dolz, al que llevo diez años buscando y, por fin, ha dejado que le encuentre. Gracias.

INFORMACIÓN PARA CLUBS DE LECTURA

Querido lector, nos tomamos la libertad de tutearte porque tienes entre tus manos uno de nuestros libros y, por tanto, ahora tú también eres ya miembro de Alrevés.

Y, como tal, queremos comentarte que, pensando en el placer que supone la lectura compartida, hemos añadido una pestaña en nuestra web (<https://alreveseditorial.com/>) donde encontrarás la ficha de lectura de este libro, por si sintieras el irrefrenable deseo de intercambiar tus impresiones sobre él en un club de lectura. Allí encontrarás también nuestros contactos para facilitar la participación de nuestros autores en las charlas, recibir información, organizar actividades, etcétera.

Te estaremos muy agradecidos si difundes esta iniciativa porque, como dijo un gran sabio a quien conocimos bien, leer nos salva del olvido.

«Sobre este escritorio y sobre la mesilla de noche había siempre novelas baratas de misterio (...) Yo las devoraba por las noches, cuando los rostros de los muertos se me aparecían para ahuyentar el sueño y las preguntas se encadenaban unas con otras para tramar una red en la que me quedaba atrapado. Entonces, aquellas noveluchas me ayudaban a no pensar. Si algo echo de menos es precisamente eso: poder comprar cien páginas de olvido por solo un duro».

ALEXIS RAVELO,
Los días de mercurio

 cubierta